

LIBRARY

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

FÉVAL

COGARDASSE

Y

PASSEPOIL

1

PQ2611

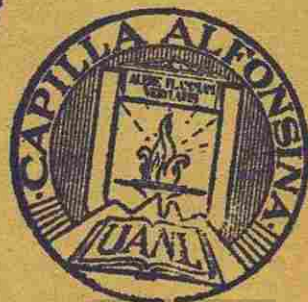
.E8

C68

Vol. 1



1020026976



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

| | |
|-------------|--------|
| Núm. Clas. | N |
| Núm. Autor | F4282e |
| Núm. Arg. | 30110 |
| Procedencia | -8- |
| Precio | |
| Fecha | |
| Clasificado | ECAL |
| Catálogo | |



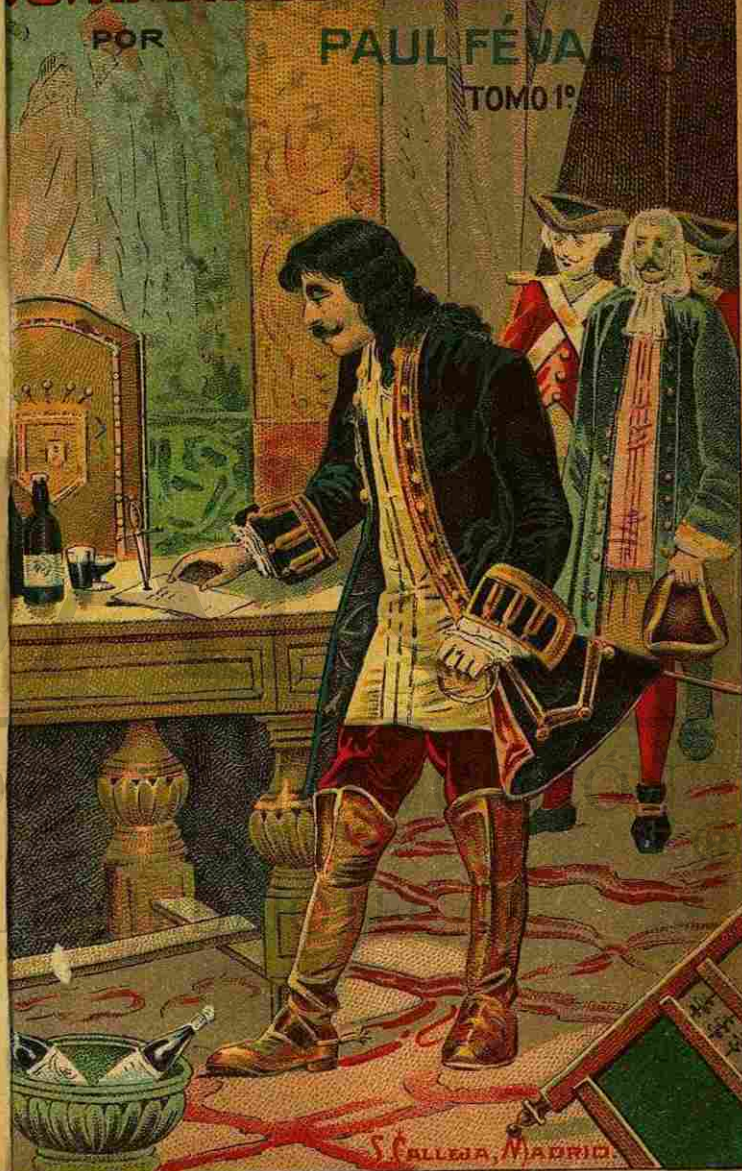
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

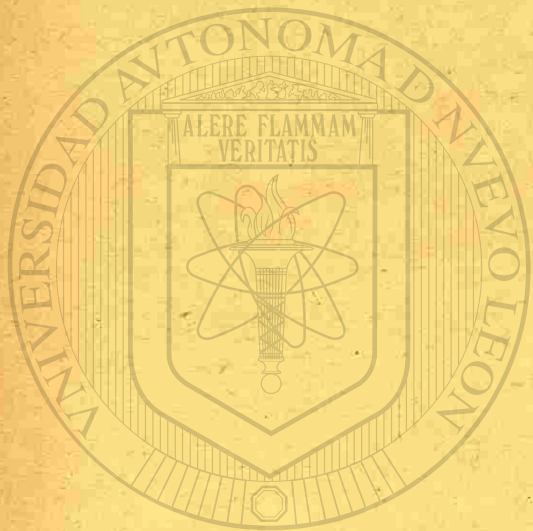
COFARDASSE Y PASSEPOIL

POR

PAUL FÉVAL

TOMO 1º





BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CÉLEBRES

CXCI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Salió bruscamente una forma blanca...

Cocardasse y Passepoil

Tercera parte de "El juramento de Lagardère" y "Aurora de Nevers"

POR

PAUL FÉVAL, HIJO

VERSION ESPAÑOLA

Tomo I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



098887

30110

30110

***** CASA EDITORIAL *****
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
* * * * * FUNDADA EN EL AÑO 1876 * * * * *
* * * CALLE DE VALENCIA NÚM. 28 - MADRID * * *

30110

873
2.

PQ 26 11
E 8
C 6 8
U. 1



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Esta obra es propiedad.—La presente edición se publica debidamente autorizada.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

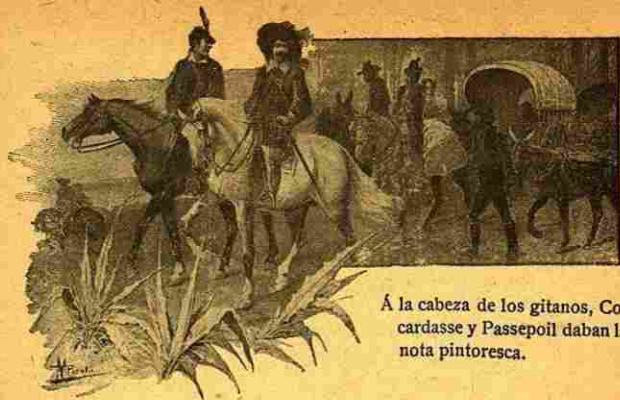
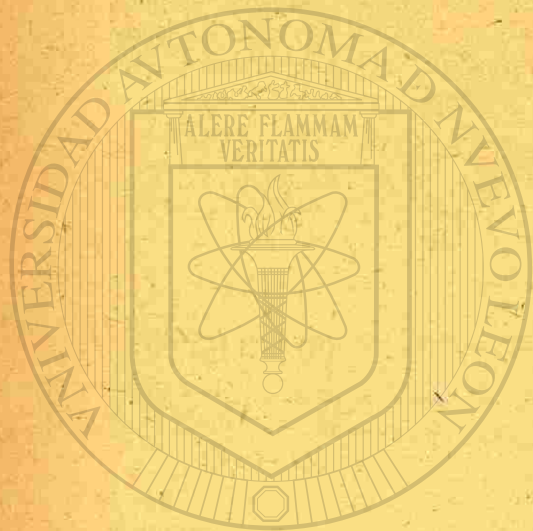
PRIMERA PARTE

LAS TRANSFORMACIONES DE LAGARDÈRE

U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á la cabeza de los gitanos, Co-cardasse y Passepoil daban la nota pintoresca.

I Sacrificada.

Pasaba la frontera pirenaica por Hendaya el más extraño cortejo: á la cabeza tenía aspecto nupcial, y no podría ser más exacta la comparación: Enrique de Lagardère y el marqués de Chaverny conducían á Francia á sus novias. Tras aquellas dos parejas de enamorados marchaban los dos diestros, Antonio, Jacinta y después toda la indescriptible tribu bohemia, que parecía un cuadro de Jaime Callot, al cual podía aplicarse el mismo dístico del insigne pintor del tiempo de Luis XIII, porque las modas de los harapos no cambian.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERO"
Apdo. 3625 MONTERREY, MEXICO

*Felices y andrajosas criaturas
Que venden al pasar buenas venturas (1).*

A la cabeza de los gitanos, Cocardasse y Paspeoil daban la nota más pintoresca del cortejo: el primero, con el sombrero á la oreja y su aire de matamoros; el segundo, soñando con Pepita, por cuyo amor creíase capaz de convertirse en gitano, idólatra y salteador de caminos.

De vez en cuando volvía la cabeza para contemplar aquella belleza bohemia; pero sólo veía las miradas celosas y nada tranquilizadoras de algún bigardón de la tribu. Entonces bajaba la cabeza y oprimía los flancos de su caballo, que trotaba unos minutos.

Aurora de Nevers cabalgaba al lado de Lagardère; ambos se miraban intensamente y no cesaban de charlar un instante. ¡Eran tan felices, y tenían tantas cosas que decirse después de tan larga separación!

Tras ellos iban Flor y Chaverny, que no hablaban en voz baja como los otros: su dicha era tan ruidosa y expansiva como la de aquellos reservada é íntima. El Marquesito necesitaba pregonar su ventura, manifestarla en risas de júbilo, en movimientos, en transportes de

(1) Traducción libre. El dístico francés reza:
*Ces pauvres gueux, pleins de bonadventures,
Ne portent rien que des choses futures.*

alegría; y María Cruz, pensando que bastante había llorado y sufrido, se sentía muy dispuesta á ponerse al unísono con su novio, rebotando también regocijo y animación.

Antonio y su hermana hablaban animadamente en vasco, lengua tan extraña que hace falta muchos meses de práctica para entenderla, y muchos años para hablarla.

Los carricoches de los gitanos iban casi todos vacíos; la mayoría de los bohemios caminaban á pie, cantando sus melopeas graves y salvajes. Mabel iba en su galera, y Mariquita delante, con los ojos bajos, triste y soñadora. Mortal angustia le oprimía la garganta: ella que había leído en las estrellas el porvenir de los demás, no podía leer el suyo.

—¡He contribuido á la felicidad de todos— se decía lúgubremente,—sobre todo á la suya! ¡Le he sacrificado un poco de mi razón y de mi sangre, mucho de mis afectos, mi corazón, y va á irse, á separarse de mí para siempre, mientras yo tengo que quedarme aquí como restos de un naufragio!

La cabeza de la columna se detuvo. Con gesto teatral Cocardasse se quitó el sombrero saludando el suelo francés.

—¡Vive Dios! ¡Ya estamos en casa! ¡Amable, pichoncito, da los buenos días al Sol de monseñor el Regente, que sale allá lejos como un enorme escudo de oro!

—¡Más valdría que cayeran algunos en nuestros bolsillos!

Hasta Lagardère se descubrió. Aurora, conmovida, dirigió al Cielo ferviente plegaria de agradecimiento.

La caravana se inmovilizó, y los gitanos que por invitación de Mabel quisieron acompañar hasta el suelo francés á los novios se alinearon al lado de la Madre.

Hasta entonces no se habló para nada de recompensa: no la reclamaban; habían obrado espontáneamente, por su voluntad, se creían bien recompensados, satisfechos por lo útil y eficaz de su intervención, y contemplaban, respetuosamente al caballero cuya sola presencia bastó para poner en fuga á los adversarios; pues aquellos seres rebeldes, hijos del viento y de la tierra, admiran sobre todo el valor personal.

Por una vez en su vida hicieron excepción de sus reglas, y no había memoria de que hubieren ayudado nunca, ni ellos ni sus antepasados, á ningún cristiano, salvo á Lagardère, á lo menos desinteresadamente. El caballero echó pie á tierra y se dirigió con Chaverny á los gitanos.

—¡Gracias, amigos míos!—les dijo.—Creí por mucho tiempo que erais incapaces de hacer el bien, y reconozco que estaba equivocado. Si me fuera posible dar ahora mismo á cada uno

de vosotros lo que merece, seríais ricos antes de cuarenta minutos. Por desgracia, á excepción de mi espada, sólo tengo algunos ducados. Aquí están; espero que algún día podré daros más.

—¡Y aquí tenéis mi bolsa!—añadió Chaverny.—Volved á este lugar dentro de un mes, y os prometo que hallaréis á alguien que os dará un recuerdo nuestro.

Ambos tendieron al mismo tiempo á Mabel las manos llenas de oro.

—Si alguno de éstos quiere—declaró la Madre,—es libre de aceptar. Yo por mi, no quiero nada.

—Rehusamos—contestaron los hombres.—Cuando nos asalta el capricho de poseer oro, lo cogemos, y en paz. Pero nunca hemos vendido nuestra adhesión, y sois los primeros á quienes la hemos otorgado. Lo que se da no se paga.

—¡Mal pecado!—exclamó el gascón.—¡Rehusan! ¿Qué te parece, Amable? ¡Que nos ofrezcan un poco á nosotros..., por probar!

Flor se dejó caer de su mula, cogió las dos bolsas y se acercó á Pepita:

—Toma, hermosa recibe esto de manos dela que fué en otro tiempo una de las vuestras. Cómprate anillos, collares y brazaletes, y si algún día encuentras por Madrid, por Sevilla ó por Murcia algún caballero francés noble y

bueno que te ame, no digas que no, chiquilla. Acuérdate de mí: tú eres más hermosa que yo..., y voy á ser marquesa.

Y muy ufana, después de besar á la joven, se apoyó en el brazo de Chaverny.

—¡Dios!—exclamó Passepoil relamiéndose.

—¡Si volviera yo por España y fuera de mí de quien se enamorase!...

Cocardasse soltó la carcajada:

—¡De til! ¡Sangre de Cristo! Pero ¿no te has contemplado nunca en un espejo, mi pobre Amable?

El normando, herido en su amor propio, le lanzó una mirada furibunda y murmuró entre dientes:

—¡Quizás la amaría yo mucho más que cualquier caballero encopetado!

—¡Eh, mal pecado! ¿Acaso no lo somos? ¿No nos ha consagrado como tales el parisiensito?

Á su vez Aurora abrazó y besó en ambas mejillas á Mabel.

—¡Vos le habéis salvado!—le dijo.—¡Nunca olvidaré que os lo debo á vos! Si algún día me necesitáis, sea para lo que fuere, disponed de mí.

—Mabel no necesitará ya nada muy en breve. Os hemos puesto en el camino de la dicha: no os extraviéis.

Mariquita permanecía aparte. Las dos damas la abrazaron cariñosamente.

—Vente con nosotras!—le dijo Flor.—Nos has

dado tanto, que nada puede separarnos en adelante.

—¡Ven, hermanal!—añadió Aurora.

Pero la gitanita movió la cabeza, y extendiendo el brazo hacia la sierra de Gudar.

—Estoy encadenada allí para siempre—repuso con tristeza.—Juré á mi padre que no me alejaría nunca de su tumba y que moriría sobre ella. ¡Ojalá sea pronto! Id, hermanas, ya que me permitís que os dé ese nombre; id hacia la dicha, hacia el amor... El espectáculo de vuestra felicidad no espera que yo lo contemple.

—Tú lo echas á perder—insistió Lagardère conmovido—rehusando asociarse á él. ¡Ven, hija mía; acuérdate del día en que descansabas tu cabeza en mi pecho, y en el cual juré no abandonarte! Tengo que cumplir mi juramento. ¡No podemos separarnos!

—Has hecho por mí más de lo que debías.

—Tú me has dado la vida de tu padre.

—En cambio, estaba loca, y tu cariño me devolvió la razón.

—Loca por mí y por culpa mía.

—¡Qué importa! Mi misión en este mundo ha terminado. ¡Llévate á tu novia!

El pobre corazón de la muchacha sangraba. Contempló ávidamente al caballero como para grabar indeleblemente en su alma las facciones adoradas.

—¡Vete con tu novia!—repitió.

Y un torrente de lágrimas afluyó á sus ojos; estremeci6se convulsivamente. Lagardère la abrazó, y besó castamente su frente.

—Siempre seré tu hermano—le dijo con dulzura.—Cuando te abrumen las penas, ven á París y las compartiremos contigo.

—¡Adiós!—murmuró ella—¡Hasta la eternidad!

Y se retiró sollozando para no ver la tristeza en el rostro de Enrique y de sus amigos.

—¡Adiós, pues, hija mía!—dijo lentamente Lagardère.—¡Adiós á vosotros todos, amigos, que no queréis nada de mí á cambio de tanto bien como me habéis hecho! ¡Que Dios os lo pague! Hubiera querido probaros que no os olvidaré nunca.

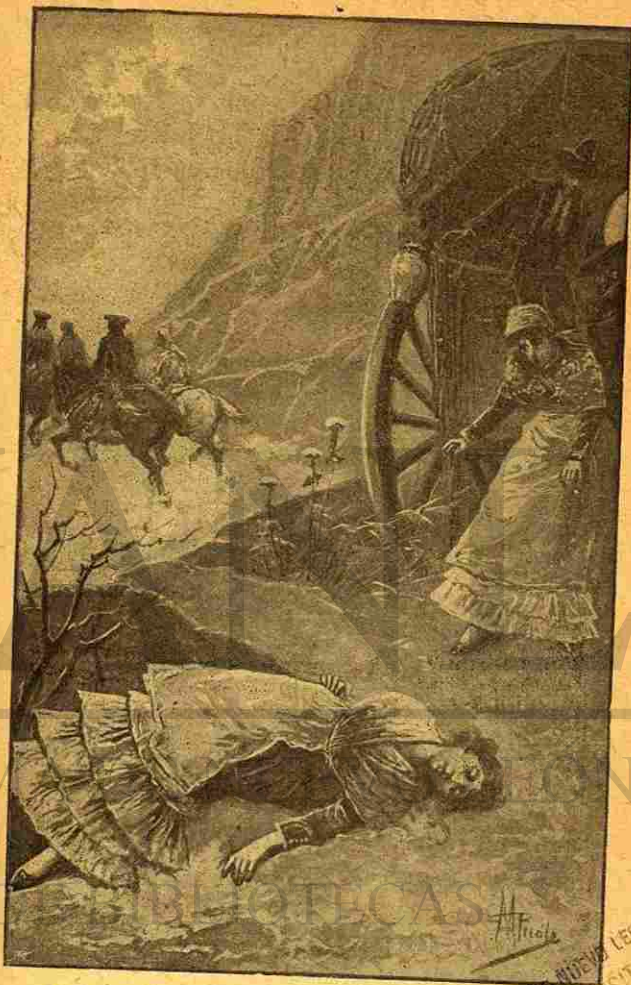
—Anda—contestó la vieja Mabel,—y continúa tan fuerte y tan bravo. La que has escogido puede apoyarse en ti con toda confianza.

Unos montaron á caballo, otros en los carros, y los dos trozos del cortejo alejaronse en sentido inverso. Sólo Mariquita continuó á pie, y lloraba como una Magdalena. De cuando en cuando volvía la cabeza para ver al caballero.

Pr6ximos á desaparecer de su vista Lagardère y los suyos, escaló un montículo para verlos un rato más. Cuando ya no pudo distinguirlos exclamó con desesperación:

—¡Enrique, Enrique!...

Y dió un grito parecido á los estridentes



La desdichada gitanilla había cumplido su misión terrenal. Estaba muerta.

alaridos que lanzaba en la época de su locura: un grito de angustia, de amor desesperado, como estertor de horrible agonía.

Después se desplomó en tierra.

La desdichada gitanita había cumplido su misión terrenal.

Estaba muerta.

II

Conde de Lagardère.

Un poco antes de llegar á Bayona Jacinta se separó precipitadamente de su hermano, con quien seguía conversando, y se acercó al caballero.

—¡Pronto, pronto!—le dijo—¡Escondeos, haced esconder á todos en ese bosquecillo, y que nadie se deje ver!

El asombro de Enrique y sus compañeros fué enorme.

—¡Despachad!—seguía la vasca.—¡Os lo ruego! ¡Como no sea tarde ya!

Y al mismo tiempo les mostraba el bosquecillo, tratando de empujarlos hacia los olivos que bordeaban la carretera.

—¿Qué ocurre?—preguntó Lagardère, obediéndole á la hostelera y metiéndose con los suyos en el bosquecillo.

Jacinta le señaló con el dedo dos puntos negros en el camino, cerca de la ciudad.

—¿Veis?

—Ya veo; son dos hombres á caballo.

—No; no son dos hombres: un hombre y una mujer.

—¡Sangre de Cristo!—rugió Cocardasse.—¿Nos hemos convertido en liebres, para escondernos al aproximarse dos personas? ¿Quieres que me adelante, pichón, y les diga que si quieren algo con Lagardère no tienen más que acercarse?

—Estaos ahí—dijo la vasca con autoridad—y callad. Nadie os pide vuestra opinión—Y dirigiéndose á Aurora, añadió—¿No adivináis quién es esa dama, señorita?

El corazón de la joven palpitó con violencia instintivamente.

—¿Será posible?

—Todas las mañanas desde que está en Bayona, la señora princesa, acompañada por M. de Navailles se adelanta por la carretera para ver si os encuentra ó saber antes las noticias que llegen. Todos los días al salir de la ciudad, tratando de darse esperanzas, exclama. «¡Hoy será!»; hasta que vuelve por la tarde, abatida, triste, desanimada.

—¡Pobre madre mía!

—Viene hoy como ayer, como vendría mañana si no hubiera sonado la hora. La guía la esperanza, y la sostiene el deber. Pero como hay alegrías que matan, os he hecho ocultaros

para prepararla y evitar lo demasiado brusco del golpe. Aguardad, pues, aquí y dejadme hacer.

Lágrimas dulcísimas corrían de los hermosos ojos de Aurora, cuya cabecita se apoyaba en el hombro de Lagardère, que la dejaba llorar, pues hay circunstancias en que el corazón estallaría si convertida en llanto no rebosara por los ojos la emoción.

—Otra vez más, Enrique—decía,—mi madre me recibirá de tus manos. ¡Dichoso día el que pueda unir en mi dicha á los seres á quienes más amo en el mundo: mi madre y tú! ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿Qué he de hacer para manifestar mi agradecimiento á los dos, que tanto habéis sufrido por mí?

—¿Acaso no has sufrido tú también, pobre niña?

Ella inclinó más la cabeza, y acariciando con sus bucles de oro el rostro de su novio, dijo con sonrisa adorable:

—¡Ya no me acuerdo! ¡Soy tan feliz!...

La vasca se había adelantado con paso rápido, pero conteniéndose un tanto por temor de que al verla llegar tan deprisa Mme. de Nevers sospechase algo. Con todo, al verla á lo lejos la desconsolada Princesa tuvo como un presentimiento, y en cuanto creyó que podía ser oída gritó:

—¡Vos, Jacinta! ¿Sois vos? ¿Qué hacéis por aquí á estas horas?

—Como no llegaban noticias, fui á buscarlas.

—¡Vos sabéis algo! ¡Me lo daba el corazón! ¡Hablad, decidme por piedad lo que sepáis! ¡No tengáis recelo! Soy fuerte, y puedo conocerlo todo, oirlo todo, saberlo todo. ¡Hablad!

No era ya la dama pálida, insensible al parecer, que no salía en todo día de la capilla del palacio Gonzaga. Estaba ansiosa, palpitaba desordenadamente su corazón, y sus ojos, agrandados por el llanto, se abrían desmesuradamente. Tenía razón al decir que podía recibir cualquier noticia; pero si le hubiesen anunciado una desgracia, habría caído del caballo para no levantarse más. Cuanto más distendidos están los nervios para resistir á una sacudida, más terrible es el choque.

De una ojeada la vasca se dió cuenta del estado de ánimo de la amazona, de la cual la separaban ya pocos pasos, y exclamó:

—Tranquilizaos, señora: no tengo que decir cosa alguna que no os sea grata.

Mme. de Nevers exhaló un gran suspiro de desahogo y murmuró.

—¡Me devolvéis la esperanza! ¿Habéis visto á Aurora?

La Princesa parecía suficientemente preparada para recibir la noticia de su próxima ventura.

—He visto á mademoiselle de Nevers esta

misma mañana. Pronto estará en vuestros brazos.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué no está ya? ¿A qué obedece su tardanza? ¡Tantas cosas pueden suceder en un minuto, que no dejaré de temblar mientras no la tenga entre mis brazos!

—No tenéis nada que temer. Está fuera de peligro.

—¿Y él?—preguntó la dama casi con tan angustiada ansiedad como cuando se trataba de su hija.—¿Habéis visto también á M. de Lagardère?

—¿Podéis dudarlo? Él es quien os la trae.

—¡Alabado sea Dios! ¡Hijos míos! Jacinta, os lo suplico, ¿cuándo podré verlos?

—Cuando queráis; señora; os aguardan.

—¡Pronto, pronto! ¡Vamos! ¡Llebadme á su lado! ¿Por qué no lo dijisteis antes?

—Creí que tanto por vos como por ellos había necesidad de evitar que el golpe fuese demasiado brusco. ¡Venid!

—Tenéis razón; pero habéis retrasado mi dicha por algunos minutos, y á veces los minutos son siglos.

Un caballo relinchó; la vasca señaló con el dedo el bosquecillo.

—Están allí—dijo.

—¡Auroral ¡Enrique! ¡Hijos míos!—gritó con toda su alma la madre.

—¡Aquí estamos!—respondieron dos voces á un tiempo.

Precipitáronse unos contra otros, y los dos jóvenes cayeron en los amorosos brazos de la madre. Los tres seres no formaban más que uno, y de él surgía armonioso rumor de besos.

¿Hay que decir que desde aquel día la posada de *La Bella Hostelera* ofreció un aspecto des-acostumbrado? Si Jacinta tomó inmediatamente las riendas del gobierno, fué para proporcionar la mayor comodidad á sus huéspedes y que pudieran considerarse como en su casa. En cuanto á Antonio, nadie al verle ayudar solícito á su hermana hubiera dicho que era el mismo hombre que se había batido tan heroicamente con los seis bandidos en las puertas de Burgos; nadie sospecharía que era el que tantos actos de abnegación y de bravura había realizado.

Las mejillas de la dama comenzaban á sonrojarse, dando tregua á su dolor. Tenía sobre sus rodillas la cabeza de Aurora, arrodillada á las pies, y acariciaba los rubios cabellos de la hija adorada, besándola á cada momento.

Por su parte Chaverny y Cruz presentaban un cuadro no menos agradable. Su carácter naturalmente alegre desterraba de su lado toda melancolía.

Con tales compañeros, la Princesa no podía menos de sonreír, y sus ojos contemplaban con íntimo júbilo el espectáculo de aquellos seres

que se amaban como ella también había amado; amor inmenso cuya piedra de toque fué el dolor.

—¡Enrique, hijo mío, contadme lo que habéis hecho, lo que habéis sufrido!

—No le preguntéis á él, madre: os contará los padecimientos de los demás y callará los suyos. Interrogad más bien á Flor y á Chaverny..., y eso que ellos también os ocultarán lo que les concierne particularmente.

—¿Á qué hemos de volver sobre lo pasado?

—replicó Lagardère.—Pensemos en lo presente y en lo porvenir. Debemos bendecir el mal que ya pasó, pues ha templado nuestra alma y nos ha unido para siempre.

—Cierto—dijo Aurora sonriéndole cariñosamente;—pero cuando se está á salvoya, Enrique, es muy dulce volver la vista atrás para ver los obstáculos vencidos y recordar que se ha triunfado del dolor. Á este propósito me asalta un deseo singular, que acaso califiquéis de insensato, y que, sin embargo, no vacilaríais en realizar si supierais el empeño que tengo...

—Basta que lo deseéis para que se realice en lo que de mí dependa.

—Flort también se alegrará mucho; pero... no me atrevo á decirlo.

—Háblad sin temor, Aurora. Vuestro deseo no puede ser insensato. ¿Por qué había de ser mal acogido?

—Pues bien, Enrique;—quisiera volver á ver el subterráneo donde sólo hallamos nuevos padecimientos cuando creíamos que nos conduciría á la libertad.

—Son horas que queréis robarme—dijo la Princesa,—y no tenéis ese derecho. No os dejaré ir..., á menos de acompañaros.

—Bueno, madre; ven con nosotros. Ya que quieres saber cuánto hemos sufrido, ven, y podrás darte cuenta de lo mucho que por nosotras hicieron Jacinta y Antonio.

Poco después el vasco, provisto de antorchas, púsose á la cabeza del cortejo, al cual se incorporó Navailles, y todos penetraron en el pasadizo subterráneo. Aurora y Cruz, conmovidísimas, estremeciéndose se estrechaban á sus novios respectivos, y revivían las horas de angustia que pasaron allí. Chaverny quiso que Antonio le relatase lo sucedido: éste atribuía todo el mérito á Flor, que protestaba contra ello, y Mlle. de Nevers no acertaba á recordar bien los hechos.

—¿Cómo ibas á saber lo que pasaba? Estabas sin conocimiento, y Antonio te llevaba como á un niño. Mira: mientras él se ensangrentaba las manos para abrirnos paso, tú yacías acostada ahí, en ese sitio.

—Si—confirmó el vasco estremeciéndose;—dormía, y vos la hicisteis andar durmiendo como un fantasma. No he tenido miedo en mi

vida; pero cuando la vi caminar tiesa en la oscuridad como un espectro, temblé. Es un misterio que quizás no podré comprender en mi vida.

La gitana explicó el caso como pudo, y la Duquesa temblaba al oírlos. Pero todavía fué peor cuando Laho los llevó al borde del torrente y contó su lucha con Gonzaga. Lagardère, que era hombre capaz de los mayores sacrificios, estaba admirado.

—¡Ufanaos, Aurora—exclamó,—de ser capaz de inspirar tales actos!

—Ha arriesgado su vida diez veces por nosotras. ¿Cómo recompensarle?

—Permitiéndome inmolarla si llega el caso. Hasta entonces nada me debéis.

—Pero ¿lo hubierais hecho por cualquiera? —le preguntó Enrique.

—Puede ser, si se trataba de una mujer. Ahora que os conozco á todos, lo haría cien veces por cada uno de vosotros.

El montañés pronunció estas palabras sinceramente, sencillamente, y todos le tendieron la mano, que él estrechó sin que su semblante reflejara otra impresión que el sentimiento del deber. Hay caracteres así, que tienen por regla de conducta la abnegación, y esto es lo que llamamos nobleza de corazón. Doña Cruz la posésia en el mismo grado que Laho, y Chaverny comprendía que al darle el título de marquesa resultaba honrado.

Cuando salieron á la luz las jóvenes se sintieron más animosas. Habían pasado de nuevo una de las estaciones de su calvario, y confiando en la protección eficaz de sus novios, tomaban al Cielo por testigo de su felicidad.

Sólo faltaba la pobre Mariquita, y por poco la Princesa no envió á buscarla: hasta hubiera deseado que figurasen los gitanos en el cortejo nupcial de su hija. Obtuvo de Jacinta la promesa de que vendería su hostería y se iría con ellos.

No fué cosa fácil: la vasca tenía mucho apego á sus montañas y á su cielo; pero las miradas ansiosas de las dos doncellas la hicieron vacilar, y los besos de ambas la decidieron. Las tres se abrazaron como la memorable noche de su proyectada fuga.

Conseguidos sus deseos, la Princesa exclamó con altivez:

—¿Quién osaría ahora, en medio de vosotros, arrebatarme de nuevo á mi hija? Vos, Doña Cruz, sois también mi hija querida; y vos, Chaverny, que habéis reparado todo el mal que os impulsaban á hacer, dadme esa mano leal. ¡Á todos os bendigo, pues, que me habéis devuelto mi hija!

La viuda de Nevers, la eterna desolada cuyos labios habían permanecido tanto tiempo mudos, desbordábase entonces expresando su agradecimiento, y la majestad dolorosa que la

envolvía desde el drama de los fosos de Caylus se fundía al calor de su cariño maternal.

—¡Y vos, Enrique, hijo mío, conde de Lagardère, venid á besar á vuestra madre!

Estaba ufanísima por ser ella misma la que anunciase al caballero el favor del Regente. Le abrazó, pues, estrechándole un buen rato contra su pecho, y dijo:

—Ahora leed en alta voz lo que S. A. R. el Regente ha dispuesto.

Y le entregó el pliego sellado con las armas de Felipe de Orleans, en el cual Lagardère leyó algo conmovido su nombramiento de conde.

El Regente permitía unir al nombre de Lagardère el de Nevers, una vez realizado el matrimonio de Enrique con Aurora.

III

Nuevos adversarios.

Al oírlo Cocardasse lanzó un vibrante y estruendoso ¡vive Dios! y volvió á beber. Era su única ocupación, y desde que se levantaba apresurábase á poner en práctica un refrán que él reputaba antiquísimo y que había inventado para su uso personal: «El caballo en la cuadra, la espada en la vaina, y el valiente en la mesa.»

El gascón tenía sed atrasada, y sabiendo que en casa de Jacinta podría vaciar cuantas

botellas quisiera sin que se las cargaran en cuenta, se apresuraba á satisfacer su apetito sin dar descanso á la garganta.

—¡Mal pecado!—decía cuando por casualidad dejaba un momento de beber.—¡Reflexiona, querido, el golpe que vamos á dar cuando asistamos á la boda con vestidos nuevos, resplandecientes de oro! ¡Se hablará por mucho tiempo en París de Cocardasse y de la noble figura que hacía en la boda de Lagardère! ¡No lo dudes!

Passepoil no lo dudaba; pero no hacía caso de su amigo. Pensaba en el amor. Ya sabemos que la bebida no le atraía. Reconcentrado en sí mismo, suspiraba mientras su amigo despachaba botellas. No le agradó, pues, la invasión de la sala de la hostería por seis individuos que llegaban á interrumpir sus sueños de oro. Además, aquellos sujetos tenían aspecto sospechoso.

Dos de ellos eran casi muchachos, que sin duda comenzaron á correr los caminos, hierro en mano, á la edad en que los de su generación jugaban todavía con armas de madera; pero tenían cara de audaces, y si los otros eran sus maestros, podían esperar de ellos que los honrarían. Los cuatro restantes eran espadachines de profesión y salteadores veteranos; no se necesitaba gran perspicacia para filiarlos.

Después de lanzar una mirada socarrona á

los dos diestros, fueron á sentarse aparte y conversaron en voz muy baja.

Si Cocardasse hubiera estado más sereno y Passepoil menos ensimismado, quizás habrían conocido á alguno de aquellos pícaros.

Con efecto; el primero de ellos era un antiguo cabo de guardias llamado Gualte Gendry; el segundo, reconocible por su gran estatura (seis pies y medio) y sus enormes cabeza, pies y manos, un tal Gruel, llamado la *Ballena* y exsoldado del mismo Cuerpo. Antiguos conocidos de esos de que nadie se jacta. De los dos jovencitos, el uno era hijo de una turinesa y de Pinto, el asesino que perdió una oreja en los fosos de Caylus, y luego fué muerto en Italia á manos de Lagardère; el otro, hijo de Joel de Juján, muerto también en Mozlés á manos del caballero. Los otros dos, desconocidos: un inglés que se hacía llamar Palafox, y un catalán que se decía nobilísimo de prosapia, pero que respondía al nombre insignificante y breve de Morda.

En suma, cuatro buitres veteranos y dos buhos jóvenes que iban en busca de una presa.

Apareció la moza del mesón, que no le parecía saco de paja á Passepoil, y éste comenzó á contemplarla. Al ver que los intrusos bromeaban con ella los miró iracundo, y poniendo una mano en el brazo de Cocardasse, que volvía á su tema del matrimonio de Lagardère, dijo:

—¡Calla!

—¡Cómo!—gruñó el gascón.—Sabe, pichón, que Cocardasse tiene la pretensión de poder hablar lo que quiera y donde quiera; lo mismo delante del Regente ó del *mariscal* de Berwick que del último lacayo de Peyrolles. ¡Sangre de Cristo! ¡No ha nacido aún el que me haga callar cuando yo no quiero!

—¡Bien dicho!—exclamó uno desde el fondo de la sala.

—¡Eh! ¡Pardiez! ¡Es ese bravo M. Cocardasse; la mejor espada que conozco desde Bayona hasta Lila!

—¿No te lo decía yo? Pero vosotros ¿dónde diablos habéis tenido el honor de conocerme?

—Á fe mía—respondió Gendry,—creo que fué en un baile dado por el Regente en los jardines del Palacio Real. Yo estaba de guardia en una de las puertas cuando vuestro amigo y vos llevabais á ese viejo borrachón del barón de Barbanchois.

—¡Mal pecado! ¡Esas gentes cortesanas no saben beber!

—Él mismo, al levantarse, titubeaba un tanto.

—Coje tu espada—le susurró al oído Passepoil.

El gascón obedeció y se la ciñó.

—¿Podría preguntaros de dónde venís?—interrogó de pronto el receloso normando.

Gendry no respondió. Prefería hacer charlar á Cocardasse, que le parecía algo alegre y dispuesto á decir todo lo que quisieran. Por desgracia, sin darse cuenta él mismo de la razón á que obedecía, repitió la pregunta de su amigo.

—¡Sí, sí! cuernos de Lucifer! ¿De dónde venís?

—Venimos en línea recta de Arras, donde nos dijeron que había golpes que dar en España.

Cocardasse soltó la carcajada.

—¡Un poco tarde es, borreguillos!—dijo apretándose los riñones.—¡El minué acabó hace mucho, y han danzado muy bien sin vosotros!

—¡Ay! ¡Ya me lo figuraba yo!—suspiró el *Ballena*.—No nos queda más recurso que volver á París á ver si alguien quiere nuestros servicios.

—¿Á París? ¡Vive Dios! Nosotros vamos mañana, y si queréis acompañarnos, os respondo que iréis en buena compañía...

—¡Despacio, despacio!—interrumpió Passepoil—No tenemos necesidad de nadie, y menos de personas á quienes no conocemos.

—Pero si ellos nos conocen, pichón...

—Repito que no necesitamos á nadie—insistió resueltamente Passepoil.

Aunque tan tímido de ordinario, el valiente diestro se acordaba algunas veces de que tuvo

sus ímpetus agresivos, y á la sazón estaba á punto de volver á serlo cortando por lo sano. No en balde era normando y se jactaba de tener olfato en ocasiones. La compañía de aquellos pícaros le desagradaba, y reflexionando por los dos, ya que Cocardasse no se hallaba en estado de reflexionar, no quería ofrecer á Lagardère la escolta de semejantes malandrines. Además, veía fijos en él con admiración los ojos de la moza, y esto aumentaba su audacia: se sentía capaz de las mayores empresas. ¿Qué hubiera hecho el incomparable D. Quijote si no inspirara todas sus gloriosas acciones la sin par Dulcinea?

—¡Oh, oh, amigo!—dijo el ex-cabo.—¡Eres demasiado suspicaz! ¡Si quieres conocernos más á fondo, nuestros hechos están grabados en la hoja de nuestras espadas!

—Os conozco, por lo menos á dos—contestó el normando con toda calma;—y á los demás no necesito conocerlos para saber que no son honrados.

No hacía falta tanto para que salieran á relucir los aceros.

Cocardasse, siempre pacífico cuando estaba á medios pelos y tenía vino cerca, terció en el debate:

—¿Qué mosca te ha picado, pequeño? Para conocer á los amigos no hay cosa mejor que las botellas. Bebiendo juntos es como...

Gualter Gendry tenía sus razones para evitar un lance ruidoso, y retrocediendo un paso para que la espada del maestro de esgrima no le agujerease el colete, respondió cortésmente:

—Esa es también mi opinión.

Y en seguida ordenó á los suyos.

—¡Envainad, señores! Bebamos primero, y luego os diremos quiénes somos.

—¡Es inútil!—prorrumpió de pronto una voz vibrante—¡Te conozco de sobra, Gendry; y en cuanto al *Ballena*, debe de recordar el día que tuvo el capricho de usurpar el puesto del jorobado en el palacio de Gonzagal!

Todas las cabezas se volvieron instintivamente para ver al que acababa de hablar.

—¡Lagardèrel!—murmuraron los dos mencionados, retrocediendo hacia la puerta.

—¡Sí, Lagardèrel! ¡Largo de aquí, malandrines! ¡Que no os encuentre yo en mi camino!

El *Ballena* inclinó la cabeza y se refugió en un rincón: tenía miedo de sentir otra vez el terrible collar que acababan de recordarle.

Los que no habían conocido al Jorobado debían, naturalmente, mostrar mayor audacia, y los dos jóvenes eran de ese número, pues se encontraban por primera vez ante el caballero. La actitud de su jefe hubiera debido moderar su arrebató; pero la juventud no razona, y se ufanaban al verse en presencia del hombre de quien habían jurado vengarse. En un instante

sus aceros se dirigieron hacia el pecho de Enrique, el cual sonrió al verlos como gallitos echando chispas por los ojos. Sin creer necesario desnudar el suyo, los miró de alto á bajo y les dijo:

—¡Vais á haceros daño con esos juguetes, que no deben dejarse en manos de los niños! ¡Vengan!

Y así diciendo, rápido como el pensamiento se los arrancó de la mano, los quebró en las rodillas y arrojó los pedazos. Los dos jóvenes palidieron de rabia.

—¡Soy el hijo de Joel de Luján!

—¡Y yo, el hijo de Pintol!

—Siento mucho haberos dejado huérfanos. Pero os aconsejo que escojáis otro modo de vivir que el de vuestros respectivos padres.

—¡Espadas! ¡Espadas!—rugían ellos desesperados y frenéticos.

Lagardère, volviéndose hacia Cocardasse, que se había serenado como por encanto, y á Passepoil, que probaba con la yema del dedo la punta de su tizona, ordenó:

—Acompañadlos hasta la puerta de la calle, sin ruido, si puede ser. Y vosotros, buen viaje. Os intimo por vuestra vida á poner la mayor distancia posible entre vosotros y yo.

Joel de Luján era bretón y, por consiguiente, testarudo. Se le había metido en la cabeza matar á Lagardère, y, careciendo de espada, sa-

có una pistola y apuntó. El pomo de una espada le dió tan rudo golpe en el puño, que le hizo soltar el arma y exhalar un grito; al mismo tiempo recibía entre las piernas y la espalda un formidable puntapié, y quedaba en su ropa la huella polvorienta de la bota claveteada de Cocardasse.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Á la escuela, mocoso! ¡Y vosotros, largo de aquí os han dicho! Chaverny se había colocado junto á Enrique con los brazos cruzados. Los espadachines, no teniendo que habérselas sino con los dos diestros, creyeron que podían gritar un poco, á lo menos por fórmula.

—¿Y por qué hemos de largarnos?—pricipió á decir Gendry—No hemos provocado á nadie, y tenemos el derecho de quedarnos si queremos.

—¡Caramba!—exclamó el catalán.—¡No se dirá que un caballero de mi clase ceda su puesto así!

Y adelantó hasta el medio de la sala, con el brazo izquierdo en jarras, la diestra armada, en actitud de bravata y desafío.

—¿Quieres quedarte?—gritó una voz burlesca.—¡Pues te quedarás!

Una cuerda lanzada á modo de lazo silbó en el aire y se arrolló en el cuerpo del flamante hidalgo, liándole como á un salchichón.

Morda soltó la espada y lanzó un grito. El

vasco ató el extremo de la cuerda, que conservaba en la mano, á una anilla fija en la pared, y abriendo luego la puerta de par en par, dijo burlescamente:

—Ya sabéis lo que aguarda al primero de vosotros que halle yo rondando la casa. Escarmentad en cabeza ajena. Me sobra cuerda para todos, y sé cómo se ata á un árbol con un hombre á la punta.

El *Ballena* enderezó como movido por un resorte los seis pies y medio de su corpachón y salió el primero. Los demás le siguieron dócilmente. Gualter Gendry no fué el último.

IV

Cocardasse, maestro de baile.

El pseudo-hidalgo trató al principio de sus- traerse del lazo haciendo esfuerzos por aflojar sus ligaduras; pero no logró sino apretarlas, y prescindiendo de toda su jactancia comenzó á suplicar que le soltaran.

Lagardère no le escuchaba: hablaba aparte con Chaverny, Laho y Passepoil. El único que oía las súplicas del catalán era el gascón, que no hay que decir cuánto se divertía.

—¡No tengas miedo, pobrete! Ya que que- rías ir á París, debes regocijarte, puesto que te llevaremos. Y hasta sospecho que el que

có una pistola y apuntó. El pomo de una espada le dió tan rudo golpe en el puño, que le hizo soltar el arma y exhalar un grito; al mismo tiempo recibía entre las piernas y la espalda un formidable puntapié, y quedaba en su ropa la huella polvorienta de la bota claveteada de Cocardasse.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Á la escuela, mocoso! ¡Y vosotros, largo de aquí os han dicho! Chaverny se había colocado junto á Enrique con los brazos cruzados. Los espadachines, no teniendo que habérselas sino con los dos diestros, creyeron que podían gritar un poco, á lo menos por fórmula.

—¿Y por qué hemos de largarnos?—pricipió á decir Gendry—No hemos provocado á nadie, y tenemos el derecho de quedarnos si queremos.

—¡Caramba!—exclamó el catalán.—¡No se dirá que un caballero de mi clase ceda su puesto así!

Y adelantó hasta el medio de la sala, con el brazo izquierdo en jarras, la diestra armada, en actitud de bravata y desafío.

—¿Quieres quedarte?—gritó una voz burlesca.—¡Pues te quedarás!

Una cuerda lanzada á modo de lazo silbó en el aire y se arrolló en el cuerpo del flamante hidalgo, liándole como á un salchichón.

Morda soltó la espada y lanzó un grito. El

vasco ató el extremo de la cuerda, que conservaba en la mano, á una anilla fija en la pared, y abriendo luego la puerta de par en par, dijo burlescamente:

—Ya sabéis lo que aguarda al primero de vosotros que halle yo rondando la casa. Escarmentad en cabeza ajena. Me sobra cuerda para todos, y sé cómo se ata á un árbol con un hombre á la punta.

El *Ballena* enderezó como movido por un resorte los seis pies y medio de su corpachón y salió el primero. Los demás le siguieron dócilmente. Gualter Gendry no fué el último.

IV

Cocardasse, maestro de baile.

El pseudo-hidalgo trató al principio de sus- traerse del lazo haciendo esfuerzos por aflojar sus ligaduras; pero no logró sino apretarlas, y prescindiendo de toda su jactancia comenzó á suplicar que le soltaran.

Lagardère no le escuchaba: hablaba aparte con Chaverny, Laho y Passepoil. El único que oía las súplicas del catalán era el gascón, que no hay que decir cuánto se divertía.

—¡No tengas miedo, pobrete! Ya que querías ir á París, debes regocijarte, puesto que te llevaremos. Y hasta sospecho que el que

tan admirablemente te ató tiene la idea de ir enseñándote por el camino como un oso. ¡Será divertido! Yo haré la cuestación en mi sombrero. ¡Mal pecado! ¡Guay de tus costillas cuando la colecta sea escasa!

La vista del gascón bastaba por sí sola para exasperar á Morda. Figúrese el lector cómo se pondría al tener que sufrir sus insolencias.

—¡Si fuera un oso—gruñó,—no tendría para un diente con un pelafustán como tú!

—¡Cuernos de Lucifer! ¡El pelafustán me parece que va á hacerte bailar!

—¡Te desafío á que lo hagas!

—¡Voto á Dios! ¿Qué, me desafías?... ¡Me desafia el pícaro! ¡Aguarda un poco, mochuelo, y verás! ¡Otros más guapos que tú han danzado á la fuerzal! ¡Tengo un secreto para hacer aprender muy deprisita!

—¡Guarda tu secreto, ganapán! ¡No quiero nada tuyo!

—¿Ganapán? ¡Cuerpo de Cristo! ¡Me ha llamado ganapán este bandido! ¡Pues voy á darte lecciones gratis! ¡Ahora vas á ver! ¡Empecemos!

El diestro sacó el acero y puso la punta tan cerca de las pantorrillas del español, que éste, para evitar los pinchazos, iba levantando alternativamente la pierna amenazada. Cocardasse amagaba rápidamente, ora la derecha, ora

la izquierda, y Morda no pudo impedir algún pinchazo, aunque pataleaba de lo lindo.

—¡Voto á Dios! ¡Petronila lleva bien el compás! ¿Eh? ¡Ya te advertí que el pelafustán te haría bailar!

Lagardère y Chaverny no pudieron menos de reirse del espectáculo.

Á Laho, hombre en extremo práctico, le pareció excelente la idea del gascón, y le sugirió otra.

—Dejadnos hacer á Cocardesse y á mí. Estoy seguro de que esos bandidos vinieron aquí por algo, y hay que averiguarlo. ¿Queréis darme carta blanca para arrancar al prisionero todas las confesiones posibles?

—Haz lo que quieras, pero sin hacerle padecer mucho—dijo Lagardère.

Antonio habló aparte con el diestro. Lo que le dijo debía de ser muy chistoso, porque el diestro reía á carcajadas.

En aquel instante llegaron madame de Nevers, Aurora y Flor.

—¿Qué ha pasado, Enrique? ¿Os habéis batido? ¿Hay algún herido?

—Tranquilizaos, Aurora—contestó el Conde.

—¿Quién es ese hombre?

—Un discípulo mío, muy remolón y sin vergüenza—repuso cómicamente Cocardasse doblando el espinazo para hacer á las damas una profunda reverencia.—Voy á tener el ho-

nor de darle ante tan respetable público la segunda lección de baile, y confío en que la alta calidad de los espectadores le decidirá á trabajar mucho mejor que antes.

El prisionero volvía los ojos con espanto á todos lados. Su angustia era visible: el gascón se plantó delante de él y le saludó con la espada tan sarcásticamente, que le hizo estremecerse.

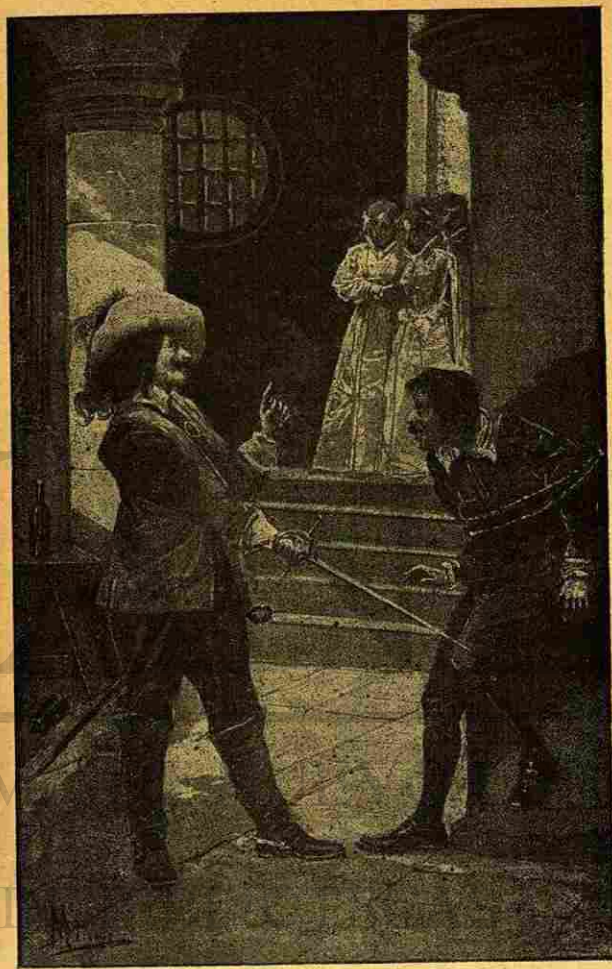
—Se trata, mocito, no solamente de danzar sino de responder á lo que te pregunte. La lengua debe moverse al mismo tiempo que las piernas. ¿Has comprendido?

Morda no respondió.

—Bueno; ahora te lo haré comprender. Señoras y caballeros, Cocardasse, maestro de esgrima jurado, y eventualmente profesor de baile y de retórica, tiene el honor de reclamar toda vuestra atención y toda vuestra indulgencia al presentaros á su mejor discípulo, amaestrado en libertad.

En la mirada que cambiaron maestro y alumno era fácil comprender que no reinaba ante ellos mucha cordialidad, ni siquiera cortesía.

—Comencemos por el baile. ¡Atención, amigo! ¡Una, dos! ¡Levanta un poco más esa pierna! ¡Hay que mostrar más agilidad! ¡Así! ¡Ahora la lengua, amigo! ¡Dinos de dónde habéis salido tú y tus compinches!



Comencemos por el baile... ¡Atención! ¡Una, dos!

30110

Nadie reía, á pesar de lo grotesco de la escena. Aurora trató de interponerse.

—¡Dejadle, Aurora!— repuso Lagardère.—Cocardasse no le hará mucho mal, y puede ser muy importante para nosotros conocer los propósitos de esos malandrines.

—Pero ¿hablará?

—¡Mal pecado! ¡No lo dudéis! ¡Petronila es un hada que haría hablar á un mudo de nacimiento!—Y acentuando el juego de su acero exclamó: —¿Vas á decidirte á hablar, granuja?

—Venimos..., nuestro jefe os lo ha dicho... Venimos... de Arras.

—¡Muy bien! ¿Y que has visto en Arras?

—He visto..., he visto...—balbuceó desconcertado el catalán.

—¡Me parece que no has visto nada! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Puede ser que no hayas estado en Arras sino de noche!

El español mordió el cebo.

—Sí; eso es..., de noche.

—¡Voto á bríos! ¡Estaba seguro! Por supuesto, que habrás bebido: en mis tiempos había un vinillo...

—Muy bueno, excelente vino... del país...

—¡Sangre de Cristo! ¿Has bebido vino del país muy bueno en Arras? ¡Pero si allí no hay más que faro, esa detestable cerveza de Bruselas! ¡Bailemos de nuevo, amigo, hasta que

se te desate la lengua y entones bien! ¡Hasta ahora cantas en falsete!

La terrible espada comenzó de nuevo á amagar las piernas del prisionero y á picarle en los muslos, y hasta en los brazos, haciéndole lanzar ayes de dolor y de espanto.

—¡Ay! ¡Por caridad! ¡No me martiricéis!

—¡Pues habla!

—¡He respondido la verdad!

—¡Pues siga el baile!

Aurora intercedió de nuevo, respondiendo á una mirada suplicante de Morda.

—¡Basta! Dejadle cobrar aliento, y quizás se decida á confesar.

La mano de Lagardère cayó sobre el hombro del catalán, que se estremeció.

—Te doy cinco minutos para pensarlo—le dijo con el tono resuelto é imperativo que empleaba algunas veces, y al cual era casi imposible dejar de someterse.—Si transcurrido ese plazo no confiesas cuanto sepas, te desatarán, te darán tu espada, y seré yo el que te haga cantar.

Las palabras caían como martillazos sobre Morda, que castañateó los dientes. Aunque sólo conocía á Lagardère por su fama, al verle y oírle comprendió que desde el momento en que tuviera que habérselas directamente con él, no tendría más remedio que obedecer. Los cinco minutos que le concedían los empleó en asegurar su salvación.

—Hablaré—dijo.—Pero ¿qué haréis de mí? Si habéis de atormentarme de nuevo, prefiero morir de una vez sin hacer traición á nadie.

—Si dices la verdad, serás libre de ir á hacerle ahorcar donde quieras.

—¿Me lo juráis?

El gascón estalló de indignación:

—¡Mal pecado! ¿No acaba de decírtelo? ¿Crees tu que Lagardère tenga más de una palabra, menguado?

—Habla—dijo al caballero,—y si estás bien con tu vida, no mientas.

—Pues bien; ayer mis compañeros y yo estábamos en un pueblecillo español de la frontera...

—Meditando alguna pillería—interrumpió el gascón.

—Se hacerlo que se puede. La vida es la vida, y sólo tenemos nuestra espada para mantenernos. Se acercaron unos caballeros á quienes Gendry, nuestro jefe, conocía. Habló un rato con dos de ellos...

—Si; Gonzaga y Peyrolles. ¡Adelante!

—Gendry nos trajo oro, y nos dijo que teníamos que seguiros por Francia adonde fuerais. No sé más.

—Sigue—ordenó el Conde frunciendo las cejas.

—Creo que M. de Peyrolles ha prometido mucho dinero á Gendry si lográbamos...

—¿Qué?

—Mataros.

—¿Á mi sólo?

—Á vos primero, y también á mademoiselle de Nevers, si no conseguíamos apoderarnos de ella para volverla á España y entregársela á M. de Gonzaga.

Las tres mujeres lanzaron sendas exclamaciones de horror, dominando á todas la exhalada por la desdichada madre.

—¿No acabaremos nunca?—murmuró tristemente Aurora.—¿Ha de estar siempre el odio suspendido sobre nuestra cabeza para amenazar nuestra felicidad ó envenenarla?

—¡No: todo tiene fin, hasta la vida de los asesinos, y no descansaré hasta acabar con ellos!—repuso enérgicamente Lagardère.

Cocardasse se acercó al español, y le dijo con chunga:

—¿Te figurabas tú que se podía matar tan fácilmente á Lagardère y robar á su novia cuando la acompañan hombres como M. de Chaverny, Cocardasse y demás? ¡Venid, venid, aunque seáis cincuenta con Peyrolles á la cabeza! ¡Y te aseguro que no le faltará su lección de baile! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Fíjate bien en Petronila, y pide á Dios que no seas uno de los que han de quedar ensartados en ella desde el puño á la punta!

—¡Dios me libre! Yo me vuelvo á España,

y que Gendry y los otros hagan lo que quieran. Me basta con una lección.

—Soltad á ese hombre, y que le sirvan de comer y beber—ordenó Lagardère.

—¡Chócala, discípulo!—exclamó el gascón.—Ya que te aprovechó mi lección y has hablado como convenia, podemos vaciar algunos jarros frente á frente.

El español suplicó sumisamente:

—Para eso sería preciso que el señor caballero me permitiese pasar aquí la noche. No sé adónde ir á tales horas. Pero mañana al amanecer prometo que emprenderé el camino de Burgos.

—Sea, ya que necesitas descansar. Pero acuérdate bien de lo que te dije: no quiero volver á tropezarme contigo.

En cuanto Laho le hubo desatado pasó como un relámpago por las facciones de Morda una extraña sonrisa, en la cual no reparó ninguno.

V

Sedución.

Hubiera sido rarísimo que al ver que se les escapaba su presa Gonzaga y Peyrolles se limitaran á maldecir al Destino. Ya que no podían perseguirlos personalmente, pues tenían vedada la entrada en territorio francés, no fal-

taban mercenarios á quienes encargar de la faena. Y tal recurso era hasta ventajoso para ellos, pues así se libraban de perder la vida en un encuentro con el temido Lagardère.

El siglo XVIII no quería recordar que su antepasado el XVII había prohibido severamente el duelo, y nunca salieron al aire los aceros con más felicidad que en la época de la regencia de Felipe de Orleans.

Y la mayoría de las veces no se desenvainaban para combates leales y caballerescos. Nunca abundaron tanto en Francia los espadachines de profesión, los aventureros, los asesinos mercenarios y los cortabolsas de capa y espada. Con mucha frecuencia los cuerpos de tales malandrines, colgados por el pescuezo, servían de pasto á los buitres; pero no escarmentaban los demás, y el ejército de los pícaros aumentaba, en vez de disminuir, pese á las ejecuciones.

En todas las bandas de esa clase que operaban en Francia, en España á veces, en Flandes y por los demás países de Europa en ocasiones era conocido Peyrollès, personalmente ó de nombre, y había alguien á quien él conociera. Era proverbial que rara vez dejaba de tener *trabajo* que encomendar ó que, por lo menos, los socorria en sus adversidades. Así, cuando Gendry formó su banda, instituyendo que sólo constaría de seis individuos, fuése en busca

del mayordomo de Gonzaga, á quien él y el *Ballena* conocían de sobra.

Ya sabemos por el catalán el trato concertado. Lo extraño era que un hombre como Morda hubiese revelado á Lagardère tan pronta y fácilmente de dónde partía el golpe y el propósito que guiaba á los malandrines. ¿Servía á los suyos al obrar así? Allá lo veremos.

Sea como fuere, y para volver á nuestro relato, diremos que poco después de libertar al catalán Laho marchó á Paris, portador de una carta de la Princesa en la que anunciaba al Regente la llegada á Bayona de Lagardère y Aurora y el próximo casamiento de éstos, y el de Chaverny con Maria Cruz. Diósele orden de ir á mataballo y ordenar la preparación de las habitaciones necesarias en el palacio de Nevers, pues el de Gonzaga, teatro de las orgías del Príncipe y del martirio de la Duquesa viuda, estaba cerrado.

—No olvidéis que nos vamos mañana, señora—dijo Lagardère al salir de la sala donde Morda sufrió su interrogatorio.

Las damas se retiraron á sus habitaciones; el Conde y el Marqués se fueron juntos, y Jacinta se dispuso á seguirlos. Estaba un tanto triste por abandonar á Bayona y la hostería donde nació y que había cambiado por ella su antiguo nombre, ostentando el de *La Hermosa Hostelera*.

Por lo pronto, fatigada por tantas emociones y por dos noches de vela, sentía necesidad de reposo, y confiada en la vigilancia de los dos diestros, les puso en la mesa cuanto necesitaban para satisfacer la sed y el hambre, envió á su cuarto á la criada, hizo varias recomendaciones á los tres hombres, y se fué á dormir.

Quedaron en la sala Cocardasse, Passepoil y Morda. Los dos primeros habían perdido la costumbre de dormir. El gascón se disponía á pasar la noche bebiendo. No contaba con los vapores del vino, que si bien se disiparon una hora antes, volvieron á invadir su cerebro á las pocas libaciones. Trató de competir con el catalán, que le llenaba continuamente el vaso; pero el sueño le rindió. ¿Qué puede la voluntad contra la embriaguez? Se había arrimado á la pared, por capricho, según dijo; pero á poco rato roncaba soñando que bebía.

Maese Passepoil no pensaba en imitarle. No bebía ni dormía. Antes de subirse á su cuarto la moza le hizo una seña, y el inflamable diestro renegaba de la embriaguez de su compañero y de la presencia del maldito español, que le impedía subir á festejar á la bayonesa.

Amable: no podía ser sensato cuando su corazón se inflamaba; pero no por eso perdía toda prudencia: no en balde era normando. Consideraba peligroso dejar solo á su amigo borracho con el catalán, que seguía inspirándole des-

confianza, y maldecía instintivamente la clemencia de Lagardère, que le sometía á tan ruda prueba.

La conversación decaía, y los vasos no se llenaban desde que se quedó dormido Cocardasse. El uno sólo tenía sed de amor, el otro pretendía gustar de la sobriedad, lo cual no podía ser más lógico en el que no sabe distinguir el vino español del faro bruselense. Pronto pareció tener sueño.

— Me dispensaréis si no puedo haceros compañía; ¿verdad? — dijo. — El ejercicio que me obligó á hacer vuestro amigo me ha descoyuntado y extenuado. Si se os hace el tiempo largo, despertadme dentro de una hora.

Dobló los brazos sobre la mesa haciendo un hueco para el rostro, inclinó la cabeza, y no tardó el normando en oírle roncar.

El diestro sintió debilitarse su prudencia. El deseo le llamaba al lado de la moza. Verdad que sobre él pesaba la responsabilidad de todo lo que sucediese; pero el catalán dormía á pierna suelta. Y, además, ¿qué iba á hacer él solo en aquella casa que bastaba para hacer temida y respetable la presencia de Lagardère? Por otra parte, se prometió bajar en breve, muy en breve. Las puertas estaban bien cerradas. Si llamaba alguien, él lo oiría, aunque estuviese diciendo chicoleos á la bayonesa. Se aseguró de

que ninguno de sus dos compañeros despertaba, y se fué.

No había subido seis escalones, cuando Morda, sin dejar de roncar, abrió un ojo, luego se arriesgó á abrir los dos, á levantar la cabeza, y murmuró con sonrisa de satisfacción:

— ¡Heme aquí dueño del campo! ¡Con tal que no tarden!

Escuchó atentamente. La casa estaba silenciosa como una tumba. Dieron las doce en el reloj de la Ciudadela. El español se levantó silenciosamente, sacó de su colete una banda de seda, y con mil precauciones amordazó sólidamente á Cocardasse. La ligereza de sus manos fué tal, que el borracho apenas si lanzó un gruñido.

Arañaron la puerta suavemente. Cualquiera hubiera creído que el ruido lo producía un ratoncillo. Acercóse Morda á la ventana, dió tres golpes discretos, y se entabló el siguiente diálogo.

— ¿Sois vos, Gendry?

— Sí. ¿Entramos por la puerta, ó por la ventana?

— ¡Hablad más bajo, que no estoy solo!

— ¿Quién está ahí?

— ¡Ese pellejo de Cocardassel! Pero está borracho, y le he amordazado.

— ¿Por qué no le has muerto?

— Me han desarmado, y ese maldito tiene

su tizona entre las piernas. Si intento quitársela, se despertará.

—¡Estrangúla!

—Es muy duro, y si grita...

—¿Y el normando?

—Arriba con la moza. Los demás duermen todos.

—¡Está bien! ¡Abrenos la puerta!

—Voy; pero guardad el silencio más completo, ó fallará el golpe.

Para eso había confesado el español. Cuando la banda de Gualter penetró en la hostería convinieron en que si las cosas salían mal, uno cualquiera de ellos trataría de quedarse en el mesón para dar entrada después á los compañeros.

Sin sospecharlo, Laho había secundado sus planes. Morda y Gendry cambiaron una mirada, y no necesitaron más. El catalán portóse hábilmente y logró sus deseos. Por otra parte, Gendry se había puesto de acuerdo con la moza para reducir á la impotencia á uno de los diestros. Al otro, pues habían supuesto que ambos velarian el sueño de los demás, sólo era cuestión de hacerle beber mucho, lo cual no ofrecía la menor dificultad.

X el plan había logrado el mejor éxito.

VI

Fracaso.

El español se dirigió hacia la puerta con cautelosos pasos. No hubiera estado muy tranquilo á poder sospechar que Cocardasse le vigilaba. Lo fuerte de la mordaza que amenazaba asfixiarle, le había despertado, y no perdió una sola palabra del diálogo de los dos malandrines. Al principio se sorprendió muy mucho de sentirse amordazado y de no ver á su colega Amable. Muy luego, al escuchar lo que los malandrines se decían, sonrió; pero continuó inmóvil.

Con infinitas precauciones el catalán levantó la primera barra, y luego la segunda: sólo le faltaba ya descorrer un cerrojo. En aquel instante, como movido por un resorte, el gascón se irguió. No tenía un minuto que perder: la mesa y toda la longitud la sala separaban al diestro del bandido. De un brinco pasó sobre la mesa, sus piernas se abrieron como formidable compás, extendió el brazo inclinando todo el busto hacia la puerta, y Morda, clavado en la puerta, apenas pudo exhalar un ronco estertor. No cayó al suelo hasta que Cocardasse retiró su espada, que le había atravesado de parte á parte.

Pero la partida no estaba ganada aún. La puerta se abrió violentamente, y antes de que

su tizona entre las piernas. Si intento quitársela, se despertará.

—¡Estrangúlale!

—Es muy duro, y si grita...

—¿Y el normando?

—Arriba con la moza. Los demás duermen todos.

—¡Está bien! ¡Abrenos la puerta!

—Voy; pero guardad el silencio más completo, ó fallará el golpe.

Para eso había confesado el español. Cuando la banda de Gualter penetró en la hostería convinieron en que si las cosas salían mal, uno cualquiera de ellos trataría de quedarse en el mesón para dar entrada después á los compañeros.

Sin sospecharlo, Laho había secundado sus planes. Morda y Gendry cambiaron una mirada, y no necesitaron más. El catalán portóse hábilmente y logró sus deseos. Por otra parte, Gendry se había puesto de acuerdo con la moza para reducir á la impotencia á uno de los diestros. Al otro, pues habían supuesto que ambos velarian el sueño de los demás, sólo era cuestión de hacerle beber mucho, lo cual no ofrecía la menor dificultad.

X el plan había logrado el mejor éxito.

VI

Fracaso.

El español se dirigió hacia la puerta con cautelosos pasos. No hubiera estado muy tranquilo á poder sospechar que Cocardasse le vigilaba. Lo fuerte de la mordaza que amenazaba asfixiarle, le había despertado, y no perdió una sola palabra del diálogo de los dos malandrines. Al principio se sorprendió muy mucho de sentirse amordazado y de no ver á su colega Amable. Muy luego, al escuchar lo que los malandrines se decían, sonrió; pero continuó inmóvil.

Con infinitas precauciones el catalán levantó la primera barra, y luego la segunda: sólo le faltaba ya descorrer un cerrojo. En aquel instante, como movido por un resorte, el gascón se irguió. No tenía un minuto que perder: la mesa y toda la longitud la sala separaban al diestro del bandido. De un brinco pasó sobre la mesa, sus piernas se abrieron como formidable compás, extendió el brazo inclinando todo el busto hacia la puerta, y Morda, clavado en la puerta, apenas pudo exhalar un ronco estertor. No cayó al suelo hasta que Cocardasse retiró su espada, que le había atravesado de parte á parte.

Pero la partida no estaba ganada aún. La puerta se abrió violentamente, y antes de que

el gascón pudiera dar un grito recibió en el costado un formidable topetazo del *Ballena* que le derribó á tierra sin sentido.

El bandido iba á acabar con su daga lo que había comenzado con el testuz; pero Gendry se lo impidió. Creía que era tiempo perdido entretenerse: su compromiso consistía en matar á Legardère y robar á Aurora, y cuanto más se entretuvieran, más riesgo corrían de fracasar. Puesto que el diestro se hallaba fuera de combate, lo demás poco le importaba. Una vez realizado el golpe, siempre habría tiempo de vengar la muerte de Morda si lo consideraban conveniente. El ex-cabo volvió á cerrar la puerta y dió sus órdenes.

—No tenemos que preocuparnos de Passepoil, que estará ya encerrado por la moza. Quedan Lagardère, Chaverny y otro que no conozco. Hay que respetar la vida del Marqués. Si por casualidad entramos antes en su cuarto, nos echamos encima, le atamos y le amordazamos.

«No será difícil, pues le sorprenderemos en la cama. Con el otro haremos lo mismo, á no ser que nos obligue á matarle. En cuanto á Lagardère, no haya cuartel; debe morir. Somos cinco contra él, y vamos á sorprenderle.

Los dos jovenzuelos, que no estaban aún avezados al crimen, protestaron:

—¡Yo quiero matarle—dijo Joel de Luján;

—pero de pié y frente á frente, como él mató á mi padre!

Gendry los miró desdeñosamente, y señalando la ventana murmuró:

—¡Si queréis largaros, aún estáis á tiempo, muchachos!

—Creerás que tenemos miedo—declaró el hijo de Pinto;—pero no es verdad. Supongo que somos libres de escoger la venganza que nos plazca, y precisamente porque no tenemos miedo no queremos herir á un hombre indefenso y dormido.

Gualter se encogió de hombros.

—¿Preferís que os mate?

—¿Y por qué ha de matarnos él, y no matar-le nosotros?

—Porque es hombre á quien no se puede matar de pié y espada en mano.—Y prosiguió autoritariamente.—¡Ea; ya hemos hablado bastante! ¡Soy vuestro jefe, y os invito á obedecerme sin replicar!

En realidad hubiera lamentado mucho que se fueran, pues no se consideraba capaz de cumplir su misión con el *Ballena* y Palafox solamente. Por eso añadió, convencido de que el único medio de conservarlos á su lado era aparentar que recelaba de su valor.

—¡No quiero cobardes en mi banda! ¡Dentro, ó fuera! ¿Qué decidís?

—Vamos, y arriba veremos lo que debe hacerse.

—¡Arriba, pues! Yo me encargo de la dama, y no necesito ayuda.

El *Ballena* descolgó la lámpara, y los cinco hombres subieron la escalera procurando apagar el ruido de sus pasos. El jefe iba delante, tratando de atenuar con su cuerpo el resplandor luminoso; le seguía el *Ballena*; á éste, Palafox, y los dos adolescentes cerraban la marcha. El silencio más completo reinaba en la casa. Llegados arriba vieron una porción de cuartos, y quedaron un momento perplejos.

Cualquier cosa hubiera dado Gendry por saber cuál era el de Lagardère; pero la única que pudiera indicárselo era la moza, y ésa estaría guardando á Passepoil. Yendo á la ventura, arriesgábase que algún grito despertase al caballero. En esto oyeron una puerta que se cerraba con doble vuelta de llave, y la bayoneta, dejando encerrado á su galán, apareció descalza y les señaló con el dedo la habitación de Lagardère y se dispuso á seguir bajando.

—¿Y mademoiselle de Nevers?—le preguntó Gendry al oído.

—Aquella puerta, al final del pasillo—surró la moza.—Duermen juntas las dos señoritas y se cierran por dentro; pero la cerradura es muy fuerte.

El *Ballena* se encogió de hombros y sonrió. De un empujón...

—¡Buena suerte!—murmuró la infel criada.—¡Nos hallaremos en San Sebastián!

Bajó á la sala baja y se dirigió á tientas hacia la puerta; pero retrocedió con horror al tropezar con el cadáver de Morda. Cuando llegaba á la ventana se sintió asida por dos robustos brazos.

—¿Sois vos, Jacinta?—le preguntó al oído el gascón.

Pero, abierta la ventana, Cocardasse la vió:

—¡Si, dejadme!—suspiró ella.

—¡Mientes, bribona! ¿Qué ocurre? ¡Tú eres cómplice de los asesinos!

—¡Perdón!—gimió la moza sin atreverse á gritar!

El diestro no hizo caso. Temblando con la idea de que el golpe se hubiese realizado, no tenía noción alguna del tiempo que había permanecido en el suelo sin sentido. Dió un empujón brutal á la moza, cuya cabeza chocó contra una esquina de la mesa y rodó por el suelo con un hilo de sangre que le brotaba de la sien, y lanzó un rugido que conmovió todo el edificio desde los cimientos al tejado.

—¡Lagardère! ¡Lagardère!

Los bandidos se estremecieron y tornáronse lívidos, á excepción del inglés Palafox, que lo oyó sin conmoverse. Flemático como todos

los de su raza, prosigió en guardia sin que se alterara un músculo de su faz.

—¡Abre la puerta!—ordenó Gualter al *Ballena*.

El gigante dejó la luz en el suelo, se lanzó como una catapulta, y con crujido lastimero de madera se abrió la puerta, saltando al suelo la cerradura. Por la ventana abierta de paren par la Luna iluminaba la habitación, y vieron al Conde á medio vestir que los aguardaba espada en mano.

El inglés se llegó á él de un salto; chocaron tres segundos los hierros, y Palafox cayó muerto con una herida entre ceja y ceja. La espada de Joel fué la segunda que buscó la de Lagardère: el Conde le desarmó en un segundo, haciendo volar por la ventana el acero de Luján.

—¡Vete! ¡No quiero matar niños!—le dijo.

Oyóse el abrir de varias puertas; la luz, empujada con el pie, se apagó.

Arriba, Passepoil gritaba y votaba, dando con pies y manos en una puerta que no podía abrir.

Chaverny apareció; pero se sintió sujeto, atado y amordazado antes de darse cuenta de lo que sucedía. Novailles asestó una estocada furiosa á Gendry; pero éste la esquivó, y el acero de aquél se quebró, chocando en un montante de madera.

Lagardère estaba sólo ante los cuatro hom-

bres, que no se atreverían á atacarle. Sabía que podía dar cuenta de ellos fácilmente; pero sospechó que estaban á punto de huir de miedo, pues ya miraban con cariño la escalera, y no quiso ensañarse.

De pronto llegó del extremo del corredor un grito penetrante, y una forma blanca salió con los brazos extendidos exclamando:

—¡Enrique! ¡Enrique!

El Conde palideció al pensar que pudieran matarla aquellos hombre antes de que llegase hasta él.

Con efecto; no le dieron tiempo á llegar: Gualter Gendry la levantó en brazos y escapó escalera abajo, diciendo á los suyos:

—¡Seguidme! ¡Ya la tengo!

Aurora lanzó un gemido, al que contestó otro desgarrador de la Princesa, que hubiera caído al suelo á no sostenerla Floren sus brazos.

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡Sálvame!—clamaba la joven.

Al pisar la sala baja Gendry rió burlescamente. Sólo le faltaba saltar la ventana. Llevaba su presa, lo que Gonzaga llamaba su «rescate viviente, sus rehenes». El golpe estaba dado. Sentía que le perseguía muy de cerca el Conde; pero entre ambos estaban el *Ballena* y los dos jóvenes. Con tal de llevarse á la Duquesita, poco le importaba que los matase.

Su risa sarcástica se ahogó en su garganta:

una mano de hierro le apretaba el cuello. Soltó á la dama medio desvanecida, que alguien recogió; sintióse libre, y sólo pensó en huir. Saltó apresuradamente por la ventana. Sus compañeros le siguieron tan de cerca, que Cocardasse no tuvo tiempo de dar más que un terrible cintarazo, que recibió en los riñones el *Ballena*. Había pagado el topetazo recibido.

Llegó Jacinta con una luz, y Lagardère recobró á Aurora desvanecida: la subió en un verbo y la entregó á los cuidados de doña Cruz. Mientras tanto Chaverny fué desatado por Navailles. Enrique acudió á estrechar la mano del gascón.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó éste.—¡El golpe estaba bien combinado; y si no me despierto á tiempo, quizás hubiera tenido buen éxito!

De pronto recordó, y bajó la cabeza avergonzado.

—¡Perdóname, pichón!—murmuró.—Si no hubiese bebido tanto esta noche, no hubieran puesto los pies aquí siquiera.

—¿Qué cadáver es ése?—preguntó el Conde al ver el de Morda.

—El pícaro de mi discípulo. Tomó tanto gusto á mis lecciones, que he tenido que enseñarle hasta el baile final.

Las explicaciones del diestro revelaron á

todos el plan de los bandidos y les hicieron comprender lo sucedido.

—Espero que no volveremos á verlos. Hoy mismo nos vamos.

—Pero no he visto pasar más que cuatro—dijo el gascón.

—El otro quedó arriba—repuso Navailles tocándose la frente.

—Uno cada uno; ¿eh, pichón? ¡No hemos perdido la noche! Pero, á todo esto, ¿dónde diablos está Amable?

—Es cierto. ¿Dónde está Passepoil?

—¡Aquí estoy!—repuso una voz lastimera. Me habían encerrado arriba, y hasta ahora no pude romper la puerta.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Qué te ha sucedido?

—No sé: había... bebido demasiado...

—¡Vive Dios! ¡Pobre Passepoil! ¡Hay que ser sobrio!

El normando vió á la moza tendida ante la mesa, y su rostro se tornó lívido.

¿Está... muerta... también?—balbuceó.

Y fué á arrodillarse junto á la joven, cuya cabeza alzó para examinar su herida. Expresaba tanto dolor su semblante, que Cocardasse no quiso afligirle contándole lo sucedido. La moza volvió en sí, y al verse en brazos del normando estalló en sollozos.

VII

La vuelta.

El papel de la bayonesa en los sucesos debía quedar secreto para Passepoil. Recién establecida en la hostería, cedió á las tentadoras promesas de Gendry, y quizás influyó en ella tanto como el ansia de lucro el temor de que los bandidos se vengaran cualquier día de ella si rehusaba. Honrada á su modo, cumplió su compromiso y encerró al normando, no sin vacilar mucho, pues la interesaba sobremana aquél galán meloso y poético, tan distinto de los rudos aventureros ó marinerotes que la requebraron hasta entonces. Por eso el remordimiento la hizo estallar en sollozos, como dijimos.

Su herida era muy leve. Lavada por el normando con agua fría, la moza pudo ponerse en pie, y quedó cabizbaja ante Cocardasse, que la miraba enojado.

—¡Sangre de Cristo! ¡Tenemos que hablar despacio los dos!—le dijo el gascón con su estentórea voz.—Por lo pronto—añadió, dirigiéndose á su amigo—hay que hacer desaparecer de aquí á esos intrusos.

Passepoil no estaba en el caso de hacer objeciones. Demasiado apesumbrado por lo suce-

dido, hallábase dispuesto á todo con tal que no le reprocharan su aventura amorosa.

—Tienes razon, mi noble amigo. ¿Qué haremos de los cadáveres?

—¡Cuernos de Satanás! ¡Llevarlos á algún callejón cercano, y dejarlos allí para que crean que se han matado mutuamente!

—Las rondas pueden sorprenderos—objetó tímidamente la moza.

—¿Y á ti qué te impota?—gruñó Cocardasse.

—Es que... no quiero que os suceda algo malo. ¡Abogad por mí, monsieur de Passepoil!

Bien hubiera querido el normando; pero le remordía la conciencia, y prefería aprobar todo lo que dijese su amigo á trueque de que no le hicieran cargos.

—Conozco un sitio—un buen sitio—en el cual nadie los encontrará, y si quisierais...

—¡Bueno; sí, queremos! ¿Dónde está ese sitio?

—Ahí; en el jardín: es como un pozo; un agujero muy hondo en el suelo.

—¡Bueno; llevémosle! ¡Y tú, lumbrá!

Llevaronle agarrando el cuerpo uno por bajo de los brazos y otro por las piernas, y le echaron en la sima.

—¿Qué hay en el fondo?

—No sé nada: tal vez otros muertos.

—¡Voto á bríos! ¡Parece hecho adrede para fosa! ¿Qué te parece, Amable? Pero vamos á buscar á su compañero.

Así lo hicieron. Le encontraron en el pasillo, al cual le sacó Lagardère. Efectuado el sepelio, la criada lavó la sangre que manchaba el suelo, y terminada la operación, Co-cardasse, que había vuelto á beber, la llamó á parlamento. La moza confesó de plano, combinando hábilmente la verdad con la mentira y protestando de su amor á Passepoil, que al oirla se bañaba en agua de rosas.

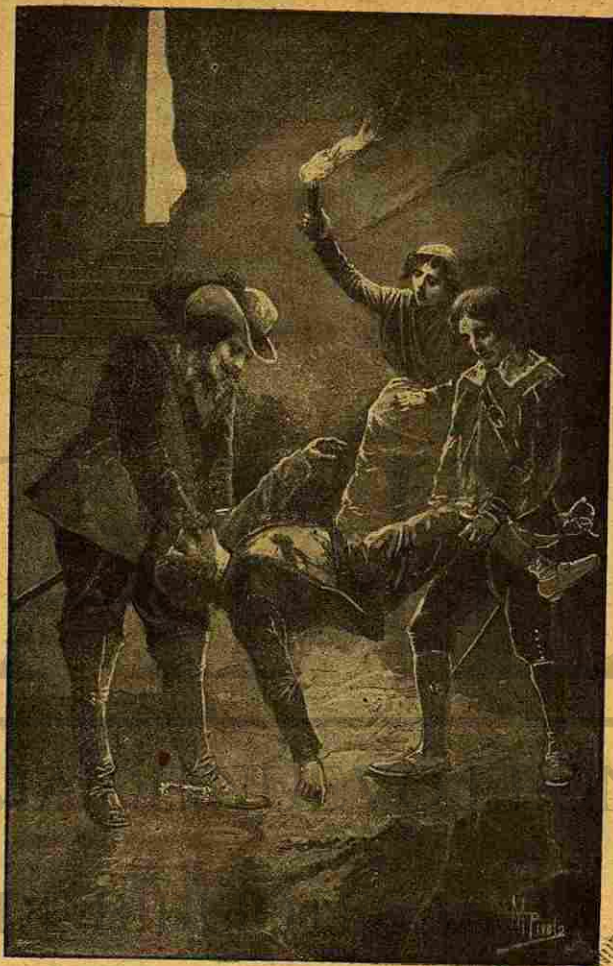
—¡Cuernos de Lucifer! ¿Y por qué en vez de encerrarte con él escapabas y quisiste hacerte pasar por tu señora?

—No sabía lo que hacía: estaba medio loca, y huía por no presenciar los horrores que suponía que iban á pasar. Pero ahora estoy arrepentida y os pido perdón.

El normando no pudo contenerse más, y se lo otorgó. Jacinta llegó entonces, y cortó los trasportes de amor y agradecimiento enviando á la cocina á la arrepentida criada.

No tardaron en bajar todos; Aurora algo pálida, y su madre no del todo repuesta de la emoción sufrida.

—¿Han acabado por fin nuestras tribulaciones, Enrique? Por más que trato de serenarme, de cobrar ánimos, cada suceso como el de anoche me pone la carne de gallina.



Agarrando el cuerpo, uno por los brazos y otro por las piernas, lo echaron á la sima...

TOMO I

—Sí; se acabó todo, amada mía. Dentro de una hora emprendemos el viaje, é iremos deprisa, muy deprisa.

—¿Y por qué? ¿Tenemos algo que temer?

Lagardère le contestó casi al oído:

—¡No; pero al final del camino nos aguarda la dicha!

Chaverny y Flor pensaban lo mismo; pero sólo se lo decían con los ojos. Entre todos sólo uno hubiera querido retrasar su viaje por algunas semanas, por algunos días á lo menos: Passepoil, enamorado como un bruto de la moza de la posada.

Mientras se alejaban de Bayona Cocardasse comenzó á dar bromas al inflamable normando, y éste declaró muy serio que en cuanto se casara Lagardère él se dedicaría á buscar novia para hacer lo mismo.

—¡Casarte tú, Amable! Pero, en ese caso, ¿qué será de tu inseparable Cocardasse?

—Te casarás también.

—¿Yo? ¡Cuernos de Satanás! ¡Jamás de los jamases! ¡Libreme Dios! El casorio no es para mí. ¿Cómo dividir mi corazón entre Petronila, la botella y las faldas?

—¡Bah! Petronila acabará por descansar, y entonces no tendrás que ser infiel más que á la botella.

Jacinta había confiado la custodia de la

hostería hasta su venta á la moza, y al separarse de ella experimentó gran emoción, que calmaron con sus caricias las dos jóvenes.

Navailles iba á la cabeza de la comitiva; detrás, el carruaje con las damas, y á las portezuelas, Lagardère y Chaverny; los diestros cerraban la marcha.

Así caminaron leguas y leguas rápidamente y sin el menor tropiezo: sólo se detenían el tiempo indispensable para comer y dormir, y en ninguna parte hallaron ni rastro de Gualter Gendry.

El único alto serio lo hicieron en Chartres. El gobernador, M. Beluet de Floville, hizo cerrar también esta vez las puertas de la ciudad é intimó á Lagardère y á los que le acompañaban que se trasladasen á su palacio. El mensajero portador de esta orden fué madame Liébault, y el Gobernador y el preboste de policía, M. Ambrosio Liébault, la siguieron de cerca. La dama lloró de júbilo al ver al caballero, y de pena cuando volvió á irse de la ciudad.

Despidiéronse «hasta luego». M. de Floville había prometido asistir á los dos matrimonios, así como madame Melania Liébault y su esposo. Al separarse de ellos Aurora dijo á su novio:

—¡Qué dulce es despertar en torno suyo tantos afectos, Enrique! Pero ¿qué será de

nosotros si todos los que os rodean reclaman un puesto en vuestro corazón?

—No se lo conderé á todos—repuso él sonriendo;—pero á los que se lo otorgue se considerarán ufanos con poner mi amistad á los pies de mi mujer.

—¿Qué habéis hecho á éstos?

—Querréis decir qué me han hecho ellos. El Gobernador me ofreció su casa, sus caballos, y su bolsillo; esta burguesita, que es un alma nobilísima, me ofreció su vida. Soy su deudor.

La comitiva avanzaba rápidamente. Ya faltaban pocas horas para llegar á París. De pronto Aurora lanzó un grito de júbilo: acababa de ver en la lejanía las torres de Nuestra Señora perfilándose majestuosamente en el horizonte, y en breve lanzaron sus campanas á vuelo como para festejar el regreso de los que tanto habían sufrido, orado y amado.

VIII

Audiencia en el Palacio Real.

El Regente tenía poca memoria. Nadie olvidaba tan pronto como él á las personas que permanecían algún tiempo alejadas de la corte. Hubiera dejado tranquilamente amanecer á los mejores amigos en los calabozos de la Bastilla si alguien no le hubiese recordado que los había

hecho encerrar por una semana en castigo de cualquier ligero pecadillo. En cambio, una vez recordados se apresuraba á reparar su olvido otorgándoles alguna gracia.

Mucho tiempo hacía que ni se acordaba de la princesa de Gonzaga, de Aurora ni de Lagardère, cuando cierta noche un mensajero de buen aspecto forzó, sin que se supiera cómo, el cordón de guardias que le rodeaba, y le entregó un pliego sellado con las armas de Nevers. El primer movimiento de Felipe de Orleans fué dar un paso atrás, y su escolta iba á precipitarse sobre el intruso, cuando reconociendo los sellos alzó el brazo para ordenar la inmovilidad.

Serían las diez. El Regente estaba de muy buen humor, y se preparaba á asistir á una fiesta organizada por madame de Tencin, en la cual esta dama había proyectado resucitar la antigua festividad de los *disciplinantes*. Al espectáculo acudirán todas las bellezas de aquella corte licenciosa, y Felipe se prometió divertirse mucho.

El desconocido no llevaba armas, y se descubrió respetuosamente.

—La señora princesa de Gonzaga—Nevers—dijo con voz firme—me ha encargado que pusiera esta misiva en manos de V. A.

Dubois se apresuró á intervenir, y dijo con altanería;

nosotros si todos los que os rodean reclaman un puesto en vuestro corazón?

—No se lo conderé á todos—repuso él sonriendo;—pero á los que se lo otorgue se considerarán ufanos con poner mi amistad á los pies de mi mujer.

—¿Qué habéis hecho á éstos?

—Querréis decir qué me han hecho ellos. El Gobernador me ofreció su casa, sus caballos, y su bolsillo; esta burguesita, que es un alma nobilísima, me ofreció su vida. Soy su deudor.

La comitiva avanzaba rápidamente. Ya faltaban pocas horas para llegar á París. De pronto Aurora lanzó un grito de júbilo: acababa de ver en la lejanía las torres de Nuestra Señora perfilándose majestuosamente en el horizonte, y en breve lanzaron sus campanas á vuelo como para festejar el regreso de los que tanto habían sufrido, orado y amado.

VIII

Audiencia en el Palacio Real.

El Regente tenía poca memoria. Nadie olvidaba tan pronto como él á las personas que permanecían algún tiempo alejadas de la corte. Hubiera dejado tranquilamente amanecer á los mejores amigos en los calabozos de la Bastilla si alguien no le hubiese recordado que los había

hecho encerrar por una semana en castigo de cualquier ligero pecadillo. En cambio, una vez recordados se apresuraba á reparar su olvido otorgándoles alguna gracia.

Mucho tiempo hacía que ni se acordaba de la princesa de Gonzaga, de Aurora ni de Lagardère, cuando cierta noche un mensajero de buen aspecto forzó, sin que se supiera cómo, el cordón de guardias que le rodeaba, y le entregó un pliego sellado con las armas de Nevers. El primer movimiento de Felipe de Orleans fué dar un paso atrás, y su escolta iba á precipitarse sobre el intruso, cuando reconociendo los sellos alzó el brazo para ordenar la inmovilidad.

Serían las diez. El Regente estaba de muy buen humor, y se preparaba á asistir á una fiesta organizada por madame de Tencin, en la cual esta dama había proyectado resucitar la antigua festividad de los *disciplinantes*. Al espectáculo acudirán todas las bellezas de aquella corte licenciosa, y Felipe se prometió divertirse mucho.

El desconocido no llevaba armas, y se descubrió respetuosamente.

—La señora princesa de Gonzaga—Nevers—dijo con voz firme—me ha encargado que pusiera esta misiva en manos de V. A.

Dubois se apresuró á intervenir, y dijo con altanería;

—¿Qué quiere este insolente?

—Cumplir su misión. Y ahora que la he cumplido, monseñor, buenas noches.

Se inclinó reverente, se cubrió y se volvió para irse.

—¡Pardiéz!—exclamó el Regente, á quien le hacían mucha gracia aquella desenvoltura y aquellas maneras tan poco comunes en la corte.—¡Por lo menos, podrías aguardar nuestra respuesta!

—No hay respuesta, monseñor. He leído la carta antes que Vuestra Alteza.

Felipe de Orleans examinó al mensajero, y de pronto sonrió.

—Señor de Lagardère, vuestras transformaciones son realmente prodigiosas. Pero no os reconocí, pues no sospechaba que sin necesidad alguna os disfrazaseis para acercaros á Nos.

Con gran asombro de los cortesanos y sin el menor respeto á la etiqueta, el interpelado soltó una ruidosa carcajada.

—¿Yo Lagardère? Vuestra Alteza me li-sonjea demasiado; pero se equivoca. Soy Antonio Laho, vasco de origen, y natural de Bayona. Si M. de Lagardère me ha hecho leer la carta en presencia de las señoras de Nevers, fué con el objeto de que pudiera repetirla á la letra á Vuestra Alteza en caso de posible extravío.

—¡Pestel Paréceme que eres un mozo decidido. ¿Podrías decirme cómo has llegado á merecer esa confianza?

—Si Vuestra Alteza desea saberlo, no tiene más que preguntar á M. de Beruick ó á monseñor de Conti, que sin duda regresaron de España, los nombres de los que formaban el regimiento Real-Lagardère.

—¡Real-Lagardère!—murmuró Felipe llevándose la mano á la frente.—Es un regimiento de reciente creación, sin duda.

El coloquio no agradaba á Dubois, que dijo al oído del Regente:

—¡Que nos esperan en Sait-Cloud, monseñor!

—¡Ya lo olvidaba! Bueno ¡Vuelve á vernos cuando quieras ser sargento de guardias!

—Muchas gracias, señor: pertenezco á monseñor de Lagardère, que hará de mí lo que le parezca.

—Ese Lagardère tiene mucha suerte para atraerse gentes llenas de abnegación. ¡No tengo yo esa dicha!

Y esforzándose para tomar un tono festivo, dijo á su ministro:

—Es un hombre que no tiene pelos en la lengua, lo mismo que te pasa á ti; pero como ni pide ni acepta nada, temo que no llegue á ser cardenal.

—Y yo me temo que á poco que Vuestra

Alteza se detenga á hacer reflexiones, la fiesta de esta noche va á ser un fiasco.

—¡Tienes razón! ¡Al coche señores, y deprisita!

Tres días después llegaban nuestros amigos á la capital del reino, y madame de Nevers pidió inmediatamente audiencia para ella y para Lagardère y Chaverny. El Regente despachaba con su favorito.

—Son muchos á la vez; pero no puedo rehusar ver á la Princesa, ni tampoco negarme á recibir á Lagardère para que me dé las gracias por haberle hecho conde. Por lo que respecta al marqués de Chaverny, es cosa tuya, Dubois: recuerdo que le prometiste un nombramiento de capitán-teniente de mosqueteros grises.

—¡Yo!—preguntó asombrado el Cardenal.

—Tú mismo. Estaba yo delante, y me acuerdo de que te dijo con mucha gracia que él llevaría mejor su mosquete que tú tu capelo. Es cosa que hemos de ver muy pronto. Ve á preparar su nombramiento.

El Ministro hizo un gesto de desagrado.

—El nombramiento no podrá estar corriendo hasta mañana—repuso, tratando de disimular su despecho.

—Pues bien; trae uno en blanco: tendré el gusto de llenarlo por mi mano. Creo que no ha de resentirse Chaverny porque no intervengas tú.

Cuando Felipe de Orleans estaba en vena de generosidad, nada le detenía: lo malo es que, distraído con las mujeres, rara vez tenía tiempo de preocuparse de hacer justicia. Dubois lo sabía, y fué á llenar el nombramiento con las orejas bajas, mientras introducían á los visitantes.

—Sentaos, señora—dijo Felipe á la Princesa después de besarle la mano galantemente,—y estad convencida de que nuestro mayor placer consistirá en servirlos.

—Monseñor, nada tengo que pedirlos. Soy la más feliz de las madres. Por dos veces me ha devuelto mi hija el que desde hoy considero como hijo, al que Vuestra Alteza se dignó confiar su espada para una obra de justicia. Tenéis el derecho de pedirle cuentas, y él os las dará como á su señor; pero yo, la duquesa viuda de Nevers, la madre de Aurora y de Enrique de Lagardère sale garante de que ha sido llevada con honor, y si no realizó su tarea por completo, si no castigó al asesino...

—Fué porque se rompió entre mis manos, monseñor; pero traigo los pedazos para atestiguar que no la he rendido.

—Si todas mis espadas tuvieran la misma suerte—dijo Felipe de Orleans con cierto dejo de amargura y como si compareciese ya ante el supremo tribunal de la Historia,—su mérito sería muy distinto del que ha de atribuirseles

por haber pertenecido al Regente de Francia. Lagardère se inclinó profundamente.

—¿La teníais aún en Fuenterrabía y en San Sebastián?

—No, señor.

—Lo siento. Si lo hubiese sabido, os habría mandado otra.

—La que llevaba también os pertenecía, Monseñor, porque sirvió á Francia. La Historia dirá que fué la espada del Regente la que venió á España.

—¡No dirá tal cosa! — dijo lentamente y con más acentuada melancolía el Príncipe.— Pero si se preocupa algún día de lo que hemos intentado para recompensar debidamente el valor, podrá decir que en la ceremonia del matrimonio de mademoiselle de Nevers con el conde Enrique de Lagardère el Regente de Francia hizo bendecir su espada para ceñirla por sí mismo al más digno de llevarla. En cuanto á ti, Marqués, hemos oído decir que necesitas también una licencia de casamiento, pero que exiges que el celebrante sea Dubois.

Aunque siempre fué tratado por el Regente como un chiquillo mimado y revoltoso, Chaverny se sobresaltó y contuvo una respuesta sarcástica, temiendo comprometer á sus amigos; pero muy desagradado y poquísimo amigo del Cardenal, al cabo de un momento no pudo menos de responder.

—Prefirirla, monseñor, que mi unión fuese bendecida por un cura.

—Haces mal en ponerte á mal con Dubois, que te quiere bien, y va á probártelo en seguida.

Llamó el Príncipe, y no tardó en presentarse el Cardenal, que llevaba en la mano el pergamino conteniendo el nombramiento ya listo. Saludó á la Princesa, que no le respondió, y á Lagardère, que lo hizo muy secamente, y adelantándose á Chaverny le dijo:

—El Cardenal no ha olvidado las promesas del presbítero. Ahí tenéis el nombramiento de capitán-teniente de los mosqueteros grises. Apresuraos á obtener el de coronel para que no os lleve yo tanta ventaja.

—Si fuera digno de él, ya me lo hubiera otorgado Su Alteza Real; pero un cargo no merecido...

—Toma lo que te dan, y suspira por lo que queda. Ese nombramiento te lo paga el Regente de su bolsillo. Si el próximo quiere pagártelo Dubois, no lo rehuses tampoco. Te lo pagará con el dinero que me roba.

Cardenal y marqués hicieron sendos gestos: el primero temió que un capricho del Regente le obligase á pagar pronto de su bolsillo el nombramiento de coronel, que costaba muy caro; el segundo temblaba ante la idea de deber algo á Dubois. El Regente se divirtió un mo-

mento contemplándolos, y al fin se decidió á terminar el incidente.

—Ahora, caballeros, nobleza obliga, y Nos no concedemos nuestros favores por nada.

—¿En qué podemos servir á Vuestra Alteza?—preguntó Lagardère.

—Id mañana á ver al señor mariscal de Estrée, y os dirá que dentro de dos días debe de llegar un embajador de la Sublime Puerta, al cual quiere recibir S. M. el Rey con la mayor magnificencia. Ahora bien; Nos tenemos empeño en que el conde de Lagardère secunde al señor Mariscal, y en que M. de Chaverny le escolte de gran uniforme y al frente de su compañía. Ve, Dubois, y anota sus nombres á la cabeza de las listas.

Nunca sintió el Cardenal tantos deseos de rebelarse contra las decisiones del Regente; pero si había noches en que, fomentando sus perversas inclinaciones, hacía de él su ministro lo que quería, en ciertos momentos Felipe de Orleans se acordaba de que gobernaba el primer reino del mundo, y sabía imponer su voluntad con inquebrantable firmeza, recordando á los que había sacado del arroyo que aún tenían lodo en la frente.

En aquel instante el antiguo preceptor del duque de Chartres sentía que el lodo le subía por encima de la cabeza.

IX

El embajador del Sultán.

Sería ocioso contar las competencias entre los gentiles hombres para figurar entre el séquito de Mahomet Effendi, ministro de Hacienda y embajador extraordinario del sultán de Turquía. Como la mayoría de los nombrados lo fueron por intrigas de mala índole, el general de Estrée se sorprendió mucho al recibir la visita del conde de Lagardère, enviado por el Regente, en su palacio de la calle de la Universidad.

—Bienvenido seáis, aunque no tenía el honor de conoceros sino por lo que de vuestra fama ha llegado hasta mí—le dijo el Mariscal. —Temí que S. A. no pensase en enviarme gentes como vos en número suficiente. De toda la lista sólo he podido escoger once: vos hacéis el duodécimo. Es bastante para esta época desdichada, y quizás no que den más en París. Vos no podríais, pues, faltar.

Además de ser un hombre honrado, era un sabio, un literato que por su erudición se había hecho abrir las puertas de la Academia Francesa y de la ciencia. Reputábanle como hombre de talento delicado y marino de primer

orden: esto último lo había demostrado al mandar como almirante en 1703 las fuerzas navales reunidas de Luis XIV y Felipe V; también tenía fama de diplomático. Muy al corriente de las cosas de España, como que contribuyó eficazmente á hacer otorgar la corona al nieto del Rey-Sol, estaba en mejores condiciones que nadie para apreciar lo que acababa de hacer Lagardère. Además, Berwick, Conti y Riom habían rodeado al Conde de una gloriosa leyenda.

Enrique dió al Mariscal noticias de la afectuosa recepción que le había hecho el Regente.

—Me conformo con gran placer con las órdenes de S. A. Ahora sólo falta designar el gentil hombre que se ponga á la portezuela opuesta. Elegid vos mismo. Aquí está la lista.

Lagardère se excusaba, cuando alguien entró y comenzó á hacer su elogio.

—¡Abrazadme, mi querido conde! ¡Hace una hora que voy buscándoos por todas partes!

Era M. de Sain-Agnan, el ex-embajador de Francia en Madrid.

—¡Mil rayos!—exclamó el Mariscal.—¿Podríais decirme dónde habéis visto y conocido á M. de Lagardère, por quien tan grande amistad demostráis?

—Le veo por primera vez—respondió Saint Agnan;—pero he hablado mucho de él con su amigo, que también lo es mío, el marqués de

Chaverny y la Duquesa prepara en honor de ambos y de sus futuras esposas un gran baile. Tengo la aceptación del Marqués; pero deseo la vuestra, M. de Lagardère, y también la vuestra, Mariscal.

Los tres se echaron á reír.

—¿Se trata de un ultimatum?—dijo Monsieur de Estrée.—Lea, mi querido Duque: iremos al baile de la encantadora Duquesa. De aquí á entonces ya habréis podido hacer más amplio conocimiento. Y á propósito, mi estimado Conde: ¿no creéis que ya es inútil buscar... lo que buscábamos?

—Así me parece, señor Almirante.

—¿De qué se trata?

—El Conde os lo dirá. Puesto que ibais buscándolo, os lo cedo: podéis llevaroslo.

—No antes que os atestigüe mi gratitud, señor mariscal—replicó Enrique.—Nos habituamos muy pronto á las contrariedades porque podemos luchar contra ellas, combatirlas; pero es más difícil acostumbrarse á los honores, y vos me abrumáis...

—Idos, porque vais á obligarme á otorgaros más, y volved pasado mañana.

Cogidos del brazo salieron de la casa, y el Duque llevó al Conde á su palacio para que saludase á Mdme. de Saint Agnan.

Mahomet Effendi llegó á Paris al día siguiente. Pero, por gran personaje que fuera, no

tuvo más remedio que conformarse con los usos y reglas del Protocolo, tan riguroso y etiquetero en aquella época. Durante ochos días tuvo que residir en el hotel Rambouillet, calle de Charenton, y el 16 de Marzo de 1721 fueron á buscarle con gran aparato para llevarle al Palacio de Embajadores, antigua residencia del mariscal de Auere, calle de Tournon.

Abria el cortejo la compañía de mosqueteros grises mandada por Chaverny, y seguidos de treinta y seis turcos á caballo armados de cimitarras y espingardas, el Mariscal de Estrée cabalgaba al lado del Embajador; medio cuerpo de caballo detrás iban el duque de Saint-Agnan y el conde de Lagardère, y á continuación nutrido cuerpo de gentileshombres, el duque de Cresm, gobernador de París; el duque de Gresves; el marqués de Bretonvilliers, jefe del cuarto militar del Rey; los caballeros de la Orden del Espíritu Santo, que eran el mariscal de Bourg y el marqués de Guebriant, con el heraldo de la Orden, M. de Beausse, rey de armas; caballeros del Toisón de Oro: caballeros de San Luis, de la Real Casa, de la Casa y del cuarto militar del Regente, etcétera.

Queriendo dar al Embajador la más alta idea de las bellezas de la capital, el Mariscal de Estrée había hecho el itinerario, que fué una marcha triunfal á través de la ciudad, por

entre una población entusiasta que admiraba al suntuoso y vistosísimo cortejo.

En todas las bocacalles se habían detenido carrozas, y en una de ellas la Duquesa viuda, Aurora, Cruz y Jacinta agitaron sus pañuelos saludando á Chaverny primero, y luego á Lagardère.

Acaso hubiera sido una imprudencia aventurarse por entre aquella multitud á no estar tan bien protegidas. Dos hombres manteníanse á cada portezuela: Navailles y Laho á la derecha, y á la izquierda Cocardasse y Passepoil: tres gentileshombres y un vasco, como decía éste.

—¡Vive Dios!—exclamó el gascón dando un expresivo codazo á su inseparable.—¡Fíjate qué guapo está el pichón! ¡Con razón se lo comen con los ojos todas las damas!

Aurora le oyó y sonrió, más ufana que celosa de la admiración que causaba su novio en el elemento femenino.

El cortejo, que iba al paso, se metió en la calle de la Delfina, y la multitud, que ya no tenía nada que ver, comenzó á diseminarse, produciéndose un remolino y una confusión indescriptibles que permitieron á un hombre subirse al estribo y decir casi al oído de mademoiselle de Nerves, sonriente aún.

—¡Lagardère estará menos guapo cuando yo le clave unas pulgadas de acero en el pecho!

Asustada, no tuvo ni alientos para fijarse en el rostro del que acababa de hablarle, cuando él se perdió entre la multitud que invadía la callejuela oscura y fétida de Nevers, que subsiste en nuestros días.

Aquel hombre era Gualter Gendry, que con toda su banda permaneció constantemente cerca de la carroza tratando de esquivar las miradas de los dos diestros. Por un momento se le ocurrió la idea de dar un golpe audaz y robar á Aurora; pero renunció, pues no tenía nada preparado, y las probabilidades de buen éxito eran problemáticas. Se contentó con su inútil fanfarronada, y escapó, resuelto á combinar un plan para el rapto aprovechando los festejos.

Aurora contó el caso á su novio, que la tranquilizó.

—No tengáis el menor cuidado por mí; pero como no puedo velar por vos, tendréis necesidad de no salir en unos días.

—¿Y no asistiremos á la recepción del Embajador?—preguntó doña Cruz.

El Conde reflexionó un momento.

—Tenéis razón: no me atrevo á privaros de ese espectáculo. Haré que os reserven sitios en las tribunas que levantarán, y no creo que haya quien se atreva á intentar nada tan cerca del Rey.

El viernes siguiente se desplegó mayor

magnificencia que el domingo. Desde la calle de Tournon á las Tullerías contenía á la multitud una doble fila de guardias de corps mandados por el mariscal de Navailles, reforzados con los gendarmes del príncipe de Soubise, dos compañías de mosqueteros, de caballería ligera, etc. El príncipe de Lambese fué á buscar al Embajador.

Mahomet Effendi elevó sobre su cabeza el mensaje del Sultán, se prosternó tres veces ante el trono, felicitó á Luis XV por su advenimiento al trono, y aseguró que su señor tomaba bajo su protección á los monjes que atendían el Santo Sepulcro de Jerusalén, y se retiró andando hacia atrás mientras estuvo en presencia del Monarca. Después le condujeron al palacio de la calle de Tournon con el mismo ceremonial.

Madame de Nevers, Aurora y Flor asistieron á la recepción como se lo había prometido Enrique, y muy satisfechas se dirigían hacia su carroza, estacionada en el muelle del Louvre, donde todavía la muchedumbre era muy numerosa. Parecían haberse dado cita allí todos los mendigos de la capital. Muchos de ellos rodearon á la gentil Duquesita solicitando limosna y separándola de su madre y de su amiga.

De pronto, mientras buscaba monedas de cobre para repartirlas, sintió que un gigante la

sujetaba por un brazo, mientras una mano le tapaba la boca.

La joven se consideró perdida. No podía gritar: lanzó una mirada desesperada en torno suyo, y no vió más que rostros desconocidos é indiferentes; quiso forcejear para soltarse, y la presión de su brazo se acentuó, arrancándole algunas lágrimas. Instintivamente mordió la mano que le servía de mordaza, y una vez libre pudo dar un grito. Á todo esto la arrastraban hacia el Sena.

Á su grito respondió una sarta de juramentos, todo el repertorio de Cocardasse, y el que la sujetaba por el brazo la soltó. Los dos diestros, repartiendo tajos y cintarazos, diseminaron á los mendigos y la condujeron á la carroza.

El *Ballena*, Gendry y comparsa se habían evaporado.

X

La araña de hierro.

Felipe de Orleans no se equivocó al prever que poniendo á Lagardère en primera fila con motivo de la recepción del Embajador turco obligaba á la Nobleza y á París entero á pensar en el Conde. Sólo se hablaba de sus proezas y de su próximo matrimonio con Au-

rorra de Nevers. Todos los hombres querían ser sus amigos, y las mujeres, apasionadas por su novela amorosa, le rodeaban en los salones ávidas de satisfacer su curiosidad y de obtener de él alguna frase lisonjera ó alguna sonrisa.

Hasta la misma estrella del duque de Richelieu había palidecido. Chaverny compartía, aunque en menos grado, su favor, y los mismos diestros obtuvieron por reflejo un excelente triunfo de curiosidad, que permitía á Cocardasse satisfacer su sed, y al normando dirigir requiebros y lánguidas miradas á más de una encopetada señora. Acompañaban por todas partes al Conde vestidos de nuevo y elegantemente, y miraban con desdén á los simples mortales. Además, sus bolsas estaban repletas.

Cuando entraban en alguna taberna los rodeaban para oírles contar sus aventuras en España y sus elogios á Lagardère. Así cundió la leyenda, y el Conde se extrañaba de que el populacho le aclamase á su paso ó pronunciara con admiración su nombre. Passepoil se dedicaba muy ufano al amor, y se creía un Tenorio.

En cuanto á Antonio Laho, se había convertido en el *cavaller servant* de Aurora y Flor. El rudo montañés encerraba en su corazón tesoros de abnegación que apreciaban las jóvenes, las cuales en su compañía y en la de la

sujetaba por un brazo, mientras una mano le tapaba la boca.

La joven se consideró perdida. No podía gritar: lanzó una mirada desesperada en torno suyo, y no vió más que rostros desconocidos é indiferentes; quiso forcejear para soltarse, y la presión de su brazo se acentuó, arrancándole algunas lágrimas. Instintivamente mordió la mano que le servía de mordaza, y una vez libre pudo dar un grito. Á todo esto la arrastraban hacia el Sena.

Á su grito respondió una sarta de juramentos, todo el repertorio de Cocardasse, y el que la sujetaba por el brazo la soltó. Los dos diestros, repartiendo tajos y cintarazos, diseminaron á los mendigos y la condujeron á la carroza.

El *Ballena*, Gendry y comparsa se habían evaporado.

X

La araña de hierro.

Felipe de Orleans no se equivocó al prever que poniendo á Lagardère en primera fila con motivo de la recepción del Embajador turco obligaba á la Nobleza y á París entero á pensar en el Conde. Sólo se hablaba de sus proezas y de su próximo matrimonio con Au-

rorra de Nevers. Todos los hombres querían ser sus amigos, y las mujeres, apasionadas por su novela amorosa, le rodeaban en los salones ávidas de satisfacer su curiosidad y de obtener de él alguna frase lisonjera ó alguna sonrisa.

Hasta la misma estrella del duque de Richelieu había palidecido. Chaverny compartía, aunque en menos grado, su favor, y los mismos diestros obtuvieron por reflejo un excelente triunfo de curiosidad, que permitía á Cocardasse satisfacer su sed, y al normando dirigir requiebros y lánguidas miradas á más de una encopetada señora. Acompañaban por todas partes al Conde vestidos de nuevo y elegantemente, y miraban con desdén á los simples mortales. Además, sus bolsas estaban repletas.

Cuando entraban en alguna taberna los rodeaban para oírles contar sus aventuras en España y sus elogios á Lagardère. Así cundió la leyenda, y el Conde se extrañaba de que el populacho le aclamase á su paso ó pronunciara con admiración su nombre. Passepoil se dedicaba muy ufano al amor, y se creía un Tenorio.

En cuanto á Antonio Laho, se había convertido en el *cavaller servant* de Aurora y Flor. El rudo montañés encerraba en su corazón tesoros de abnegación que apreciaban las jóvenes, las cuales en su compañía y en la de la

cinta se consideraban seguras, aun ausentes Lagardère y Chaverny.

Ocho días después de haberse ausentado Mahomet Effendi se celebraba el baile de la duquesa de Saint Agnan, en honor de Lagardère, Chaverny y sus novias. El palacio de la calle de Varenne había estado cerrado durante la residencia en Madrid del Embajador. Pero para preparar su fiesta los Duques llamaron á una legión de obreros, carpinteros, tapiceros, pintores y doradores, para decorar los salones del piso bajo, y jardineros para hermostrar parque y jardines, aumentando considerablemente el número de sus lacayos. Por fin la dama respiró tranquila: todo estaba dispuesto.

Secundáronla inteligentemente en su tarea dos jóvenes á quienes tomó de criados, y que se decían hermanos y huérfanos. La Duquesa, seducida por su buen aspecto—cosa rara en la servidumbre de aquella época, que parecía reclutada entre bandidos,—los admitió muy pronto, y se felicitaba de ello por su celo é inteligencia. Entre las varias cosas que confió á sus cuidados fué una la colocación en el centro del magnífico salón de una famosa araña que databa de varios siglos, que todo París elogiaba, y que los inteligentes de aquella época reputaban como valiosa joya artística.

Algunos sostenían que fué tomada á los infieles en Jerusalén y que éstos la habían roba-

do de la tumba del Salvador; otros suponían que fué propiedad de los caballeros de Malta, y hubo quien afirmó que había sido forjada por los artifices moros más hábiles del reino de Granada. En realidad procedía de una antigua aldea de la Turingia, y M. de Saint-Agnan, que conocía su historia, y hasta el nombre del artífice, dejaba circular muy satisfecho tales fantasías, que contribuían á realzar la importancia y valía de la alhaja.

Con efecto; tratábase de una maravilla, quizás la labor de toda una existencia. No había animal de la Creación que no estuviese representado en ella; formaban los brazos reptiles de todas clases en curvas caprichosas: como si el artista hubiera tenido escasez de modelos y los hubiese suplido con su imaginación, más fecunda que la misma Naturaleza, había creado seres fantásticos que se enroscaban, se mordían, parecían embriagados, afligidos ó furiosos, lamiendo una admirable mano femenina ó vomitando llamas.

El peso de la araña era formidable, como se comprende, y el tenerla siempre colgada constituía un peligro permanente. Por un sistema de garruchas, de poleas y cadenas, y una cabria colocada en el primer piso, se izaba la artística lámpara una ó dos veces por año. Pasada la fiesta la bajaban al sótano, donde descansaba en un andamiaje construido al efecto.

Dos hombres bastaban para la operación, y la Duquesa encargó la faena á los dos nuevos lacayos.

Llegó la noche, y la calle de Varenne comenzó á llenarse de carrozas y de literas. Todos los invitados ansiaban ver las maravillas tan ponderadas de aquellos salones, y más todavía ser presentados á las dos parejas en cuyo honor se celebraba la fiesta. Todo el París aristocrático se había dado cita en aquel palacio. El Regente prometió asistir. Entre los concurrentes había bastantes que no conocían ni de vista á Lagardère, y más de una hermosa preguntaba:

—Pero ¿cómo es? ¿Alto, guapo...?

—¡Hermoso como un dios!

—¿Adonis en persona?

—¡Adonis... Hércules! ¡Todo el Olimpo!

Muy diestro tenía que haber sido el villano que se introdujese entre la multitud que atestaba los salones, pues estaba allí Carlos de Hozier, que poseía como nadie la ciencia del blasón y sabía al dedillo todos los escudos de armas de toda la Nobleza de Francia. De pronto hizose como por encanto el silencio y avanzaron hacia el centro del salón tres parejas: el duque de Saint Agnan dando el brazo á la duquesa viuda de Nevers, siempre vestida de luto, pero con la sonrisa en los labios, majestuosa y radiante; Lagardère y Aurora; Chaverny y doña Cruz.

Las dos jóvenes, idénticamente vestidas, la una muy rubia, muy morena la otra, formaban armónico contraste; tenían tal expresión de facilidad en su bellissimo rostro, que no hubo una sola de aquellas damas mordaces y epigramáticas, de ingenio cultivado para la murmuración social, que se sintiera capaz de zaherirlas, cautivadas todas por su simpático encanto.

Los mejores músicos de París, ocultos tras cortinas de follaje, comenzaron en cuanto terminaron las presentaciones—que duraron más de una hora—á ejecutar las piezas más en boga. La gran araña de hierro forjado y centenares de otras más pequeñas iluminaban espléndidamente el salón, arrojando rayos de luz sobre los diamantes, las pedrerías, la plata y el oro, que los devolvían en mil variados cambiantes. Hasta los ojos, los ojos azules dulces y soñadores, los ojos negros ardientes y arrobadores, los pardos de mirar penetrante y los ojos verdes, profundos y móviles como las algas oceánicas, parecían animados de inusitado brillo y despedían también chispas luminosas... Y en todo el salón resonaba un zumbido de colmena en trabajo: murmullos, risas, frases ingeniosas, cumplimientos azucarados como merengues, todo el ritual consagrado de galantería, ligereza, desenfado y despreocupación característicos del siglo xviii, y que debía conservarse hasta en las mismas gradas del cadalso.

Ambas jóvenes se sentían dichosas y confiaban en lo porvenir.

—Olvidemos todo lo que hemos padecido y llorado—decía Aurora, trémula de felicidad y agradeciendo con la mirada á su novio toda la ventura que experimentaba.—El porvenir nos pertenece, y tu corazón y el mio están indisolublemente unidos.

Flor, acaso en otros términos, decía lo mismo en el fondo á Chaverny: ambos estaban ufanos sobre toda ponderación. Súbitamente acudió á la mente de la española una idea que debía de ser particularmente agradable, porque la hizo reír á carcajadas. Chaverny también la acogió con gran júbilo, y cuando cesaron de celebrarla con sus risas, como chiquillos traviesos fueron á comunicársela á la duquesa de Saint-Agnan. Después de algunos minutos de conciliábulo junto á una ventana las dos damas se eclipsaron.

No tardó mucho en reaparecer doña Cruz disfrazada de gitana, y en un ancho círculo formado por los asistentes en medio del salón, bajo la famosa araña, comenzó á bailar, cantando un cántico bohemio y acompañándose con la pandereta, como antiguamente cantaba y bailaba por las plazas de Madrid y Burgos.

En aquel momento anunciaron al Regente. Flor permaneció inmovil, con un pie en el aire, los brazos en jarras, adorable y ágil, como soste-

nida por invisible hilo. Felipe de Orleans se sentó en su puesto de honor, y como no había príncipe más amable y encantador que él cuando se dirigía á una dama sin intenciones amorosas, rogó á la joven que continuase.

—Toda nuestra vida lamentaríamos habernos privado de tan hermoso espectáculo. En cuanto á ti, marqués, pídenos lo que quieras, ya que has dotado á nuestro reino de tal maravilla.

Flor continuó su admirable baile, haciendo resonar la pandereta, que golpeaba con las manos, con las rodillas, con el codo y con la cabeza, y cantando las extrañas melopeas que había aprendido en su niñez. Ni se cansaba ella, ni los demás se cansaban de admirarla, de verla y de oirla: el Regente, menos que nadie; Chaverny, menos que el Regente.

Á ruegos del Príncipe Aurora se acercó á su amiga para invitarla á descansar en el momento de que la gitana se había quedado inmóvil, con una rodilla en tierra, el brazo en alto y mirando al techo. El rostro de Flor palideció intensamente; púsose en pie, y de un salto fué á refugiarse en los brazos de su amado, después de haber rechazado bruscamente á la Duquesita. Antes de que nadie volviera en sí de su sorpresa se oyó un rechinar de cadenas, y un horrible estruendo clavó á todos en su sitio. La pesada y artística araña se desplomó con estrépito

y no paró hasta el fuerte andamiaje, que crujió como si fuera á romperse.

Un segundo más, y Aurora y Cruz hubieran sido aplastadas por el famoso artefacto. Todos los labios lanzaron un grito de estupor ó de angustia; los caballeros se apresuraron á apagar las bujías que se habían caído encendidas sobre la alfombra, y á extinguir el fuego que comenzaba á prender en varios tapices. Sin la presencia del Regente, que había conservado toda su serenidad, ni una mujer hubiese quedado en la sala, en medio de la cual se habría una sima.

—¡Dios no ha querido permitir esta noche una desgracia!—dijo Felipe haciendo una reverencia á la Princesa y estrechando las manos de Lagardère y Chaverny.—El accidente es deplorabile; pero todos salimos salvos.

—¿Es un accidente?—preguntó Enrique volviendo la vista al duque de Saint-Agnan, que se hallaba desesperado.—¡Estáis seguro, señor Duque, de todos vuestros criados, absolutamente de todos?

Un rayo de luz iluminó el cerebro de la Duquesa.

—¡Imposible!—exclamó—¡Sería horrible! ¡Venid!

El Conde y el Duque la siguieron al primer piso. El mecanismo que hacía subir y bajar la araña estaba intacto; una mano criminal produjo el incidente con conocimiento de causa. La

dama hizo comparecer á toda su servidumbre: sólo faltaron los dos hermanos últimamente admitidos, y que no eran otros que Ibo de Lujan y Rafael Pinto. El primero permaneció toda la noche en aquel aposento, aguardando la ocasión de aplastar á Lagardère, y desesperando de conseguirlo, quiso á lo menos acabar con la existencia de Aurora y de Flor. La presencia de ánimo de ésta y la casualidad de ver vacilar la colosal lámpara habían salvado á las dos jóvenes.

Cuando Lagardère volvió á la sala la mirada de Enrique lanzaba rayos, y todas las damas murmuraron abanicándose:

—¡Es un león!

—¡No le habíamos mirado bien! ¡Qué hombre!

—Monseñor—dijo Lagardère al Regente,—habéis desterrado á Gonzaga; pero si su cabeza está en España, tiene brazos aquí. En tanto que mi espada no haya hecho justicia, mientras clame venganza la sangre de Nevers, veremos á mendigos querer secuestrar damas á las puertas del Louvre, y caer arañas en casa de mis amigos.

—Si Gonzaga tiene emisarios en París—exclamó el Regente, enojándose ante aquella idea,—necesita buscarlos y encontrarlos el lugarteniente de policía para que podamos quemarlos vivos en la plaza de la Grève.

—La lucha no terminará hasta que yo le mate.

Dióse por terminada la fiesta. Felipe de Orleans se retiró, y tras él todos los demás invitados.

Dentro de su carroza, y al lado de sus novios, Aurora y Cruz pensaban que el Cielo no quería concederles dos horas de dicha sin empañarla en seguida con amenazas de muerte. La de Nevers se echó á llorar silenciosamente. La antigua gitanita no lloró: estaba admirablemente templada para la lucha.

XI

Misión secreta.

¿Había confiado Lagardère en que su enemigo le concediera una tregua? No lo sabemos: lo cierto es que los últimos sucesos le dieron mucho que pensar. Decididamente, había que acabar de una vez para siempre con Gonzaga: no debía casarse con Aurora sin poder asegurarle la tranquilidad con la dicha. Sólo había un medio de terminar tal situación de incesante alarma: herir en la cabeza, y para ello el único medio era volver á España, buscar á Gonzaga hasta en el salón del trono de Felipe V, en

cuyo ánimo débil había tomado el Príncipe gran ascendiente.

—¡Qué importa!—se dijo Lagardère.—¡Le mataré en presencia del Rey si es preciso!

La empresa era temeraria en sí; pero no tanto que hiciera retroceder á aquel hombre que nunca había temblado, y que donde cualquiera otro sólo hubiera hallado un fracaso él triunfaba fácilmente.

La mayor dificultad no era el peligro que pudiera correr, y precisamente por ser de orden muy distinto la temía más. Se trataba de obtener el consentimiento de Aurora, que no le dejaría partir solo á un país que tan hostil les había sido, y en el cual veinte veces estuvo á punto de morir él. La duquesa viuda de Nevers se interpondría por su parte para obtener del Regente la prohibición de salir de Francia.

Durante varios días Enrique pesó el pro y el contra y discurrió el modo de obtener á la vez del Regente y de su amada la autorización de partir. Temía que le sería difícilísimo, pues, caso de conseguirlo, le impondrían la obligación de ir acompañado, lo que no quería de ningún modo. Pudiera tener que recurrir á astucias y disfraces, y para ello necesitaba que su enemigo no se pusiera en guardia al reconocer á Chaverny ó á los diestros.

Las circunstancias le sirvieron mucho mejor de lo que podía esperar, y Felipe de Orleans se

—La lucha no terminará hasta que yo le mate.

Dióse por terminada la fiesta. Felipe de Orleans se retiró, y tras él todos los demás invitados.

Dentro de su carroza, y al lado de sus novios, Aurora y Cruz pensaban que el Cielo no quería concederles dos horas de dicha sin empañarla en seguida con amenazas de muerte. La de Nevers se echó á llorar silenciosamente. La antigua gitanita no lloró: estaba admirablemente templada para la lucha.

XI

Misión secreta.

¿Había confiado Lagardère en que su enemigo le concediera una tregua? No lo sabemos: lo cierto es que los últimos sucesos le dieron mucho que pensar. Decididamente, había que acabar de una vez para siempre con Gonzaga: no debía casarse con Aurora sin poder asegurarle la tranquilidad con la dicha. Sólo había un medio de terminar tal situación de incesante alarma: herir en la cabeza, y para ello el único medio era volver á España, buscar á Gonzaga hasta en el salón del trono de Felipe V, en

cuyo ánimo débil había tomado el Príncipe gran ascendiente.

—¡Qué importa!—se dijo Lagardère.—¡Le mataré en presencia del Rey si es preciso!

La empresa era temeraria en sí; pero no tanto que hiciera retroceder á aquel hombre que nunca había temblado, y que donde cualquiera otro sólo hubiera hallado un fracaso él triunfaba fácilmente.

La mayor dificultad no era el peligro que pudiera correr, y precisamente por ser de orden muy distinto la temía más. Se trataba de obtener el consentimiento de Aurora, que no le dejaría partir solo á un país que tan hostil les había sido, y en el cual veinte veces estuvo á punto de morir él. La duquesa viuda de Nevers se interpondría por su parte para obtener del Regente la prohibición de salir de Francia.

Durante varios días Enrique pesó el pro y el contra y discurrió el modo de obtener á la vez del Regente y de su amada la autorización de partir. Temía que le sería difícilísimo, pues, caso de conseguirlo, le impondrían la obligación de ir acompañado, lo que no quería de ningún modo. Pudiera tener que recurrir á astucias y disfraces, y para ello necesitaba que su enemigo no se pusiera en guardia al reconocer á Chaverny ó á los diestros.

Las circunstancias le sirvieron mucho mejor de lo que podía esperar, y Felipe de Orleans se

anticipó á sus deseos ordenándole ir á España.

El Regente, mal impresionado por la tentativa criminal del palacio Saint Agnan y al ver que no tuvieron resultado satisfactorio las pesquisas de la policía para apoderarse de los culpables, resolvió usar de toda su autoridad para hacer desaparecer el peligro que amenazaba constantemente al Conde y á su amada.

Después de los sucesos de 1720 el marqués de Malebri había negociado con la corte Española el doble matrimonio de Luis XV con una infanta de España y del príncipe don Luis (luego Luis I de España) con la duquesita de Montpensier. El 16 de Noviembre de 1721 se firmaron los contratos en el Palacio Real por el Rey, la casa de Orleans y el duque de Osuna, representante de Felipe V.

Una noche el Regente entró á llamar á Lagardère.

—No ignoráis, Conde—le dijo,—que mademoiselle de Orleans marcha mañana á España acompañada de las señoras de Soubisse y de Ventadour, que deben acompañarla hasta Madrid, y del príncipe de Rohan que la escoltará con los gentileshombres de su séquito hasta la frontera.

—Y soy muy dichoso al poder felicitar á Vuestra Alteza.

—Y no ignoráis tampoco que los mismos caballeros deben dar escolta de honor hasta

París á la princesa María Ana Vitoria, futura reina de Francia.

—Hechos tan venturosos para Su Majestad para Vuestra Alteza y para el Reino entero no pueden ser ignorados del público, que de antemano se regocija.

—El público ignora muchas cosas. Hay algunas que, por ejemplo, os atañen personalmente, y que vos ignoráis, como el primer ministro las ignora. Seguro estoy de que dejaría estupefacto á Dubois si le dijera en este instante: M. de Lagardère será de los que con motivos de esas bodas reales van á España.

—Monseñor—se apresuró á decir muy satisfecho Enrique,—ninguna de las muestras de aprecio que me habéis prodigado me es más preciosa que ésa.

—Ya lo sé—interrumpió sonriendo el Príncipe.—Pero aún os causará mayor placer conocer el texto de esta carta reservada que madame de Soubisse entregará en su propia mano á nuestro primo de España.

Tendió al Conde una carta escrita enteramente de su mano, poniendo como condición *sine qua non* para consentir en el matrimonio de su querida hija, mademoiselle de Beaujalois, con el infante don Carlos el destierro de Gonzaga, á quien debía Felipe V obligar á refugiarse en Inglaterra. Era una especie de *ultimatum*;

pero al rey de España le convenía entonces complacer al rey de Francia. Tanto lo comprendió así Lagardère, que dijo:

—Es más de lo que pude soñar; pero menos de lo que deseo.

Felipe de Orleans preguntó sorprendido:

—¿Qué deseáis, pues?

—Casi nada, Monseñor: la autorización de penetrar en España so pretexto de una misión secreta. Invocaría así tal motivo para calmar los temores de mademoiselle de Nevers y de su madre.

—Comprendo vuestro objeto. Vais á matar á Gonzaga.

—Es verdad.

Pero no puedo permitir que vayáis solo. Él está rodeado de sus miserables acólitos, hombres sin conciencia que no se detendrán en los medios, ni aun en el asesinato alevoso. ¡No, no! ¡Vuestra vida es demasiado preciosa para consentir en que la esponzáis así!

—La desgracia del Rey y el destierro no le privarán de su oro ni de su espada. ¡Ah! ¡Yo sabré encontrarle cara á cara, y no me conocerá más que en una cosa: en la estocada de Nevers! Y entonces será demasiado tarde para llamar en su ayuda á sus enrodados, que no me inspiran el menor temor.

Mucho rato discutieron el Regente y Enrique sobre el mismo tema.

—El día que madame de Nevers me dé á su hija para siempre, necesito ofrecerle algo en cambio: es preciso que llegue yo ante el altar con la conciencia de haber cumplido mi deber, y que haya sido vengada la muerte de Felipe de Nevers.

Acostumbrado á hablar sin rodeos, confiando en sus bríos y en su valor, sostenido por el pensamiento de que se hallaba en jaque la felicidad de Aurora y que necesitaba jugar una carta sangrienta para triunfar, Lagardère no podía menos de convencer al Regente, poco habituado á discutir con hombres de aquel temple.

—Sólo dos cosas tengo que pedir á Vuestra Alteza Real—concluyó el Conde:—que prestéis vuestra ayuda, si la necesita, á mademoiselle de Nevers, y que mantengáis en absoluto secreto los motivos verdaderos de mi ausencia, que quizás sólo dure dos ó tres semanas, pero que puede prolongarse por dos ó tres meses.

—En vista de las razones que me habéis dado—replicó el Regente,—no quiero deteneros. No me causa piedad alguna Gonzaga. Id, pues, caballero; id, y que Dios os acompañe y ayude.

Aquella noche cuando, como de costumbre,

entró la Duquesa viuda en el salón donde conversaban los cuatro jóvenes, Enrique le pidió permiso para introducir á Jacinta, Laho y los dos diestros.

—¿Qué es eso?—dijo Chaverny.—¿Vamos á celebrar consejo de familia? ¿Qué noticia tenéis que comunicarnos?

—¿Es buena ó mala, Enrique?—preguntó Aurora ya alarmada.

Acababa de ver en la frente de su prometido la arruga que se marcaba en las circunstancias graves, y se estremeció de pies á cabeza.

—Buena; pero que tal vez haga humedecer vuestros hermosos ojos con alguna lágrima que tendréis que secar muy pronto, Aurora.

Entraron los personajes ya citados; Enrique cogió la mano de su novia, la besó y le dijo:

—No os alarméis, querida niña. Su Alteza Real me honra designándome para formar parte de la escolta de mademoiselle de Montpensier.

Aurora lanzó un gran suspiro de alivio.

—Iréis hasta la frontera, y volveréis acompañando á la Infanta. Vuestra ausencia será, pues, de corta duración, aunque se me haga tan larga...

—En este punto debo desengañaros.

—¿Qué queréis decir?

—Que no volveré con la Infanta. El Re-

gente me encarga de una misión secreta en la corte de Madrid, y no estaré de vuelta antes de un mes.

—¡Vos en Madrid!—exclamó Aurora.—¡En Madrid, donde está Gonzaga! ¡Imposible! ¡Madre, os conjuro que vayáis á ver al Regente, y si es indispensable que Enrique vaya á España, solicitud que yo pueda acompañarle!

Madame de Nevers se había puesto de pie, muy pálida también, vislumbrando los peligros que iba á correr el Conde, y los que su hija podía correr en ausencia de él.

—Sentaos, señora—dijo Lagardère.—Toda gestión ante el Regente será inútil, pues es imposible que cambie de resolución. Mi deber es obedecerle, y por dura que me sea esta separación de algunas semanas, no tengo más remedio que resignarme. Encomiendo á Chaverny, á Navailles y á todos los presentes la custodia de lo que más amo en el mundo. Cuento con vuestra amistad, señores. Estas damas tendrán que resignarse á salir lo menos posible, y confío en que no darán un solo paso fuera de este palacio sin que las acompañéis vosotros, ó en vuestro defecto Cocardasse, Passepoil y Laho.

—¡Oh! ¡No nos lleva!—gimió el nor-mando,

—¡Sangre de Cristo! ¿Quieres decir que no iremos contigo, pequeño?

—Voy solo, absolutamente solo, y aquí hacéis falta. Ya sabéis que hay lobos por los alrededores: cazadlos y matadlos como á perros rabiosos; el Regente os lo permite.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Ya puede prepararse la caja si han de enterrarlos con decencia!

—¡Sed prudente, Enrique!—dijo la Duquesa.—Ya sabéis que la felicidad ha entrado en esta casa con vos y que váis á llevarosla hasta que volváis. ¡Volved pronto, hijo mío, si no queréis que muramos aquí de temor y de incertidumbre!

—No temáis nada por mí. Mi presencia en España será tan secreta como mi misión, y al regreso consagraremos definitivamente nuestra ventura. Mi adorada Aurora, y vos, doña Cruz, preparad vuestros trajes de novia: el día de prosternarnos ante el altar está muy próximo.

Aurora se colgó á su cuello y le dijo en voz baja:

—¡Júrame que volverás muy pronto! ¡Tengo tanta ansia de ser madame Lagardère!

—Amada mía, sed prudente y valerosa, y rogad á Dios por nuestra próxima dicha.

La estrechó contra su pecho, la besó en la frente y exclamó:

—Nadie debe saber que voy á España: ni el mismo príncipe de Rohan lo sabía cuando me separé de él en la frontera. Para todos me dirigirá á Perpignan con objeto de embarcarme con rumbo á Italia. Os digo esto para advertiros que no recibiréis noticias mías durante mi ausencia y que no debéis revelar á nadie, absolutamente á nadie, que he ido á España.

Al día siguiente Lagardère cabalgaba á la portezuela de la carroza de mademoiselle de Montpensier y hacía esfuerzos sobrehumanos para parecer despreocupado y alegre, aunque le asaltaban graves preocupaciones; pues, aparte de tener que separarse de su novia y verse obligado á encargarse á otros de velar por ella, tenía que preparar un plan de campaña para evitar que Gonzaga se le escapase nuevamente.

El cambio de Princesas se efectuó en la embocadura del Bidasoa, en esa isleta de los Faissanes que ha hecho célebre la celebración de varios tratados. El marqués de Santa Cruz entregó á Francia la infanta de España, y el príncipe de Rohan le confió la señorita de Orleans. En seguida, y después de los mutuos cumplimientos de rigor, las dos escoltas se volvieron

ron la espalda para dirigirse á sus capitales respectivas.

En cuanto caminaron una legua el conde de Lagardère presentó sus homenajes á la Infantita y se despidió del Príncipe.

—Su Alteza Real—le dijo éste—me previno, en efecto, que os separaríais de nosotros. Aunque desconozco las razones de ese viaje, no dudo que en él habéis de conquistar nuevos laureles; y si bien lamento mucho privarme de vuestra compañía, me complazco en deseáros éxito feliz y buena suerte.

Enrique le dió efusivas gracias, estrechó la mano de los demás caballeros y partió al galope. Cuando desapareció á la vista de la escolta exclamó:

—¡Ahora nosotros dos, Gonzagal ¡Dentro de algunos días, desterrado de la corte de España, te encontrarás conmigo, y tu frente chocará con la punta de mi acero! ¡Así, esta tierra en que tanto padecí por tu causa beberá tu sangre hasta la última gota! ¡Ha llegado la hora suprema! ¡Feliçe de Mantúa! ¡Guay de ti!

Sulkhan, el turco de las siluetas.

Mademoiselle de Montpensier halló ante los muros de Madrid crecida muchedumbre que la aguardaba. Las puertas, recientemente cerradas, se abrieron de par en par para dar paso al príncipe don Luis, que acudía á recibir á su novia con lucido cortejo de grandes damas y encumbrados caballeros vestidos de gala.

El suelo estaba alfombrado de flores y césped desde un cuarto de legua antes de llegar á las puertas de la villa, y lo mismo las calles por donde debía pasar la espléndida comitiva. Todos contemplaban á la princesa de Orleans, cuyo matrimonio con el heredero de la corona se había concertado á raíz de la guerra, y que entraba en Madrid con el ramo de oliva, símbolo de la paz.

Creemos innecesario describir minuciosamente las ceremonias de la presentación de los futuros esposos, ceremonias en las cuales el pueblo se interesó al principio mucho más que en un extraño personaje que se había colocado detrás de la carroza como si formase parte de cortejo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, N.M.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron la espalda para dirigirse á sus capitales respectivas.

En cuanto caminaron una legua el conde de Lagardère presentó sus homenajes á la Infantita y se despidió del Príncipe.

—Su Alteza Real—le dijo éste—me previno, en efecto, que os separaríais de nosotros. Aunque desconozco las razones de ese viaje, no dudo que en él habéis de conquistar nuevos laureles; y si bien lamento mucho privarme de vuestra compañía, me complazco en deseáros éxito feliz y buena suerte.

Enrique le dió efusivas gracias, estrechó la mano de los demás caballeros y partió al galope. Cuando desapareció á la vista de la escolta exclamó:

—¡Ahora nosotros dos, Gonzagal ¡Dentro de algunos días, desterrado de la corte de España, te encontrarás conmigo, y tu frente chocará con la punta de mi acero! ¡Así, esta tierra en que tanto padecí por tu causa beberá tu sangre hasta la última gota! ¡Ha llegado la hora suprema! ¡Feliçe de Mantúa! ¡Guay de ti!

Sulkhan, el turco de las siluetas.

Mademoiselle de Montpensier halló ante los muros de Madrid crecida muchedumbre que la aguardaba. Las puertas, recientemente cerradas, se abrieron de par en par para dar paso al príncipe don Luis, que acudía á recibir á su novia con lucido cortejo de grandes damas y encumbrados caballeros vestidos de gala.

El suelo estaba alfombrado de flores y césped desde un cuarto de legua antes de llegar á las puertas de la villa, y lo mismo las calles por donde debía pasar la espléndida comitiva. Todos contemplaban á la princesa de Orleans, cuyo matrimonio con el heredero de la corona se había concertado á raíz de la guerra, y que entraba en Madrid con el ramo de oliva, símbolo de la paz.

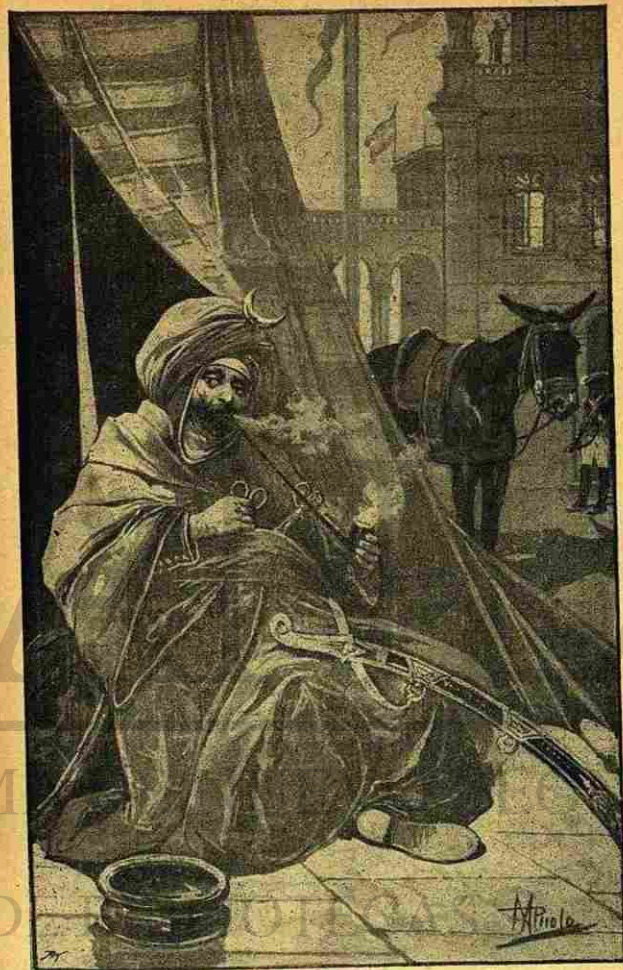
Creemos innecesario describir minuciosamente las ceremonias de la presentación de los futuros esposos, ceremonias en las cuales el pueblo se interesó al principio mucho más que en un extraño personaje que se había colocado detrás de la carroza como si formase parte de cortejo.

Era raro en verdad. Cubierto por dos ó tres albornoces superpuestos, envuelta la cabeza en ancho turbante del cual se destacaba una media luna dorada, casi no podía verse de su rostro más que la nariz y los ojos; montaba una mula tísica, empuñaba en la diestra una lanza con banderola verde, colgaba de su cinto una ancha cimitarra de forma original; y á guisa de pistolas, varias tijeras de diferentes tamaños. Bajo el brazo izquierdo llevaba un voluminoso rollo de papel negro. De su silla no pendían estribos: sus pies, calzados con babuchas rojas, colgaban á ambos lados de la calgadura.

Trotando á una docena de pasos detras de la carroza, el populacho no hizo alto en él hasta que pasó el carruaje. Entonces comenzaron las ovaciones al inesperado turco, que todos tomaron por un nigromántico del séquito de la Pirnesita.

Nada parecía conmover á aquel digno islamita, que con gesto majestuoso, casi pastoral, apartaba á todos los que querían acercarse demasiado á su mula; los apartaba con movimientos de lanza manejada á la manera de una cruz episcopal.

Así, sin ser interrogado ni molestado recorrió tras el cortejo las principales calles madrileñas y penetró hasta el patio de honor del



Sentóse á manera de su país, cargó su pipa...

Alcázar, participando de todos los honores hechos por la guardia á la comitiva. Una vez allí, sin preocuparse de la recepción hecha por los Reyes á la princesa de Orleans, dirigióse sin vacilación á un extremo del patio, descabalgó, hincó la lanza entre dos losas del pavimento, y ató la mula á aquel improvisado poste.

Luego, lentamente, metódicamente, como acostumbrado á la majestuosa tranquilidad del desierto, alzó una tienda que llevaba arrollada á la grupa de su cabalgadura, y la coronó con la media luna que la colocaba bajo la protección del Gran Señor. Hecho esto se sentó cruzando las piernas á usanza de su país, cargó la pipa, y colocó sobre el tabaco un pedazo de yesca encendida.

Bajo sus albornoces adivinabase una jiba enorme; pero su modo de andar indicaba que su deformidad sólo consistía en el encorvamiento de la espina dorsal.

Así permaneció como amodorrado durante una hora, sin que nadie se dignase hacer caso de él.

Mientras tanto la de Orleans había tomado posesión de sus habitaciones, y muchas damas y caballeros comenzaron á retirarse. Varios de ellos lanzaban al pasar miradas curiosas á tan extraño personaje. No tar-

dó mucho en formarse un círculo, de señoras principalmente, y un oficial de alabarderos creyó de su deber preguntarle qué hacía allí.

Por toda respuesta recibió una bocanada de aromático humo y una especie de gruñido intraducible. Inmediatamente, sacando de su cinturón las tijeras de mayor tamaño, cogió un pedazo de papel rollado y se puso á recortar con maravillosa destreza la silueta del oficial y se la presentó, paseando por los espectadores una mirada en alto grado impertinente.

El papel pasó de mano en mano, y como era una admirable caricatura del oficial de alabarderos, su examen provocó risas y elogios. El militar mismo rió de buena gana. Varias damas pidieron la suya, y el turco las complació sin hacerse rogar; pero en vez de contentarse con el perfil, echando mano de sus tijeras más pequeñas, marcó encajes y volantes, y hasta los pliegues de los vestidos, explicando por señas, pues parecía no conocer el español (ó quizás era mudo), que poniendo tras aquellas siluetas una luz la sombra proyectada en la pared causaría un efecto maravilloso.

Cinco ó seis damas se llevaron sus caricaturas, no sin haber gratificado al artista con monedas de plata, que él guardaba desdeñosamente en sus bolsillos.

Desde una ventana del Alcázar Felipe V, vió el grupo y preguntó qué hacía allí. Explicáronle las habilidades del turco, añadiendo que formaba parte del cortejo de la princesa de Orleans. Llegó ésta, é interrogada por su futuro suegro, afirmó no conocer al extraño personaje. Picada con tal respuesta la curiosidad del Monarca, quiso descifrar el misterio, y fuése hacia el islamita seguido de la Reina y de los Príncipes, sin que el misterioso oriental se dignase separar de los labios la boquilla de su pipa, ni levantarse para recibirlos.

Tal impertinencia probaba elocuentemente que desconocía los usos de la corte y, por consiguiente, que no pertenecía al séquito de la hija del Regente de Francia.

Cuando le hicieron comprender quiénes eran las augustas personas hizo una reverencia y comenzó á recortar papel, entregando á cada uno su silueta caricaturesca, sin favorecerlas lo más mínimo ni contestar á la multitud de preguntas que se le hicieron, de donde coligieron que era mudo.

Todo lo que de él pudieron obtener fué que escribiese con el dedo en el suelo su nombre, que era Sulkham; pero aunque comprendía cuanto le decían, no quiso escribir más.

—¡Pardiez!—exclamó el Rey.—¡Es un tipo original, y aunque no nos lo envíe nuestro pri-

mo Felipe, no por eso nos felicitamos menos de su venida! Será una diversión más en estas fiestas. Que lleven su mula á las caballerizas, pues me parece que buena falta le hace á la pobre un buen pienso.

Sulkham se inclinó y acarició el hocico al animal, como si con aquella mímica indicara que aceptaba.

—En cuanto á él, que le den de comer y que le dejen vagar á su antojo dentro y fuera del Alcázar.

Al enterarse el turco de que le destinaban una habitación en Palacio señaló á su tienda coronada por la media luna, y comunicó con expresivos ademanes que deseaba permanecer allí.

—Como quieras—dijo bondadosamente Felipe V.—Pero te concedemos nuestra protección, y esta noche te haremos conducir al salón para que nos des á conocer tus talentos.

En cuanto los Soberanos se retiraron, el turco, sin hacer caso de las solicitudes de los cortesanos, se deslizó en su tienda, y en ella se estuvo como el caracol en su concha hasta que los criados le llevaron la comida, que devoró tranquilamente y con el mejor apetito, sentado en el suelo y haciendo caso omiso de los curiosos que acudieron á ver cómo comía el musulmán. Todo lo que pudieron deducir al verlé

hincar el diente á los manjares y arrebañar los platos fué que parecía como si no hubiera comido hacia veinticuatro horas, lo cual quizás era exacto.

Cuando le presentaron una botella de Jerez pareció titubear, como si dudara entre cumplir los preceptos de su religión y la tentación de probar el dorado néctar; pero sin duda reflexionó que no todos los días podría gustar un islamita vino como aquél ofrecido por Su Majestad Católica, y encogiéndose ligeramente de hombros con un gesto de resignación probó el licor, se relamió los labios manifestando su agrado, y vació la botella de un trago.

Este rasgo le valió la admiración de los circunstantes, cosa que pareció tenerle sin cuidado; se envolvió en su albornoz, encendió su pipa y fumó con delectación, soñando y mirando al cielo. El aromático humo fué nuevo motivo de curiosidad, pues el tabaco era muy poco usado en España, y en Francia apenas si empezaban á gastarlo en polvo. Indudablemente al turco le parecía delicioso, á juzgar por la beatitud con que contemplaba las azuladas espirales.

Desde el sitio donde estaba sentado podía verse el regio comedor. Los Reyes, los Príncipes é innumerables personajes entraron y se sentaron en torno de la suntuosa mesa. El

musulmán parecía muy admirado, y contemplaba uno por uno á los nobles invitados; uno de ellos sobre todo llamó su atención pues estuvo contemplándole un buen rato.

Él había despachado en diez minutos cuantas viandas le sirvieron; pero en la mesa real iban más despacio, pues hacía ya bastante que las estrellas brillaban en el firmamento, y aún se oía el ruido argentino de la vajilla y el tintineo de las copas al brindar por los reyes de Francia y de España, por la Reina, por el príncipe don Luis y por su prometida esposa, así como por los demás miembros de la Real Familia hispánica.

En la corte de Madrid no se entregaban ostensiblemente á la orgía como en la de París, y si Felipe V no era menos disoluto que Felipe de Orleans, á lo menos se entregaba secretamente á los excesos. Isabel de Farnesio no permitía bromas sobre este punto, y en realidad su marido sólo era el amo en la mesa y ante el pueblo: por eso con franca alegría se desquitaba de su domesticidad fuera de allí. Por eso también para divertirse y divertir un poco poco á la reunión, se acordó de pronto del turco y mandó que fuesen á buscarle.

Al recibir la orden Surkham sacudió lentamente la ceniza de su larga pipa, se aseguró de que no le faltaban sus tijeras, plantó su lanza

TOMO I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ante la tienda como para prohibir la entrada á todos, se puso bajo el brazo el rollo de papel, y golpeándose las piernas con la cimitarra siguió al paje y penetró en el comedor, provocando su llegada la hilaridad de los comensales.

Con toda serenidad paseó su mirada por la mesa, en la cual aún estaban servidos los postres, y acercándose á Felipe de Mantua, cogió un pastelillo de su plato y se lo engulló de un bocado, haciendo señas de que le diesen de beber. Llenáronle una copa; pero él se encogió de hombros, y apoderándose de una botella, la vació de un trago. El príncipe de Gonzaga frunció el ceño y le miró con desdén, ira y recelo; le asaltó el recuerdo de otro jorobado que bebía del mismo modo y del cual no tenía la mejor memoria.

Pero al ver que el musulmán repetía la suerte, con gran alegría de los comensales, metiendo la mano en varios platos, examinó más atentamente á Sulkham, y tranquilizado pensó:

—¡Estoy soñando! Entre aquél y éste sólo hay de común la joroba, y no faltan jorobados en el mundo. Aquél era más alto; éste además cojea y es mudo: sobre todo no tiene la mirada excrutadora de aquél ni... ¿Y en qué cabeza cabe que en vez de quedarse en París custodiando á su novia se venga á Madrid, don-

de soy todopoderoso, para caer en mis garras?

En efecto; madame de Soubise, tenía orden de no entregar al Rey la carta del Regente hasta que se hubiera celebrado el matrimonio de los Principes, para no turbar las fiestas y hacer á Gonzaga más sensible su desgracia.

Mientras meditaba Felipe de Mantua, el turco, izándose penosamente en una silla, recortaba la silueta de la princesita de Montpensier, y en cuanto terminó se la presentó, interponiéndola entre la hija del Regente y un candelabro. Fué un grito general de admiración: tan admirablemente hecha estaba.

Madame de Ventadour hizo observar que la silueta causaría mucho mejor efecto recortada en satén negro y envolviéndola en una ligera y trasparente gasa de color claro. Sulkham aprobó, y mientras iban en busca de lo necesario para hacer algo se puso á comer frioleras picoteando en varios platos, yapuró otra botella. Felipe V soltó la carcajada, y los cortesanos le imitaron.

El Rey prescindía de toda etiqueta á los postres de toda comida en que no tomaban parte más que los miembros de su familia y los altos dignatarios de Palacio; así, uno de aquellos palatinos se atrevió á decir:

—¡Este perillán ha debido de ver muchos países y cosas raras!

—Sería curioso oír su relato—añadió un segundo.

—¡Cuenta, cuenta, Esopo!—exclamó un tercero.—Estoy tentado á creer que te burlas de nosotros.

El turco abrió la boca y mostró en el fondo la lengua replegada y como paralizada. Gonzaga, que se había estremecido al oír el nombre de Esopo, quiso convencerse y se adelantó para examinarle.

—Es cierto; Esopo es efectivamente mudo. ¡Qué lástima!

Pero el jorobado mostró á las damas con gesto expresivo que equivalía á decir:

—¡Bah! ¡Sobran lenguas para que se note la falta de una!

En cuanto estuvo en posesión del satén prosiguió su trabajo, y todos tuvieron su silueta. Se observó que trataba de favorecer á las damas, pero no á los caballeros, y más de un Grande de España reprimió una mueca de desagrado al verse caricaturizado por el musulmán. Sin embargo, todos parecían regocijarse por temor á los epigramáticos comentarios que hubiera producido su despecho al exteriorizarse.

Fué excelente la idea de madame Venta-

dour, é hizo fortuna: quince días después no había en Madrid bastantes cuadros para poner las siluetas de todos los que quisieron tener la suya recortada por el jorobado islamita.

Aquella primera noche hizo el retrato de todos los comensales regios. Azar ó premeditación, reservó para lo último á Felipe de Mantua, que no parecía muy entusiasmado con su arte. Por fin consintió en dejarse hacer la silueta; pero el musulmán empleó en retocarla triple tiempo que en las demás. Quizás había abusado del vino, contra el cual pone en guardia á los verdaderos creyentes el Corán, pues después de dar un sin fin de vueltas á la tela y usar todas sus tijeras, un corte en falso hizo aparecer bajo la gasa, que precisamente era roja, un agujero en la frente del Príncipe.

—El turco ha bebido demasiado, y ya no tiene el pulso firme—dijo alguien.

Y como para darle la razón, el jorobado parpadeaba cual si le rindiera el sueño. El mismo Gonzaga creyó que el islamita estaba materialmente durmiéndose.

—¡Vete á dormir, Sulkham—dijo el Rey benévolamente,—y duerme bien! Si te pagan en lo que vale tu habilidad, vas á hacer fortuna en Madrid.

Dos sirvientes le ayudaron á bajar de la silla á que se había encaramado, y se marchó con pasos bastante inseguros.

Pero en cuanto se vió en su tienda desapareció la embriaguez como por encanto. Aposatóse en lugar conveniente, y merced á una pequeña abertura vió salir á los palaciegos uno á uno, fijando en Felipe de Mantua una mirada de odio.

Tenía para ello razones especiales. El jorobado del palacio de Gonzaga había tomado nueva forma. ¡Tanto peor para el que no supo reconocerle! Porque á pesar de su lengua encogida y replegada en el fondo de la boca, el musulmán no era mudo..., ni musulmán.

Sulkham el turco, el hombre de las siluetas, no era otro que el conde Enrique de Lagardère.

XIII

¡Sus al turco!

Al día siguiente sólo se hablaba en Madrid de las siluetas del turco, y los que tenían la suerte de poseer la suya veíanse obligados á enseñarla á todos sus conocidos, curiosos de cerciorarse del hecho. Los hidalgos y los burgueses sentían con tal motivo más que nunca no tener acceso á la corte, y hubiesen hecho de un diablo dos por conseguir ser retratados en el Alcázar. Muchos se olvidaron de dormir la siesta y acudieron á los alrededores de Palacio; otros, nobles que tenían entrada, fueron también para conocer al musulmán de las tijeras. Pero todos se llevaron gran chasco al saber que cuando acabó de comer, dejando sus tijeras en su tienda y armado de su lanza y su cimitarra, Sulkam se había ido á visitar la población vagando por sus calles.

En efecto; nuestro hombre iba de una parte á otra como quien visita por primera vez una población. Inútil es decir que su aspecto original y extraño le atrajo un séquito numeroso. Una legión de chiquillos y desocupados iban tras él á honesta distancia: los primeros, por

Dos sirvientes le ayudaron á bajar de la silla á que se había encaramado, y se marchó con pasos bastante inseguros.

Pero en cuanto se vió en su tienda desapareció la embriaguez como por encanto. Aposatóse en lugar conveniente, y merced á una pequeña abertura vió salir á los palaciegos uno á uno, fijando en Felipe de Mantua una mirada de odio.

Tenía para ello razones especiales. El jorobado del palacio de Gonzaga había tomado nueva forma. ¡Tanto peor para el que no supo reconocerle! Porque á pesar de su lengua encogida y replegada en el fondo de la boca, el musulmán no era mudo..., ni musulmán.

Sulkham el turco, el hombre de las siluetas, no era otro que el conde Enrique de Lagardere.

XIII

¡Sus al turco!

Al día siguiente sólo se hablaba en Madrid de las siluetas del turco, y los que tenían la suerte de poseer la suya veíanse obligados á enseñarla á todos sus conocidos, curiosos de cerciorarse del hecho. Los hidalgos y los burgueses sentían con tal motivo más que nunca no tener acceso á la corte, y hubiesen hecho de un diablo dos por conseguir ser retratados en el Alcázar. Muchos se olvidaron de dormir la siesta y acudieron á los alrededores de Palacio; otros, nobles que tenían entrada, fueron también para conocer al musulmán de las tijeras. Pero todos se llevaron gran chasco al saber que cuando acabó de comer, dejando sus tijeras en su tienda y armado de su lanza y su cimitarra, Sulkam se había ido á visitar la población vagando por sus calles.

En efecto; nuestro hombre iba de una parte á otra como quien visita por primera vez una población. Inútil es decir que su aspecto original y extraño le atrajo un séquito numeroso. Una legión de chiquillos y desocupados iban tras él á honesta distancia: los primeros, por

cierto temor; los segundos, acaso por rehuir el contacto con un perro infiel.

El pseudo-turco se detenía en los palacios de los grandes, y preguntaba por señas á los porteros quién los habitaba. Sulkham hubiera querido averiguar dónde vivía Gonzaga; pero no podía preguntarlo sin renunciar á su papel de mudo y hacer tracasár su proyecto. Érale, pues, forzoso echarse en manos de la casualidad para que le guiara al palacio del Príncipe.

La muchedumbre no le era hostil, y además, varios alguaciles tenían orden de seguirle por donde fuera y protegerle en caso necesario. Hacía ya tres horas que recorría la villa sin encontrar lo que buscaba, y sin inquietarse mucho por ello, pues contaba con una semana de tiempo, cuando acertó á pasar por donde él se hallaba la duquesa de la Ciudad, la cual hizo detener su carroza y le llamó.

—Aquí te encuentro, y aquí te prendo. Hace lo menos dos horas que te aguardan en el Alcázar más de cien personas. Ya sabes que anoche me hiciste el retrato en papel, y lo quiero en satén. Así, Sulkham, si fueras amable, me acompañarías á mi casa, harías mi retrato, y luego yo te llevaría en mi carroza á Palacio. Sería una buena jugada que hablásemos á todos los que se impacientan aguardándote.

La Duquesa era una de las primeras bellezas entre la aristocracia española, y también una de las damas más queridas por el pueblo madrileño. Los que seguían al turco se admiraron, pues, muchísimo al verla tratar de conquistarse el afecto del musulmán. ¿Cómo resistir á una hermosura, aun siendo turco y jorobado? Sulkham no debió de encontrar el medio, porque después de besar galantemente los sonrosados dedos de la dama subió sonriendo á la carroza, y ocupó en los mullidos cojines un lugar que más de cuatro envidiarían.

Terminado con exquisito cuidado el retrato de la hechicera Duquesa, rechazó energicamente el bolsillo por entre cuyas mallas de seda relumbra el oro con que la noble dama quería recompensar su valor.

—Pues, entonces—exclamó ella,—conserva como un recuerdo mío las tijeras de que te has servido.

Á esto sí accedió el fingido musulmán; eran unas valiosas tijeras de oro labrado, que ostentaban las armas de la Duquesa.

Cuando entró en el Alcázar en la ducal carroza los comentarios de las impacientes señoras que aguardaban al siluetista no fueron muy favorables al buen nombre de la Duquesa.

—¡Un rapto en toda regla!

—Sí; pero en vez de raptor, hay raptora.

—¡Vaya con la mosquita muerta!

—¡Por algo afirman que el amor es ciego!

—¡No distingue de jorobas ni de cojeas!

—Ahora la Duquesa sabrá del pie que cojea Sulkham.

—¡Pero qué hábil es! ¡Mirad cómo ha sabido buscarse un cómplice discreto!...

—Verdaderamente que no ha de ir á contar...

—Mudo... como el sepulcro.

Todos estos epigramas en que se traslucía un tanto el despecho reconocían por causa única haber sido juguete de la noble dama las que aguardaban al siluetista; pero en el fondo ninguna de aquellas señoras dudaba un punto de la virtud de la duquesa de la Ciudad.

Mientras tanto declinaba la tarde, y Sulkham hizo comprender á sus clientes que á aquella hora no iba á ponerse ya al trabajo, y que volvieran á la mañana siguiente. Decididamente, el islamita se creía un personaje cuando de tal modo obligaba á hacer antesala á aquellas señoras de la primera Nobleza. Pero no se resintieron por ello, y se inscribieron una á una en

el tarjetero que la marquesa de la Peña dió al musulmán.

En cuanto á los caballeros que también aguardaban hubieron de quedar para lo último, sin que su galantería proverbial les permitiese protestar contra ello, y probablemente quedarían sus siluetas para hacerse en las calendas griegas.

Durante varios días el artista alternó sus paseos con largas sesiones en que las damas más linajudas y hermosas de la corte le servían de modelo para sus siluetas. Como no fijaba precio, cada retratada le retribuía con arreglo á su fortuna y á su vanidad, y el jorobado recibió en poco tiempo sumas considerables, de las cuales distribuía luego la mayoría entre los pobres madrileños. Su caridad y el favor que le dispensaba Felipe V, que todas las noches le hacía subir al comedor, consagraron su fama, y en breve fué popularísimo en la villa y corte.

Mientras tanto Gonzaga creyó oportuno enseñar su silueta á sus enrodados.

—¡Diablo!—exclamó Nocé al reparar en el agujero de la frente, que saltaba desde luego á la vista.—¿Qué es eso?

Todos atendieron y examinaron la silueta.

—¡Cáspita! ¡Qué cosa más rara!—dijo el Barón.

—No me sorprendería que andara en ello...

—¿Lagardère?—interrumpió Gonzaga.

—El mismo, monseñor; y, ó mucho me engaño, ó vos también habéis debido de tener el mismo pensamiento.

—Confieso que sí.

—¿Cómo es ese hombre?—preguntaron todos á la vez.

—Jorobado.

Oriol se estremeció; Montaubert se encogió de hombros.

—Lagardère es más listo que todo eso. No había de repetir un juego que ya hizo.

—¡Poco á poco, Montaubert! ¿Y si lo hace á propósito para despistarnos, suponiendo que hemos de pensar como tú?—dijo Tarnne.

—Aguardemos á ver aparecer un día de éstos á ese bestia de Cocardasse—repuso Lavallade.

—Dicen que ese turco va armado con una formidable cimitarra y una pesada lanza—indicó el pacífico Oriol.

—Señores, estáis divagando—dijo Gonzaga—hasta el punto de hacer temblar al esforzado Oriol. Tranquilizaos: he examinado bien á este jorobado, y no se parece en nada al otro.

Tiene las piernas torcidas y nudosas como sarmientos.

—Puede aparentarlo así—insistió el testarudo Nocé.

—Es mudo—prosiguió el Príncipe,—y creo que de nacimiento.

—No es una prueba—replicó Montaubert.—El que tiene la firme voluntad de no hablar puede parecer mudo. Preferiría un jorobado menos defectuoso y que se pareciera más al otro.

—¡Mil rayos!—gruñó Felipe de Mantua.—¿Me creéis un belitre para que no se me ocurrieran á mi todas esas observaciones? Cuando os diga que he visto su lengua arrollada y seca en el fondo de la boca, casi pegada al paladar como un higo seco, ¿me haréis el honor de creerme, ó me dejaréis pensar que os domina el miedo? Que yo sepa, ninguno de vosotros ha clavado todavía la lengua de Lagardère. Mientras no lo hagáis, me atenderé á lo que he visto por mis propios ojos, y diré y repetiré que el turco Sulkham no tiene nada que ver con nuestro enemigo.

El barón de Batz era siempre del parecer del más fuerte, ó del que pagaba; así, inmediatamente se pasó al bando de Gonzaga y dijo muy seriamente:

—Lagardère no sabe batirse sino con la

espada. La cimitarra es un arma muy antigua y difícil de manejar. Estoy seguro de que la de ese musulmán será de cartón.

—¡Basta de tal asunto!— declaró malhumorado el Príncipe.—Si alguno de vosotros quiere cerciorarse por sí propio, no tiene más que ir á verle al patio del Alcázar ó por las calles de Madrid, que recorre muy á menudo. Pero os aconsejo que no le tratéis mal si no queréis indisponeros con el Rey.

—¡Mil diablos!— exclamó Nocé, sin querer darse á partido.—¡Ahora mismo voy á verle! ¿Venís, señores?

Felipe se encogió de hombros, y los *enrodados* dirigieronse al Alcázar. Oriol iba prudentemente en el centro, pues á pesar de las afirmaciones del barón de Batz no creía que fuese de cartón la cimitarra del turco.

Éste acababa de comer, y sentado como los sastres saboreaba su pipa cuando se le acercaron los gentiles hombres. No levantó siquiera la cabeza. Los aventureros dieron vueltas en torno del islamita como perros que rodean á un jabalí. Nocé sobre todo encarnizábase en la inspección, y tuvo que convencerse de que quizás tenía razón el Príncipe. Aquel hombre no se parecía á Lagardère. Esta comprobación le incitó á mostrarse audaz.

—¡Eh, buen hombre! ¿No podrías dejar por un momento tu hornillo para recorrer las siluetas de unos caballeros franceses?

Sin dignarse mirarlos (demasiado los conocía) el turco dió media vuelta girando sobre su centro de gravedad, y ostensiblemente volvió la espalda á los enrodados. Esta acción hió en lo más vivo á Montaubert, que tenía la sangre caliente.

—¡Dios de Dios!— exclamó colérico mientras sus compañeros reían.—¿No te han enseñado nunca las reglas de la cortesía, belitre? Siento que no estemos fuera de Palacio para darte una lección.

El hombre de las siluetas se levantó, miró desdeñosamente á Montaubert, cogió su lanza con las dos manos, y apoyando el regatón en el pecho del caballero hizo retroceder varios pasos á los seis enrodados.

—Si tiene malas piernas— dijo Taranne sosteniendo al gordo Oriol, que vaciló al empuje,—tiene el puño sólido. ¡Vaya con el pagano! Opino como tú, Nocé. ¡Habría que ver lo que ocultan esos albornoces!

Sulkham se arremangó el brazo y mostró unos músculos de acero; luego se echó á reír con risa extraña, casi salvaje, y sentándose en el suelo con la lanza cruzada sobre las pier-

nas, hizo seña á Oriol y á Lavallade para que fueran á sentarse á su lado.

El ex-negociante titubeó, y acaso se hubiera negado á satisfacer el deseo del buen hombre si no estuvieran todos rodeados de un círculo de curiosos más compacto á cada minuto. No tuvo más remedio que avanzar, y su compañero le imitó. Le costó algún tiempo hacerles comprender su propósito, que era levantarlos á los dos al mismo tiempo á caballo en su lanza.

Tomadas todas las disposiciones, bien agarrados con las manos el mástil del arma, Lagardère se acostó bruscamente, hizo pasar la lanza con rápido movimiento á lo largo de su busto y por encima de su cabeza, y despidió á los dos enrodados, haciéndolos rodar como pelotas á cuatro ó cinco pasos.

Mientras el gordo Oriol quedaba unos segundos en equilibrio sobre la cabeza antes de recobrar el centro de gravedad, Sulkham cruzó de nuevo las piernas y volvió á fumar beatíficamente sin preocuparse de nadie.

Una carcajada homérica acogió esta broma, más ultrajante que un insulto. Los aventureros estaban lívidos de rabia. Quizás se hubieran arriesgado á intentar un buen desquite si el Capitán de guardias no se les hubiera acercado invitándolos á salir de Palacio, y si otro perso-

naje que acababa de llegar no hubiese cogido del brazo á Nocé, haciendo señas á los demás para que le siguieran. También á éste le lanzó una mirada de odio el jorobado: era M. de Peyrolles.

Al irse, Montaubert, Taranne y Nocé echaban por la boca espumarajos de rabia; Oriol y Lavallade se frotaban las costillas y el Barón, como buen alemán, reía interiormente.

—¡Si ese perro sale de Palacio y me tropiezo con él—rugió Nocé,—el Diabolo me lleve si vuelve á comer más el pan del Rey!

—¡Calma, calma!—insinuó Peyrolles.—También nosotros comemos de ese pan, y no es cosa de pelearnos con nuestros compañeros de mesa, si no queremos que el Rey suprima la ración.

—¡Por encima del Rey—alegó Nocé furioso—está la Santa Inquisición! ¡Oh! ¡No nos costaría nada ponerla en contra de ese infiel! ¡Al freir será el reir!

Aquella noche Sulkham juzgó conveniente para su salud explayarse un rato contemplando las estrellas á orillas del Manzanares, y salió, como de costumbre, lanza en puño y cimitarra al cinto, descuidado y aparentando indiferencia.

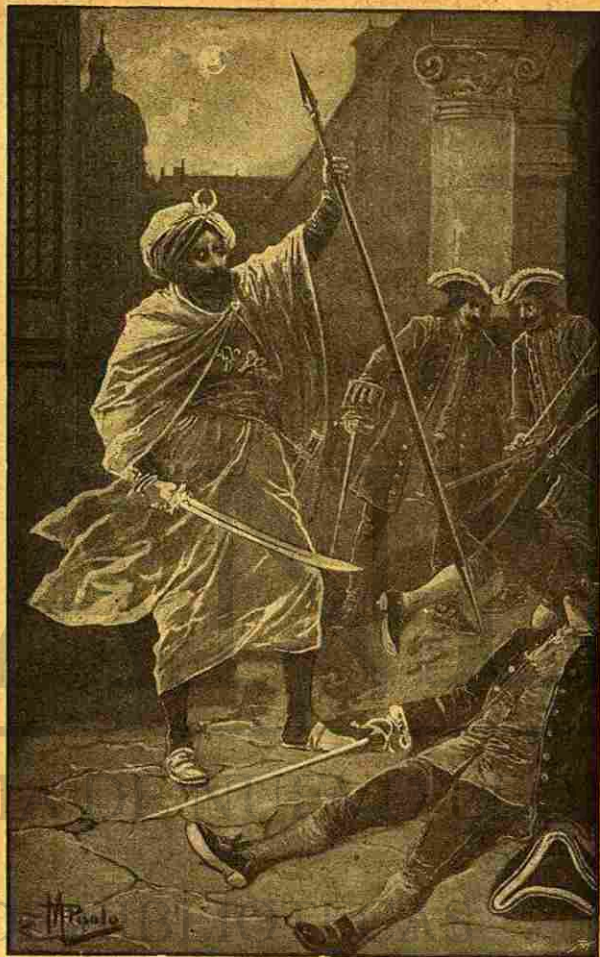
El casamiento del Príncipe hizo afluir á Madrid gran cantidad de mendigos y malandrines que están siempre á lo que caiga; vaga-

ban noche y día por las calles con excusa de estar llenas las posadas, pero en realidad para desbalijar á los transeuntes. Y á estos hombres recurrieron los servidores de Gonzaga, que reclutaron una buena cantidad de andrajosos y de frailes y monjas postizos que lanzaron detras del turco.

Nocé dirigía la maniobra. Á unos les decia que aquel pagano era un pirata berberisco enriquecido en el saqueo de los galeones españoles cargados de oro que llegaban de América; á otros, que era un enviado del Sultán para plantar la media luna en el altar de San Isidro, el buen patrón madrileño, y provocar otra nueva guerra con los moros. Por último, trataba de excitar en todos el sentimiento religioso, lamentándose en frases muy sentidas de que el Santo Oficio no hiciese quemar públicamente al islamista para escarmiento de herejes.

Mientras derrochaba elocuencia no advirtió que el turco había desaparecido. Las calles de la Morería, el más antiguo barrio madrileño, estaban sombrías como pozos. La Luna desaparecía á intervalos, velada por densos nubarrones.

Por una de ellas, y en el momento en que Nocé terminaba su arenga, salió bruscamente una forma blanca que se precipitó sobre el



Salió bruscamente una forma blanca que se precipitó sobre el grupo.

grupo. Prodújose la sorpresa y confusión consiguientes, y tomándola por un fantasma, mendigos y malandrines huyeron á la desbandada. Los cojos, echándose al hombro las muletas, corrían como gamos; los mancos se hallaron de pronto con los brazos que les faltaban, y los ciegos no necesitaban de palo, de perro ni de lazarillo para poner pies en polvorosa. En breve no quedaron en la calle sino los enrodados de Gonzaga, que sacaron al aire sus aceros.

—¡Sus, sus, al turco!—aulló Nocé.

Parecía un paladín de la antigüedad excitando á la guerra contra el infiel. Por desgracia, no llevaba armadura, y recibió tan fuerte golpe en el hombro con el asta de la lanza, que tuvo que soltar la espada; Taranne fué obsequiado con otro estacazo en los riñones; Montaubert midió el suelo, aturdido por un polpe en el craneo que Lagardère le descargó con el regatón; y el barón de Batz sintió que la cimitarra le rasgaba el calzón y, le arañaba el muslo. No era de cartón, sino de acero.

En cuanto á Oriol y Lavallade, tenían ya bastante con la voltereta que dieron en el patio del Alcázar, y como no eran ambiciosos, se quitaron de en medio.

Sulkham envainó su cimitarra, y empuñando de nuevo su lanza se alejó con paso tranquilo como un paseante que hace tiempo. Po-

día haberles hendido el craneo ó matarlos con la estocada de Nevers; pero no quería vender su incógnito, y aquella caza carecía de valor para él. Quería una cabeza más alta para firmar en ella su nombre y rúbrica con la punta de su espada.

No teniendo ya los mismos motivos de venganza que antes, invertía su antigua divisa y decía.

—¡Antes que los servidores, el señor!

XIV

El acusador.

Aparte de la de Montaubert, cuyo craneo se deprimió un tanto al contacto del mástil de la lanza turca, las heridas de los enrodados no eran más que arañazos ó rasguños sin importancia. Así quiso probarles que se hallaron á merced suya. No siendo atacado directamente por ellos, se contentó con castigarlos como á escolares rebeldes. Esto lastimó su amor propio, y volvieron á casa con las orejas gachas.

—Si hubiera sido el caballero—decía Montaubert, á quien le dolía mucho la cabeza,— no nos hubiéramos librado con tan poco, pues tie-

grupo. Prodújose la sorpresa y confusión consiguientes, y tomándola por un fantasma, mendigos y malandrines huyeron á la desbandada. Los cojos, echándose al hombro las muletas, corrían como gamos; los mancos se hallaron de pronto con los brazos que les faltaban, y los ciegos no necesitaban de palo, de perro ni de lazarillo para poner pies en polvorosa. En breve no quedaron en la calle sino los enrodados de Gonzaga, que sacaron al aire sus aceros.

—¡Sus, sus, al turco!—aulló Nocé.

Parecía un paladín de la antigüedad excitando á la guerra contra el infiel. Por desgracia, no llevaba armadura, y recibió tan fuerte golpe en el hombro con el asta de la lanza, que tuvo que soltar la espada; Taranne fué obsequiado con otro estacazo en los riñones; Montaubert midió el suelo, aturdido por un polpe en el craneo que Lagardère le descargó con el regatón; y el barón de Batz sintió que la cimitarra le rasgaba el calzón y, le arañaba el muslo. No era de cartón, sino de acero.

En cuanto á Oriol y Lavallade, tenían ya bastante con la voltereta que dieron en el patio del Alcázar, y como no eran ambiciosos, se quitaron de en medio.

Sulkham envainó su cimitarra, y empuñando de nuevo su lanza se alejó con paso tranquilo como un paseante que hace tiempo. Po-

día haberles hendido el craneo ó matarlos con la estocada de Nevers; pero no quería vender su incógnito, y aquella caza carecía de valor para él. Quería una cabeza más alta para firmar en ella su nombre y rúbrica con la punta de su espada.

No teniendo ya los mismos motivos de venganza que antes, invertía su antigua divisa y decía.

—¡Antes que los servidores, el señor!

XIV

El acusador.

Aparte de la de Montaubert, cuyo craneo se deprimió un tanto al contacto del mástil de la lanza turca, las heridas de los enrodados no eran más que arañazos ó rasguños sin importancia. Así quiso probarles que se hallaron á merced suya. No siendo atacado directamente por ellos, se contentó con castigarlos como á escolares rebeldes. Esto lastimó su amor propio, y volvieron á casa con las orejas gachas.

—Si hubiera sido el caballero—decía Montaubert, á quien le dolía mucho la cabeza,— no nos hubiéramos librado con tan poco, pues tie-

ne demasiado interés en nuestra desaparición para perder tan buena ocasión de acabar con nosotros. Además, no eran aquéllas sus armas ni su modo de pelear, y con su carácter fogoso, era imposible que no soltase alguna exclamación.

Para los secuaces de Felipe de Mantua, y para este mismo, Lagardère continuaba siendo siempre simple caballero; ignoraban que el Regente le había hecho conde.

—Con todo, si esos dos hombres se coligaran, uniendo su fuerza y su audacia—dijo Taranne,—podríamos darnos por perdidos...; so pena de buscar siempre el camino opuesto al que ellos siguieran.

De Batz le seguía cojeando, apoyado en Oriol y Lavallade, que volvieron al lugar del suceso al desaparecer el peligro. El ex-negociante estaba muy ufano con el comportamiento de sus cortas piernas.

—Todo eso es muy bonito—dijo Nocé,—y debemos felicitarnos por haber escapado con vida. Muy bien; pero el caso es que hemos quedado cuatro medio lisiados, y que tenemos que explicar á Gonzaga...

—¿Qué le diremos?—preguntó ansiosamente Oriol.—¡Nos había recomendado tanto que no nos metiéramos con el turco! El mismo Peyrolles nos previno.

La situación era embarazosa. Lo porvenir se presentaba á breve plazo amenazador de tempestades y complicaciones.

—La culpa es nuestra—gruñó Lavallade—por meternos donde nadie nos llamaba.

—¿Culpa nuestra?—preguntó Oriol.—Di que la culpa es de Nocé. Él fué quien nos metió en este callejón sin salida.

—¡Voto á Belcebú!—exclamó furioso Nocé.—¡Bien os sienta lamentaros!. ¿Dónde estabais, si se puede saber, cuando llovían los estacazos cuyas señales conservamos?

—Nosotros no buscábamos á Lagardère—replicó Lavallade muy picado,—y no es culpa nuestra si al ver un jorobado habéis creído todo el campo orégano, sin figuraros en vuestra soberbia que pudiera salirnos la criada responsable.

La discusión comenzaba á agriarse. Es posible que, á tener el brazo sano, Nocé hubiera echado mano á su tizona para argumentar.

—Pero ¿estáis locos?—interrumpió Taranne.—Lo que necesitamos no es indisponernos por tontunas, sino ponernos de acuerdo. Sentémonos un instante en estas gradas, y hablemos. ¿Cuántos días vas á tener que arrastrar el ala?

—Cinco ó seis días; ¿y tú?

—Mi cinturón ha amortiguado el choque, y

si no fuera porque se me ha pegado la camisa al cuerpo, no creería que estaba herido. De Batz va á necesitar andar cojeando varios días. Montaubert es el más seriamente lesionado. Pues bien; lejos de censurar á los ilesos, debemos felicitarlos y felicitarnos, porque si vamos los seis maltrechos, no sé yo qué razones hubiéramos podido dar.

—¿Y cuáles pretendes invocar?

—Pretendo que no se trate del turco para nada. No hubo cadáveres, la policía no interviendrá, y ese pobre diablo no hablará, porque es mudo. Los mendigos y los malandrines huyeron, y no han visto nada.

—Tienes razón. Podemos decir que fuimos atacados por un grupo de malandrines que huyeron en cuanto echamos mano á la espada. Lejos de censurarnos, nos compadecerán.

—Nos compadecerán tanto más, cuanto que mañana es el matrimonio del Príncipe y asistiremos todos—añadió Taranne;—tú, con tu brazo en cabestrillo; de Batz, sostenido por alguien; Montaubert, con la cabeza vendada; y si yo no puedo enseñar mi herida, podré hablar de ella. Pero ni esta noche, ni mañana, ni nunca, no aludamos por nada al turco.

De acuerdo todos, fueron á hacerse curar y se presentaron al Príncipe, que comenzaba á extrañarse por su ausencia.

—¿Y qué? ¿Qué opináis del supuesto Lagardère? Ya me ha dicho Peyrolles que la recepción que os hizo fué muy fría.

—Es un grosero—contestó Nocé.—Mi primer impulso fué darle una lección de cortesía; pero lo mejor es el desprecio para gentes de esa calaña.

Felipe de Mantua estaba escribiendo: no levantó la cabeza y no vió á sus secuaces; pero entonces entró Peyrolles, y dijo admirado:

—¿Qué es eso, señores? ¿Os habéis batido?

—¡Batido!—exclamó Gonzaga volviéndose. ¿Y con quién?

—¿Con quién? ¡El Diablo nos lleve si lo sabemos, señor! No nos dieron tiempo sino para recibir unos golpes, y cuando pudimos echar mano á las espadas, nos hallamos solos. Eran de esos malandrines que hormiguean por las calles de la villa.

—Me quejaré al Rey—dijo Gonzaga.

—Es dudoso que el Rey pueda pensar en estos momentos en cosa tan insignificante. Montaubert recibió un fuerte golpe en el cráneo; de Batz, tiene una pierna ligeramente arañada; Taranne, un rasguño en el costado, y yo, un estacazo en el hombro. Son heridas de las cuales no vale la pena preocuparse.

—Bueno: idos á descansar. ¿Puedo contar

con que mañana á las once asistáis á la ceremonia nupcial en San Isidro?

—No faltaremos, Monseñor.

Los enrodados se retiraron muy satisfechos del buen cariz que tomaba su asunto.

Al día siguiente el Alcázar tuvo desde el amanecer aspecto de gran gala. Tapices preciosos y grupos de banderas y gallardetes adornaban las fachadas del Palacio, y multitud de aristócratas, muchos de ellos llegados de provincias para la solemne ceremonia, invadían los salones.

En un ángulo del patio, como gigantesco hongo, veíase la tienda del turco; pero vacía. Aunque seguía su mula en las caballerizas, Sulkham no había vuelto desde que salió á pasar la noche anterior. Alguien creyó conveniente avisar al Rey.

Cierto que el musulmán no iba á figurar en el cortejo nupcial ni franquearía las puertas de la iglesia; pero en aquellos tiempos, en que el puñal ó el veneno amenazaban la vida de los Reyes y sus familias, la desaparición súbita del misterioso turco, de antecedentes desconocidos y que se había deslizado subrepticamente en Palacio, y revuelto la villa, podía dar lugar á muchos comentarios. Felipe V, débil y pusilánime, arrepentíase de haberle concedido su favor, que quizás había atraído la desgracia

sobre su casa. Furioso en alto grado, ordenó que se registrara toda la población hasta dar con el islamita, costara lo que costase.

Gonzaga se presentó en el Alcázar á las diez, y el mismo Rey le anunció la desaparición de Sulkham, confiándole sus recelos.

—Tranquilícese Vuestra Majestad. El turco habrá caído en alguna emboscada, menos feliz que los gentiles hombres de mi casa, que atacados ayer por malandrines y pícaros, escaparon afortunadamente con heridas insignificantes. Madrid no está seguro estos días, y vuestra policía, señor, es impotente con tal concurso de forasteros.

—¡Ojalá sea verdad!—exclamó el Rey, asiéndose á la tabla que le tendía Gonzaga, pues se sentía ahogado por sus mortales inquietudes.

—Sin embargo, he mandado tomar toda clase de precauciones. Gracias, Príncipe. Ahora preparaos para seguirmos á San Isidro

Durante esta conversación un gran señor, anciano, de andar vacilante y cabellos plateados por la edad, desconocido tanto del Rey como de Gonzaga, había escuchado atentamente. Terminado el diálogo se sentó en un sillón de la antecámara con la barbilla apoyada en una mano, y viendo con mirada indiferente pasar y repasar á los cortesanos. Había muchos así en el Alcázar, de los cuales nadie se preocupaba.

Las campanas de todas las iglesias de Madrid comenzaron á repicar lanzadas á vuelo, y se formó el cortejo. Sería fastidioso describir la pompa y magnificencia desplegada con tal motivo. Cuando entraron en la Catedral no había noticias de Sulkham; pero el Rey se había tranquilizado, y hasta lanzó una mirada de simpatía á los enrodados del de Mantua, en especial á Montaubert, que parecía llevar un turbante.

El pueblo de Madrid se entusiasmó con las bodas, y aclamó á Reyes y Príncipes, lo mismo que el de París con ocasión de la boda de su buen rey Luis XV. Todavía no se pensaba en la guillotina.

Felipe V había recobrado todo su buen humor, olvidando al turco de las siluetas.

El besamanos fué brillante. Uno de los últimos nobles que desfilaron ante las reales personas fué el anciano gran señor de que hemos hecho mención. Dijo que vivía recluso en su castillo en el fondo de Andalucía, pero que no quiso morir sin tener el honor de haber visto á lo menos una vez á sus Soberanos y rendirles personalmente el debido acatamiento. Felipe V, conmovido, se puso en pie y le abrazó; la nueva Princesa de Asturias le estrechó la mano.

Á eso de las diez de la noche madame de

Soubisse halló ocasión de dar al Monarca la carta del Regente. El Rey la leyó, y frunció el ceño.

—¿Conocéis lo que contiene este pliego, señora?

—Lo ignoro en absoluto, señor. Cumpló la orden de Su Alteza, y debo llevarle la respuesta. Ya sabe Vuestra Majestad que parto mañana.

—Pues bien; nos conformaremos con los deseos de nuestro primo el Regente, aunque tenga que sernos muy penoso y difícil. Vos que sois una dama capaz de guardar un secreto y de dar un consejo, indicadnos un medio de expulsar de nuestro reino inmediatamente á Felipe de Gonzaga.

—¿Acaso Vuestra Majestad puede tener confianza en ese traidor y asesino?

—¿Qué decís, señora?

—La verdad, señor. Está probado y fallado. La señora Princesa puede daros pormenores, pues la historia es larga de contar.

—Está bien; os creemos, y resolveremos en consecuencia.

Momentos después se presentaba al Monarca el Alcalde mayor, seguido de dos mendigos.

—¿Quiere saber Vuestra Majestad lo que fué del turco de las siluetas?

—¿Qué habéis averiguado?

—Debe de haber sido muerto anoche, y su cadáver arrojado sin duda al Manzanares, porque no parece.

—¿Quién le ha matado?

—Según éstos que me acompañan y otros á quienes he interrogado, han sido los gentileshombres de la casa del señor príncipe de Gonzaga.

Los ojos del Rey animáronse con llamarcas de cólera, y estrujó la carta del Regente, que aún tenía en la mano.

—¿Está en los salones el Príncipe?

—Acabo de verle, señor.

—¡Id á prender inmediatamente á esos gentileshombres, y traedlos á mi presencia con todos los que los acusan!

Felipe V volvió á los salones sin poder ocultar su agitación, y el de Mantua, adulator y cortesano, le salió al paso preguntándole:

—¿No ha tenido Vuestra Majestad noticias de Sulkham?

—Las tendremos dentro de un cuarto de hora—repuso el Rey, volviéndole la espalda.

Gonzaga se dirigió hacia el noble anciano andaluz, y para establecer conversación con él le interrogó acerca del turco.

—No sólo he oído hablar de él, sino que le vi anoche.

—¿Anoche? ¿Podiais decirme á qué hora?

—Á eso de media noche.

—¿Dónde?

—En la Morería.

—¡Pardiez! ¡Es un informe precioso! ¿Tendriais inconveniente en repetir á Su Majestad lo que acabáis de decirme?

—Ninguno, caballero.

El Príncipe se adelantó hacia el Monarca acompañado del andaluz, y le dijo:

—Permítame Vuesta Majestad: este caballero ha visto anoche á las doce á Sulkman, y podía dar á Vuestra Majestad algunos pormenores.

Felipe V miró fijamente á Gonzaga, que no comprendió el alcance de aquella mirada, é invitó al anciano á que se explicase.

—Vagaba yo anoche, señor, por las orillas del Manzanares, y me interné sin rumbo alguno por las calles de la Morería. De pronto un tumulto de voces y pasos hirió mis oídos, y me metí en una travesía. Vi pasar al turco de las siluetas, de que tanto me habían hablado desde mi llegada á Madrid, y tras él una turba de mendigos y malandrines. Entre ellos iban unos cuantos monjes, supongo que apócrifos, y seis ú ocho caballeros, que eran los que parecían excitar á las turbas. Oí palabras que no pude comprender: tratábase de un pirata, de San Isidro y de la Inquisición. Cuando me disponía á salir de la sombra vi que todos huían, y á lo

lejos el turco esgrimió su lanza y su cimitarra contra los seis caballeros de que antes hablé. Mi primer pensamiento fué acudir en socorro del que luchaba solo contra seis; pero vi que no hacía falta mi intervención. Le mataron, pero salieron heridos. Oí pronunciar el nombre de uno de ellos...

Se había formado círculo en rededor de los tres, y reinaba en el salón un silencio glacial; sólo se oía la voz trémula, pero serena y firme del anciano.

—¿Y ese nombre?

—Era Nocé, señor.

Felipe de Mantua palideció:

—¡Imposible, caballero! Nocé es uno de mis gentileshombres, y yo salgo fiador de que, lejos de haber atacado á nadie, tuvieron que defenderse del ataque de varios malandrines.

El anciano irguió con altivez su venerable cabeza.

—Aquél salió herido en el hombro. Yo digo lo que vi. Las nubes velaron la Luna, y ya no pude ver al turco. Cuando los caballeros se fueron llegué, busqué por todas partes, y no pude hallarle por ninguna. No puedo afirmar si ha muerto; pero si afirmo por mi honor que luchó contra los seis caballeros, uno de los cuales se llama Nocé.

Gonzaga se tambaleó.

—Sentaos, Príncipe—le dijo irónicamente el Rey;—no tardaremos en saber si tenéis gentileshombres ó asesinos en vuestra casa.

XV

Tribunal regio.

No había memoria de que en la corte de Madrid el ansia de hacer justicia hubiera convertido en audiencia una recepción palatina. Y tal fué lo que ocurrió aquella noche, cosa tanto más extraordinaria, cuanto que Felipe V no era hombre de resoluciones prontas. El secreto de la energía de que daba pruebas encerrábase en la carta del Regente, y como los cortesanos desconocían la existencia de semejante pliego, no podían menos de asombrarse.

Verdad que le interesaba Sulkham, que le distrajo agradablemente durante unos días, así como á sus cortesanos y á una parte de la villa: se le debían algunos miramientos y consideraciones por su habilidad y talento; pero de eso á interrumpir una fiesta palatina que era un acontecimiento dinástico, había mucha distancia. El turco sólo era un pretexto que llegaba

lejos el turco esgrimió su lanza y su cimitarra contra los seis caballeros de que antes hablé. Mi primer pensamiento fué acudir en socorro del que luchaba solo contra seis; pero vi que no hacía falta mi intervención. Le mataron, pero salieron heridos. Oí pronunciar el nombre de uno de ellos...

Se había formado círculo en rededor de los tres, y reinaba en el salón un silencio glacial; sólo se oía la voz trémula, pero serena y firme del anciano.

—¿Y ese nombre?

—Era Nocé, señor.

Felipe de Mantua palideció:

—¡Imposible, caballero! Nocé es uno de mis gentileshombres, y yo salgo fiador de que, lejos de haber atacado á nadie, tuvieron que defenderse del ataque de varios malandrines.

El anciano irguió con altivez su venerable cabeza.

—Aquél salió herido en el hombro. Yo digo lo que vi. Las nubes velaron la Luna, y ya no pude ver al turco. Cuando los caballeros se fueron llegué, busqué por todas partes, y no pude hallarle por ninguna. No puedo afirmar si ha muerto; pero si afirmo por mi honor que luchó contra los seis caballeros, uno de los cuales se llama Nocé.

Gonzaga se tambaleó.

—Sentaos, Príncipe—le dijo irónicamente el Rey;—no tardaremos en saber si tenéis gentileshombres ó asesinos en vuestra casa.

XV

Tribunal regio.

No había memoria de que en la corte de Madrid el ansia de hacer justicia hubiera convertido en audiencia una recepción palatina. Y tal fué lo que ocurrió aquella noche, cosa tanto más extraordinaria, cuanto que Felipe V no era hombre de resoluciones prontas. El secreto de la energía de que daba pruebas encerrábase en la carta del Regente, y como los cortesanos desconocían la existencia de semejante pliego, no podían menos de asombrarse.

Verdad que le interesaba Sulkham, que le distrajo agradablemente durante unos días, así como á sus cortesanos y á una parte de la villa: se le debían algunos miramientos y consideraciones por su habilidad y talento; pero de eso á interrumpir una fiesta palatina que era un acontecimiento dinástico, había mucha distancia. El turco sólo era un pretexto que llegaba

muy oportunamente, y que no debía desperdiciar. Así tendría motivo para cumplir los deseos del Regente de Francia, despeñando á Gonzaga de la cúspide del favor á la sima de la desgracia.

Los grandes de España no profesaban á aquel intruso gran simpatía, desconfiaban de su empalagosidad italiana, y evitaban su trato lo más que podían. El Rey invitó á las damas á que se sentasen en torno del salón, los caballeros se colocaron de pie tras ellas, el Soberano se sentó en medio al lado de la Reina y teniendo tras ellos á los Príncipes é Infantes y grandes dignatarios de la corte, y en medio de la mayor ansiedad por aquel aparato entró el Alcalde mayor.

Habló un instante con el Monarca, volvióse, hizo una seña, y entre un zaguante de albarderos entraron los gentileshombres de la casa de Gonzaga, incluso M. de Peyrolles. La inquietud pintábase en sus semblantes, y buscaron con los ojos al Príncipe en demanda de protección; pero el de Mantua estaba trastornado, ansioso, abatido.

Detúvose el grupo á pocos pasos del Rey, que hizo á Gonzaga seña de acercarse. Una vez que hubo obedecido le dijo al Monarca:

—Caballero, no hay un príncipe de mi casa ni un grande de mi corte que no se juzgue

responsable de los actos llevados á cabo por sus gentileshombres. ¿Asumís la misma responsabilidad por los vuestros?

—Sí; fío en su honradez y en su lealtad— repuso Felipe de Mantua paseando en torno suyo una altiva mirada.—Si hubieran cometido algún entuerto, yo lo sabría, y los habría castigado inmediatamente.

—Entonces, defendedlos de modo que su culpabilidad no nos haga creer en la vuestra.

El Príncipe estrujó los encajes de su chomera, y con la insolencia á que recurría en las grandes ocasiones adelantó un paso más hacia el Rey, y dijo con tono ligeramente desdeñoso:

—Interrogadme, señor.

—Caballeros—prosiguió el Monarca, encarándose con los *enrodados*,—servíos decirnos dónde estuvisteis y qué hicisteis anoche á eso de las doce. Señor de Nocé, responded por todos.

El interpelado comprendió que todo estaba perdido si no echaba mano de toda su audacia, é irguiendo insolentemente la cabeza hizo un relato fantástico del ataque de que fueron víctimas, y aun se permitió criticar lo desamparada que estaba la villa de alguaciles que protegiesen á las gentes honradas contra los malandrines. Así creyó imponerse al Soberano, cuya debilidad de carácter era conocida. Pero no sabía que el Rey

estaba decidido á castigar á Gonzaga y sus secuaces por satisfacer á toda costa los deseos del Regente de Francia.

—Es posible que las calles de nuestra corte no estén seguras cuando vos y vuestros compañeros os halláis en ellas. Y eso será en todo caso la única verdad que habéis dicho. En todo lo demás habéis mentido.

Los enrodados se estremecieron, las facciones de Gonzaga se contrajeron, y Nocé se mordió los labios.

—¿De qué se nos acusa?—preguntó éste.—Vuestra Majestad debe darnos á conocer nuestras supuestas culpas para poder defendernos.

—Se os acusa á vos, señor de Nocé y á cinco compañeros vuestros de haber matado anoche á eso de las doce al turco Sulkham y de haber hecho desaparecer su cadáver.

—Y nosotros juramos—exclamaron los seis alzando los brazos—no haber matado anoche ni al turco Sulkham ni á nadie.

Aquel juramento espontáneo impresionó favorablemente á los circunstantes. Felipe de Mantua, satisfecho, irguió más la cabeza.

—¿Quién nos acusa?

—Todos acaban de oír el relato hecho por un testigo irrecusable, y que está dispuesto á repetirlo si se lo rogamos. Además, el Alcalde mayor ha obtenido la declaración de otros

cuatro testigos. Todos ellos van á repetir ante Nos cuanto saben; y si todas las declaraciones están acordes, vuestras negativas no tendrán valor alguno: tanto más, cuanto que habéis principiado por mentir.

El Alcalde mayor hizo entrar primero á un monje, que juró por los Santos Evangelios decir verdad, y relató lo ocurrido hasta la repentina aparición del musulmán, la cual los puso en fuga, y repitió casi textualmente las incitaciones de Nocé á la multitud. Reconoció al caballero, y afirmó que no había visto caer á Sulkham. Los tres mendigos declararon sucesivamente lo mismo.

—Hasta ahora, señores, no aparecen los más mínimos indicios de vuestro supuesto ataque por unos malandrines. En vista de ello, ¿no tenía yo razón al afirmar que la calle era peligrosa cuando estabais en ella vosotros? Tenemos por un lado un paseante inofensivo, y por otro seis caballeros que excitan á la multitud con patrañas y la incitan á despedazar á un transeúnte. Nos hallamos con que este paseante es bastante valiente y arrojado para arrostrar el peligro y afrontarlo. Pero erais seis contra uno, y desde aquel momento nadie ha vuelto á verle. Vuestra primera mentira nos veda creer vuestro juramento. El homicidio se complica con el perjurio.

—Entre el juramento de ese monje y de esos mendigos y el de mis gentiles-hombres, señor, puede elegir Vuestra Majestad. Pero os ruego, señor, que no olvidéis que habéis hecho prometer doscientos doblones á quien os diera noticias de este turco, y por esa suma habrá cien mendigos y media docena de monjes dispuestos á jurar hasta que me han visto á mí mismo matarle.

El Rey miró á Gonzaga fríamente.

—Os olvidáis, Príncipe, de que ante vos mismo hace un instante que un noble hidalgo ha dicho lo mismo. ¿Le haréis la injuria de creerle capaz de venderse por doscientos doblones?

El italiano no quiso apurarse por tan poco. Por tal razón, y creyendo consagrar así la ventaja que suponía haber conquistado, replicó:

—¿Le conoce Vuestra Majestad? ¿Le ha visto hasta ayer? ¿No podría ser ese caballero, cuyo nombre y Nobleza desconocemos, el mismo asesino de ese Sulkham, cuyo homicidio achaca á los míos? En estos tiempos, señor, ningún soberano puede responder de sus súbditos si no los ha tratado con frecuencia.

El anciano irguió su alta estatura, y despidiendo rayos por los ojos se adelantó hacia el sillón real.

—Príncipe de Gonzaga — dijo enérgica-

mente,—mi Nobleza es tan alta como la vuestra, y mi nombre no ha sufrido mancha alguna. Mi adhesión y mi lealtad al Rey son desinteresadas; las vuestras son hijas de la bajeza y del cálculo. Yo no he dicho que vuestras gentes hayan matado á Sulkham; pero no sería el primer asesinato que cometieran, como tampoco sería el primer asesinato que cometerais vos mismo. Ayer á media noche se batieron los seis contra ese turco solo, y no vacilo en creer que lo hicieron así por orden vuestra.

—¡Miserable! ¡Insolente!—rugió Felipe de Mantua echando mano al acero.

El Monarca intervino:

—Dad vuestra espada al Alcalde mayor—ordenó severamente.—Os habéis olvidado de que estáis delante de Nos, y habéis delinquido: primero, insultando á quien es acaso más noble que vos y merece respeto por la nieve de sus cabellos, y después, por querer provocar un lance en nuestra presencia.

Gonzaga estaba lívido de cólera. Los circunstancias sufrieron un escalofrío al contemplarle como tigre encadenado; pero se dominó. Era de los que recurren á la astucia cuando la fuerza es inútil, y con gesto de supremo dolor entregó su espada al Alcalde murmurando:

—Suplico á Vuestra Majestad que me per-

done ese arrebato que me fué imposible contener; y si Vuestra Majestad considera que debe llevarse á mayor extremo mi humillación, estoy pronto á sufrirlo todo, fuerte en mi derecho, hasta tanto que resplandezca mi inocencia y la de mis gentiles-hombres. Entonces—continuó en voz más baja, lanzando llamas de furor por los ojos y dirigiéndose al anciano,—¡guay de vos! Hay afrentas que sólo pueden lavarse con sangre, y cuando la nieve de los años debilita el brazo, debe también paralizar la lengua.

El español murmuró irónicamente:

—Todas estas noches podéis hallarme á orillas del Manzanares; pero no acudáis solo, aunque solo habéis de encontrarme; que os acompañen vuestros siete satélites, pues quizás necesitéis de todos.

—Queda sentado—continuó Felipe V con gravedad—que el crimen fué premeditado. Las heridas de cuatro de vosotros demuestran que hubo lucha, y vuestro adversario ha desaparecido. No aguardamos más que vuestra confesión ó las pruebas evidentes de vuestra inocencia; pruebas que no creo estéis en la posibilidad de suministrar.

El Príncipe replicó:

—¿Y cómo han de probarlo, señor, si su testimonio no es igual que los de sus enemigos

en la balanza de Vuestra Majestad? Yo mismo qué puedo decir cuando ponéis mi palabra de príncipe por debajo de la de un hidalgo que chochea?

—No creemos en vuestra palabra, caballero. Desde hoy os desterramos de la corte y del suelo español.

—¿Á mí?—exclamó Gonzaga aterrado.

—Á vos. Y no creáis que vais á salir á vuestra guisa de España, con la cabeza levantada y la insolencia en los ojos. Hasta mañana vos y vuestras gentes permaneceréis presos en vuestro palacio, cuyas puertas guardará un piquete de nuestra guardia. Si de aquí á las diez de la mañana no ha parecido Sulkham, á quien mi ronda de alguaciles harán cuanto sea posible por hallar, partiréis hasta el puerto ó la frontera que elijáis, sin que os castigemos por haber urdido la trama, pero vuestras gentes quedarán aquí para ser castigadas ejemplarmente. Si parece Sulkham, podréis partir con ellos sin que se os castigue. Mañana al mediodía conoceréis vuestra suerte y estaréis dispuestos.

Imposible describir el furor de Gonzaga. Con, labios espumeantes, y ensangrentados los ojos apretaba los puños con impotente rabia. Los entrodados, poseidos de terror pánico, abrían desmesuradamente los ojos, y se apretaban ins-

tintivamente unos contra otros como bestias enloquecidas por el espanto.

—¿Dónde hallar la justicia cuando se ha divorciado del trono?—exclamó Gonzaga, olvidando que el Rey podía castigarle más severamente.—¿De qué sirven la lealtad y la nobleza si se relegan á la fila de los asesinos?

—¿No es la vuestra, Príncipe? ¿No os destruyó de Francia nuestro primo el Regente por hallarse vuestras manos tintas en sangre?

El de Mantua miró al Rey aturdido é intentó hablar; pero sus palabras ahogábanse en su garganta. Sin embargo, después de prodigioso esfuerzo pudo decir:

—Sí, señor; el Regente me acusó... sin pruebas. Fui juguete de una maquinación inicua combinada por un traidor y mal nacido, cuya sangre he de beber gota á gota. Acumuló contra mí mentiras sobre mentiras, infamias sobre infamias, y fué á él á quien creyeron, como ahora han creído más que á mí á tres mendigos, un fraile quizás apócrifo, y á un viejo que encubre su cobardía con sus canas.

Oyóse un murmullo en la asamblea. El anciano se irguió con altivez. Su mirada tranquila y grave irradiaba dignidad y audacia. Extendió el brazo y tocó el hombro de Gonzaga.

—Antes de pedirnos cuenta de este nuevo in-

sulto? queréis tener la bondad de proclamar el nombre de vuestro acusador en París, con quien me comparáis?

—¿Qué os importa?

—Importa mucho. Pero en el caso de que no queráis decirlo, no faltan aquí personas que podrán hacerlo. ¿Olvidáis que os halláis en presencia de la augusta hija del Regente de Francia? ¿No habéis advertido que os conocen sobradamente la señora de Ventadour y de Soubisse y que pueden afirmar que de los dos, vos y el otro, sólo uno tenía honra, y el que la tenía no llevaba vuestros vestidos?

El Príncipe estaba frenético.

—Vamos: decídnos su nombre, y, si lo queréis, os diré en cambio el mío.

—¡Enrique de Lagardère!—rugió Felipe.— ¡Y espero un día hallarle ante mi espada, como ansío veros á vos!

El Rey no se curó de interponerse: sin saber por qué, él y sus cortesanos sentían admiración y tenían fe en el valor y arrestos del anciano hidalgo.

—Tranquilizaos: mañana al mediodía me hallaréis frente á frente. Una vez arregladas vuestras cuentas con Su Majestad arreglaremos las nuestras, y confío en que, más feliz que Lagardère, encontraré frente á mi vuestro pecho, y no vuestra espalda.

—¿Qué queréis decir, señor mío?

—Que nunca se os encuentra cara á cara, porque huís.

Gonzaga soltó una carcajada que sonó á falsa.

—¿Quién os ha contado semejante cuento, seor matamoros?

El anciano pareció crecer en estatura. Brotándole chispas de los ojos adelantó un paso, y en medio del más profundo silencio dijo pausadamente:

—Me lo ha dicho el mismo Lagardère..., que soy yo. ¡Levanta la frente, Gonzaga, para que todo el mundo pueda ver el sitio en que mañana mi acero castigará tu infamia!

Y le tocó con el índice entre las dos cejas, sin que Felipe de Gonzaga osara levantar la frente.

XVI

Prisión vacía.

Gonzaga fué conducido á su morada por la Guardia real y con sus secuaces. Habitaba un grande y antiquísimo palacio que, construído primitivamente por los moros, había sufrido á causa de incendios y derribos inácabable serie

de transformaciones. No quedaban de la arquitectura arábica más que los muros y una infinidad de caprichosas escaleras y de puertas, muchas de ellas secretas. Dividido en tres cuerpos, uno lo habitaba Gonzaga, el opuesto sus *enrodados*, y el de enmedio Peyrolles, como lazo de unión entre éstos y aquél. Los criados, que eran en corto número y los más indispensables, ocupaban un departamento aislado. El mayor encanto de aquella morada era un magnífico jardín que se extendía hasta muy cerca del Manzanares, y que le permitía tener los mejores árboles de Madrid.

Después de devolver su espada al Príncipe, el Alcalde mayor tomó todas las disposiciones para impedir en absoluto la salida de los prisioneros, cerró todas las puertas exteriores, dispuso los centinelas, montó la guardia, y como medida de precaución dispuso que dos rondas de alguaciles dieran vuelta constantemente en sentido inverso de Palacio.

Despidióse el Alcalde del Príncipe, que le contestó con cierta impertinencia, por aquél desdeñada, y entró en sus habitaciones seguido de sus secuaces. Ordenó que les sirvieran de comer.

—Por ser la última noche que pasamos en Madrid, y ya que no podamos bailar en los salones del Alcázar, comamos y bebamos alegre-

—¿Qué queréis decir, señor mío?

—Que nunca se os encuentra cara á cara, porque huís.

Gonzaga soltó una carcajada que sonó á falsa.

—¿Quién os ha contado semejante cuento, seor matamoros?

El anciano pareció crecer en estatura. Brotándole chispas de los ojos adelantó un paso, y en medio del más profundo silencio dijo pausadamente:

—Me lo ha dicho el mismo Lagardère..., que soy yo. ¡Levanta la frente, Gonzaga, para que todo el mundo pueda ver el sitio en que mañana mi acero castigará tu infamia!

Y le tocó con el índice entre las dos cejas, sin que Felipe de Gonzaga osara levantar la frente.

XVI

Prisión vacía.

Gonzaga fué conducido á su morada por la Guardia real y con sus secuaces. Habitaba un grande y antiquísimo palacio que, construído primitivamente por los moros, había sufrido á causa de incendios y derribos inácabable serie

de transformaciones. No quedaban de la arquitectura arábica más que los muros y una infinidad de caprichosas escaleras y de puertas, muchas de ellas secretas. Dividido en tres cuerpos, uno lo habitaba Gonzaga, el opuesto sus *enrodados*, y el de enmedio Peyrolles, como lazo de unión entre éstos y aquél. Los criados, que eran en corto número y los más indispensables, ocupaban un departamento aislado. El mayor encanto de aquella morada era un magnífico jardín que se extendía hasta muy cerca del Manzanares, y que le permitía tener los mejores árboles de Madrid.

Después de devolver su espada al Príncipe, el Alcalde mayor tomó todas las disposiciones para impedir en absoluto la salida de los prisioneros, cerró todas las puertas exteriores, dispuso los centinelas, montó la guardia, y como medida de precaución dispuso que dos rondas de alguaciles dieran vuelta constantemente en sentido inverso de Palacio.

Despidióse el Alcalde del Príncipe, que le contestó con cierta impertinencia, por aquél desdeñada, y entró en sus habitaciones seguido de sus secuaces. Ordenó que les sirvieran de comer.

—Por ser la última noche que pasamos en Madrid, y ya que no podamos bailar en los salones del Alcázar, comamos y bebamos alegre-

mente. Quizás en el fondo de nuestros vasos encontremos el medio de burlarnos lindamente de Lagardère y del Rey.

Ya no era el hombre abatido y descorazonado de hacía un momento, sino la serpiente que yergue la cabeza y silba.

Antes de que saliera de Palacio Lagardère se había quitado la peluca blanca, mostrando su joven y varonil cabeza. Tan teatral efecto entusiasmó á la parte femenina de la asamblea, pues ninguna ignoraba la odisea caballeresca de aquel hombre asombroso, cuyas hazañas había engrandecido la fama al transmitirse de boca en boca. Y todos los caballeros le tendían la mano.

Lagardère gozaba con su triunfo, persuadido de que su misión estaba á punto de terminar. La dulce fisonomía de Aurora pasó ante sus ojos, y sólo los acordes de la música le sacaron de su arrobamiento. El Rey había dado orden de que comenzara el baile. Todos se hallaban satisfechos, y nadie dudaba de que era justa la expulsión de Gonzaga.

Enrique fué uno de los primeros que tuvieron el honor de danzar con la Reina y con la Princesa. Durante más de una hora fué el niño mimado de las damas españolas. Por eso, experimentó cierta contrariedad cuando Felipe

V le hizo seña para que se acercase á él y le llevó al hueco de un balcón.

—Caballero—le dijo Felipe,—no sabemos casi nada de vos, sino que sois una especie de héroe de novela, leal y bravo como los caballeros antiguos. Lo acaecido esta noche entre vos y el príncipe de Gonzaga nos obliga á pedir os explicaciones, si no os lo impide alguna razón. Pero si no hubiera ocurrido este incidente, habría sido igualmente desterrado del reino.

—Ya lo sé, señor. He sido el único que ha leído la carta de Su Alteza Real el Regente de Francia.

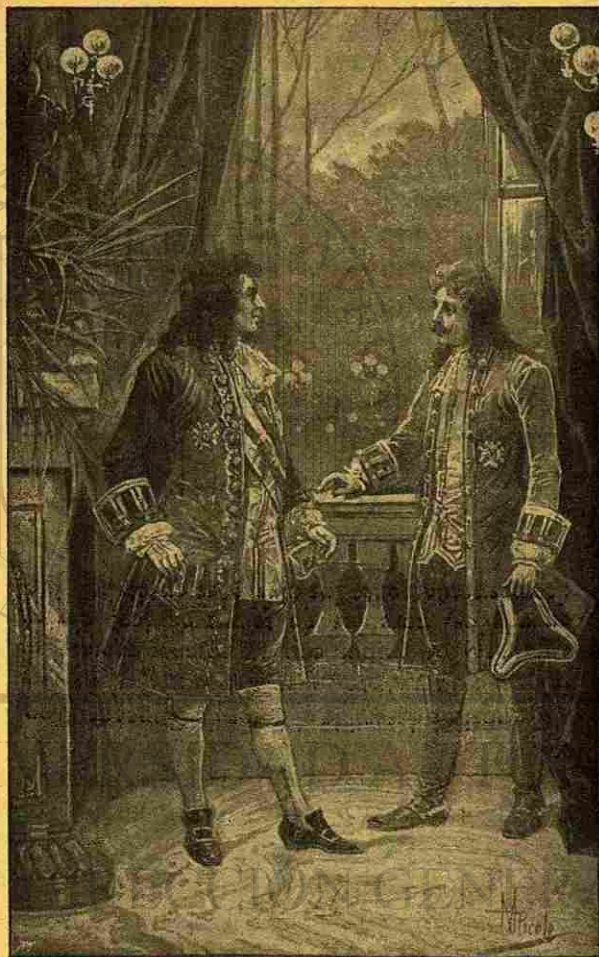
—No nos dice nada de vuestra presencia en España ni de vuestra enemistad con Mantua.

—Porque quería operar solo, y mi historia es larga. Si Vuestra Majestad desea conocerla, tendrá que armarse de paciencia para escucharla.

—Hablad, caballero: os escucharemos todo el tiempo que sea preciso.

Lagardère hizo el relato sin que el Rey le interrumpiese con una palabra; pero el rostro del Soberano expresaba ora la cólera, ya la indignación, bien el estupor ó la admiración sucesivamente.

—¿Y ahora qué vais á hacer?—preguntó al terminarse la relación.



Felipe V le hizo una seña para que se acercase á él.

—Matarle mañana, señor, como se lo he dicho. Entonces será libre, porque no han matado al turco sus secuaces. Por el contrario, Sulkham se contentó con darles una lección cuyas señales llevan. Acaso antes que termine el baile podré tener el honor de traerle á presencia de Vuestra Majestad.

—¿Sabéis—dijo el Monarca risueño—que sois un hombre atroz? Hace dos siglos quizás no hubierais escapado de ser quemado por brujo.

—Mi brujería consiste en querer; y mi voluntad en el momento actual se reduce á hacer expiar mañana sus infamias á dos criminales: Gonzaga y Peyrolles. Los demás sólo son comparsas, y les perdono la vida. Cuando la cabeza queda sin vida, los brazos se inmovilizan por sí mismos.

—¿No contáis con que la muerte puede volverse contra vos? Creemos de nuestro deber no permitirnos lo que deseáis.

—Señor, Felipe de Nevers aguarda su venganza—repuso Enrique como inspirado.—Cuando la hora designada por Dios para realizar su justicia haya sonado, nadie podrá detener mi brazo. Persiguiré á los asesinos por doquiera, y si no puedo lograr aquí la vida de esos dos desalmados, obtendré en otra parte la vida de todos.

—Podemos impedirlos que los sigáis.

—Aprisionadme, señor; pero me evadiré de la prisión; y si mandáis encadenarme, romperé los grillos. Mi venganza es sagrada: ya tuve el honor de decir á Vuestra Majestad que era necesaria, que había que hacer justicia.

Ante tal decisión el Soberano cedió.

—Pues bien, caballero; mañana, en nuestra presencia y ante la más alta Nobleza española, podéis luchar frente á frente y espada en mano contra Gonzaga y su factótum. Dios es justo; saldréis victorioso.

Le cogió del brazo y volvieron al salón, donde los circunstantes comentaban su larga ausencia. Pero no estuvo mucho rato el Conde allí: de pronto desapareció sin que nadie se hubiera dado cuenta de cómo y por dónde, y un cuarto de hora después aparecía en una de las puertas el jorobado y patizambo Sulkham con sus albornoces y su lanza. De pronto el islamita, sonriente y ufano, hendió la multitud que se agolpaba para contemplarle, y fué rodando hasta los pies de Felipe V.

—¿De dónde sales, Sulkham? ¿Qué te ha sucedido anoche?

El musulmán contó con señas expresivas que había reñido con los seis *enrodados* y había herido á cuatro.

—¿Los conoces?

El turco respondió que sí, y el Monarca le

dijo que al día siguiente le pondría ante ellos.

Entre las personas que acudieron á felicitarle no dejó de hacerlo expresivamente la hermosa duquesa de la Ciudad. El jorobado le hizo cortesanías reverencia, y de pronto le dijo con voz sonora y armoniosa, dejando estupefactos á los cortesanos:

—¿Queréis honrarme Duquesa, danzando conmigo esta gavota?

—¡Calle! ¡El mudo habla! Acepto, para ver sise enderezan esas piernas con la facilidad con que se ha desatado la lengua.

La Duquesa se había ruborizado al principio; pero sospechó en seguida que continuaba la racha de las sorpresas, y al ver sonreír al Rey aceptó, como hemos visto.

Bailaron. El caballero se había enderezado, y danzaba admirablemente. No quedaba del antiguo Sulkham el siluetista más que los albornoces, el turbante con la media luna y la joroba. Cuando terminó la danza sacó un par de tijeras de oro.

—La señora Duquesa tuvo la merced de obsequiar á Sulkham con estas tijeras hace pocas tardes. ¿Me permite conservarlas para obsequiar con ellas á mi novia?

—¡La novia del turco!—exclamaron varios.

—¿No nos la presentarás, Sulkham?—preguntaron algunas damas.

—¿Y quién es tu novia?—interrogó la Duquesa.

—Mi novia es Aurora de Nevers, y yo soy el conde Enrique de Lagardère.

Y quitándose armas, albornoz y turbante, apareció tal cual era entre las aclamaciones entusiastas de la concurrencia.

Felipe V gozaba con la sorpresa de todos. Sospechaba el caso por las palabras de Enrique, y no tuvo que pedir explicación alguna.

—Ahora nos toca hacernos un obsequio; no á Sulkham ni al anciano hidalgo andaluz—dijo quitándose el cordón de Isabel la Católica, —sino al noble y caballeroso conde de Lagardère, uno de los hombres más audaces y valerosos del otro lado de los Pirineos. El rey de España, Conde, os hace comendador de esta Orden, con aplauso de todos los que la componen.

Enrique hizo profunda reverencia, y en el acto se efectuó la solemne ceremonia. Al terminar, el Monarca dijo en voz baja al Conde:

—¡Quiera el Cielo que esta encomienda proteja mañana vuestro pecho!

Y mientras ocurrían tales cosas en el Alcázar, los enrodados terminaban su festín, sin que, por excepción, se hubieran embriagado, no obstante haber bebido copiosamente.

Á media noche Peyrolles despidió á los criados, y poco después fué á asegurarse de que

todos dormían en su pabellón. Gonzaga, insolente y burlón, escuchó un momento, el paso acompasado de los centinelas y dijo:

—Hoy habéis visto al anciano hidalgo andaluz transformarse en Lagardère. Mañana verán hacer lo mismo en el Alcázar á Sulkham. Por esta vez, Nocé, tuviste mejor olfato que yo, y buena fué tu idea de querer ver con la punta de la espada lo que ocultaba aquella joroba. Sólo que, francamente, nos has puesto á merced de nuestro adversario.

El gordo Oriol se estremeció.

—El Rey—murmuró—nos ofreció respetar nuestra vida si el turco parece, y acabáis de decir que le veremos mañana en el Alcázar, Monseñor.

—Fiarse en la palabra del Rey, es carecer de energía para fiarse uno de sí mismo. ¿No os he repetido mil veces que debemos seguir nuestro camino sin preocuparnos en lo más mínimo ni de esperanzas ni de promesas? Felipe V ha prometido; Lagardère ha amenazado. Ni uno ni otro cumplirán sus deseos. ¡Soy yo quien os lo afirma!

Inclinados hacia adelante, los enrodados bebían las palabras de su señor con ansiedad indescritible. Aquel hombre tenía una vez más su destino en la mano, y antes de decirles si iba á abrir ó á cerrar aquella mano, se rego-

cijaba con su miedo y jugaba con sus esperanzas.

De pronto dió un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¿Qué os parece de una residencia de algunos meses en Londres? Quizás obtuviéramos un buen lugar en la corte, y París no está más lejos de la capital de Inglaterra que de la de España.

—Para eso—objetó Nocé—tendríamos que pasar sobre los cadáveres de los guardias y de los corchetes.

—Ó por debajo—replicó el Príncipe.

—Si la noche fuera más oscura...

—Al contrario: necesitamos una noche clara. Enciende una antorcha, Montaubert. Coged vuestras espadas, señores.

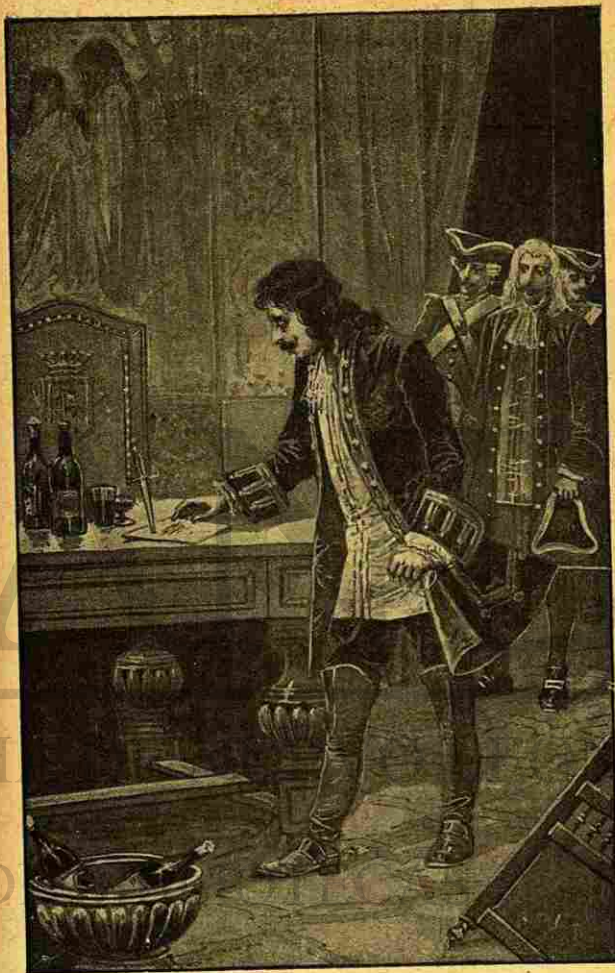
Vaciaron por despedida otra botella de jerez.

—Dejemos esas otras para los guardias—dijo burlonamente Gonzaga. — Su lengua se pegará al paladar cuando hallen el nido vacío, y el mismo Alcalde mayor tendrá sed, y necesitará algún tónico que sostenga sus fuerzas.

Y blandiendo la antorcha encendida por Montaubert, exclamó imperativamente.

—¡Seguidme!

Abrió una puerta que nadie conocía, y que



Pero en la mesa, clavado con un puñal, había un papel...

daba acceso á una escalera de caracol húmeda y negra que se sumía en las profundidades de la Tierra. Por un dédalo de corredores subterráneos salieron lejos de Madrid, donde tenían preparados caballos. Montaron, y se dirigieron á toda prisa hacia Lisboa para embarcarse allí con rumbo á la Gran Bretaña.

Lagardère registró por sí mismo el palacio del Príncipe, acompañado del Alcalde mayor y de los guardias. La jaula estaba vacía. Pero en la mesa, clavado con un puñal, había un papel escrito de puño y letra de Gonzaga, que decía:

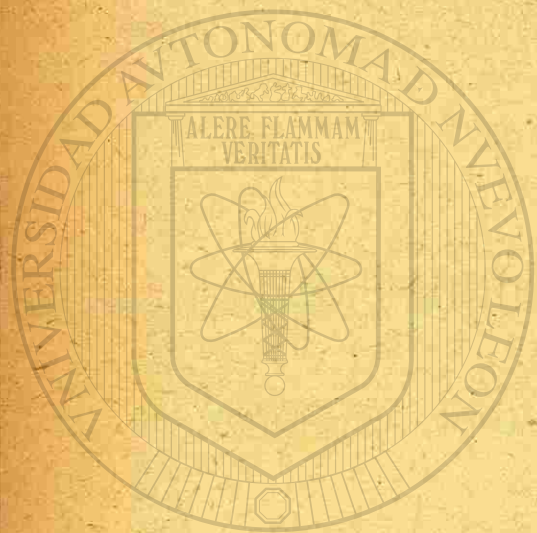
«Felipe de Mantua no huye ante la espada de Lagardère. Va á otro país á preparar su pérdida y la de Aurora de Nevers».

SEGUNDA PARTE

LA GRANGE-BATELIÈRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

I

La Courtille-Coquenard.

La Grange-Batelière comenzó por llamarse la *Grange Bataillière (Granchia-Batiliaca)*, dicese que en memoria del monje Abbou, del Campo de Marte, que en la novena centuria se extendía por todo el espacio comprendido entre Montmartre y París. En 1520 este campo de justas había desaparecido, y la denominación de *Batalladora* no tenía razón de ser. Por eso se transformó en la *Granja de los barcos* ó *Granja Batelera*, y la razón de este apelativo no es difícil de descubrir. Situada la granja en uno de los terrenos bajos, pantanosos, al cual aflúan todos los arroyuelos que descendían del Prado de San Gervasio, parecía un islote, y hallábase rodeada del agua que llenaba los antiguos fosos.

La *Granja-Batelière* era el punto de cita de los parisienses que querían hacer una partida de campo. Para entrar llamaban á la hija del granjero (que según las crónicas era muy hermosa), y ella acudía con su barca á pasarlos. En su casa encontraban los parisienses pan, manteca, leche, huevos, pollos y jamón, sazonado todo con alegría y amor. Las excursiones á la Granja-Batelera eran, pues, deliciosas.

En el siglo xvii la granja fué propiedad de Guido de Laval, y en ella se encontraban exquisitos pasteles y empanadas y excelente vino del cosechero, y corrompió su nombre de *Batelera* por el de *Gastadera*; pero en tiempos de Luis XV recobró el nombre anterior, aunque el gran albañal que reemplazó al arroyo de Montmartre, en vez de sanear el pantanoso barrio, sólo consiguió cargarle de fétidas emanaciones.

Aquel lugar era como una especie de cuartel general de mendigos y malandrines de baja estofa, vagos y pilletes que se trató de recluir en el Hospital General, y que preferían á un lecho de asilo aquella vida de libertad en el fango. El Sol no se levantaba nunca sin que retiraran del albañal algunos borrachos caídos á la salida de cualquiera de las tabernas de la *Courtille-Coquenard*. Por estas y otras razones nadie se curaba de edificar en aquel barrio, que

servía de cloaca á París, y que carecía de salubridad y de seguridad.

Rara vez los caballeros se aventuraban por aquel sitio de asechanzas y emboscadas. Algunos años más tarde toda aquella pillería había de ser desterrada de allí por otra clase de ladrones más terribles todavía, pues, protegida y poderosa, iba á armarse para desbalijar en grande no sólo á los particulares, sino al reino.

Por lo pronto, en derredor de la *courtille* elevábanse muchas hosterías que tenían su clientela particular, entre la cual difícil en sumo grado hubiera sido encontrar una persona honrada.

Ínútil es decir que las rivalidades de oficio y de corporación provocaban continuas riñas, en las cuales resultaban víctimas; pero el albañal recogía los cadáveres y nadie se preocupaba de ello.

Dos de estas tabernas gozaban de fama excepcional, y eran rivales implacables. Situadas frente á frente, la una se llamaba el *Mesón de los Sacamantecas*, y la otra *La Cueva Hedionda*. La primera era la guarida de los espadachines y matones: nadie podía entrar en ella sin llevar espada al cinto, y aquellos asesinos habían formado una especie de francmasonería que elegía un jefe vitalicio al que obedecían ciegamente. El mesonero era un afiliado: el jefe de

la temible asociación en la época de nuestro relato era un tal Blancrochet, esgrimidor habilísimo, y su teniente Damby; ambos se jactaban de diestros, y tenían academia de estocadas secretas. En el establecimiento no admitían mujeres, de cuya lengua desconfiaba, y casi siempre los mozos eran reclutados entre los mudos de nacimiento.

La *Cueva Hedionda* debía su nombre á una cloaca que bañaba un costado de la casa, y que en verano exhalaba un olor fétido muy acentuado. Cuando se desecó, halláronse entre las inmundicias huesos humanos que los clientes de la *Cueva* aseguraban haber arrojado en la cloaca los parroquianos del *Mesón de los Sacamantecas*. Contrariamente á ésta, la *Hedionda* estaba regida por mujeres. La tabernera era una picarda alta y fornida, robusta y gigantesca, bizca y que cojeaba un poco. La rodeaban media docena de marimachos por el estilo, aunque no tan feos, hembras de vida airada, con las pistolas cargadas al alcance de las manos y sus afilados puñales en la cintura. Bebían y trincaban con los clientes, y los desbalijaban cuando bien les parecía.

Aparte de que para entrar en la taberna de enfrente había que efectuar pruebas y presentar cartas de nobleza... criminal, los dos figones tenían poco más ó menos la misma clien-

tela. Allí los profesionales, los maestros del asesinato; aquí los aprendices, los aficionados, los aventureros. La policía no ponía nunca los pies en aquellos dos antros.

Gualter Gendry y *el Ballena* formaban parte de la francmasonería de los *Sacamantecas*. Ambos fueron recibidos por Blancrochet con los brazos abiertos, pues los conocía desde mucho antes y sabía muchas de sus hazañas.

Sin embargo, Gendry no se atrevió á presentar á sus cofrades los dos jóvenes asociados, pues para entrar en aquel figón no bastaba ser hijo de su papá, sino haber ganado por sí mismo las espuelas de oro del crimen. En consecuencia, Luján y Pinto se aposentaron en la *Cueva Hedionda*, cuya dueña los recibió lo más amablemente del mundo, tanto por lo guapos que eran como por creerlos demasiado pipiolos y fáciles de desplumar. Sin embargo, Gualter conocía las mañas de la mujerona, y con su previsión guardó las economías de los *munchachos* en lugar seguro; en su bolsillo.

Las dos parejas afectaban no conocerse; pero á buena distancia de los respectivos figones se reunían y entraban en París juntos, dispuestos siempre á obrar de acuerdo.

Lagardère seguía ausente de París. Siguiendo su recomendación, Aurora y Cruz continuaban reclusas en el palacio, al cual acudían

ásiduamente Chaverny y Navaille con propósito de distraerlas y alegrarlas en lo posible. Antonio Laho no salía de la casa y vigilaba incansablemente. En cuanto á Cocardasse y Passepoil, se aburrían de su forzosa inacción. No se atrevían á ausentarse del palacio; pero languidecían visiblemente: el gascón hasta se olvidaba de beber.

—¿No te parece, pichón, que el estarnos aquí metidos nos enmohece los brazos y las espadas?

—Tienes razón, mi noble amigo. ¡Y pensar que por esas calles hay cada palmito que da gloria verlos!

—Pues idos á contemplarlos—interrumpió Chaverny, que había entrado sin que le vieran.—¡Pardiez! ¡No hace falta que os quedéis aquí siempre! Os doy suelta por toda la tarde; pero no dejéis de estar de vuelta á la noche.

El semblante de los diestros se iluminó.

—Estaremos, á fe de Cocardasse. Vamos á ver si ese pícaro Sol está tan alto como antes, y volveremos cuando se vaya.

Una vez en la calle tomaron vientos, indecisos acerca del itinerario que debían seguir, y de común acuerdo, después de pesar el pro y el contra, enderezaron sus pasos hacia Montmartre, precisamente del lado de la *courtille* Coquenard. Las gentes más avisadas suelen te-

ner esas inspiraciones desdichadas que las impulsan á ir á los sitios que debían evitar. Nadie es señor de su destino: los dos diestros, que no dudaban de nada desde que estaban al servicio de Lagardère, hubieran ido tranquilamente al Infierno si creyeran que en él habían de divertirse. Desde Montmartre al gascón le pareció que París era mucho más pequeño de lo que se figuraba:

—¡Cuernos de Satanás! ¡Si alguna vez tuvieran la idea de cerrarnos al pichón y á nosotros dos las puertas de la ciudad, nos meteríamos la ciudad con puertas y todo en el bolsillo!

Y este discurso gascón dió á Cocardasse una sed endiablada. Pero tenían á pocos pasos la *Granja Batelera*, y Passepoil siguió á su compañero suspirando, pues él, más que sed de vino, tenía sed de amor.

II

En el figón: «La Cueva Hedionda»

Cocardasse y Passepoil, siempre de acuerdo en las circunstancias más graves de la vida, no lo estaban generalmente cuando se trataba

de futilidades. Cuando uno quería ir por la derecha, el otro prefería la izquierda, no por afán de contradecirse, sino por la disparidad de gustos predominantes. Colocados entre el *Mesón de los Sacamantecas* y *La Cueva Hedionda*, se hallaban como el asno de Buridan. El gascón, por la muestra, se inclinaba á penetrar en la primera, creyéndola centro de reunión de los gentileshombres parisienses, de la gente de espada; pero el normando entrevió unas faldas en la segunda, y fué de distinta opinión.

—¡Alto ahí!—exclamó.—Si hemos de gastar un escudo de plata, más vale que caiga en manos de una muchacha hermosa que en la escarcela de un bandido! Vamos á ésta.

—¡Siempre el sexo, mi pobre Amable!

—¿Y qué te importa á ti, con tal que te den de beber?

—¡Mal pecado! ¡Tienes razón! Vamos ahí, puesto que lo prefieres, y veremos si Baco y Venus siguen siendo buenos amigos.

No eran apenas las cuatro de la tarde. El figón estaba casi vacío: los habituales comensales hallábanse atareados en sus negocios, ó, mejor dicho, en los negocios de los otros; y la tabernera acogió á los dos diestros con la más melosa de sus sonrisas.

—¿Qué quieren que les sirvamos los señores? Pueden pedir lo que se les ofrezca: pastel

de venado, huevos, cerveza, vino, gallinas, un capón...

—¡Cuernos de Satanás! Ante todo queremos jugo de uva. Hemos venido mi amigo y yo á pie desde París, y tenemos la garganta seca.

—Perfectamente. Tengo un vinillo de Chartreux de Vauvert, de una viña que tenemos en arrendamiento, y con seguridad que no lo hay tan bueno en Paris. Probadlo.

Sirvióles inmediatamente. Á Cocardasse le pareció bueno, y comenzó á beber con íntima satisfacción. La figonera, con gran contrariedad de Passepoil, guardaba todas sus atenciones para el gascón; y tanto se insinuó, que éste se dió cuenta de ello y con su franqueza habitual exclamó:

—¡Cuernos de Satanás! ¡No he pretendido nunca invadir las tierras de mi compañero! Si tuviéramos los mismos gustos, ya nos hubiéramos agujereado el pellejo más de una vez; pero á mí no me engatusan las mujeres. La mejor hembra, en mi opinión, es la botella. Las demás me tienen sin cuidado.

Dióse por advertida el marimacho, y llamó á la puerta de Passepoil, que no deseaba sino abrir. Á ella el hombre letenía sin cuidado: lo que buscaba eran los escudos. En lo mejor de su labor de seducción se abrió la puerta del mesón

y entraron dos jóvenes. La tabernera frunció el ceño. Á ella no le estorbaban, pero podían estorbar al normando. El gascón se quedó mirándolos y dejó en la mesa el vaso, que se llevaba ya á los labios.

—¡Voto á bríos! Pollitos, me parece haberos visto en alguna parte. Decidme: ¿no habéis estado en nodriza por Bayona ó sus alrededores?

Los individuos habían comenzado á jugar á los dados y no hicieron caso. El gascón descargó un tremendo puñetazo en la mesa y se levantó. Acercóse á ellos, y gruñó malhumorado:

—Cuando Cocardasse os hace la honra de dirigiros la palabra, muñecos, hay que contestar, ¡mal pecado!

—Respondemos cuando nos place y se nos interroga en buena forma—contestaron ellos levantándose á la vez.—¿Qué queréis?

—Quiero saber dónde estabais antes de venir á París, y si no estabais hace poco rondando por la frontera de España.

—No tenemos que dar cuenta á nadie de nuestros actos, y menos á desconocidos.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Pues vais á dármela á mí!—rugió el gascón sacando su tizona.—Si mal no recuerdo, he hecho hablar antes que á vosotros á un español compañero vuestro, que tampoco quería decir nada.

Los dos jóvenes trocaron una mirada rápida, y se pusieron en guardia sin pronunciar palabra.

—Era un catalán llamado Morda—continuó el diestro,—á quien enseñé á bailar la danza del oso una noche que debéis de recordar. ¡Eh, Amable: mira un poco á estos pollitos! ¿No te parece que los hemos visto en Bayona?

Uno de los jóvenes soltó una carjacadá.

—¡Pardiez! ¡Este hombre está borracho! ¡Juraría que no ve bien! ¡Id á buscar semejanzas á otra parte, y dejadnos seguir nuestro juego, á menos que queráis jugar á otro que es peligroso.

¡Era prender fuego á la mecha. Passepoil se levantó, desenvainó á su vez, y los adversarios se colocaron frente á frente á los dos extremos de la sala. Ibo de Luján cara á Corcardasse, y Rafael Pinto vis á vis de Passepoil. Los aceros iban á cruzarse, cuando la figonera se plantó en medio de los combatientes empuñando una pistola en cada mano.

—¡Nadie se bate en mi casa sin mi permiso—exclamó,—y los caballeros que honran con su presencia mi hostería no salen de ella con los pies para adelantel Partis, indudablemente, de un error. Envainad y explicaos. Hablando se entiende la gente.

El primero que obedeció fué el normando. Aquel acto de la hostelería centuplicó la admiración que por ella sentía!

—¡Abajo las armas, señores; remitámonos al fallo de la belleza.

Naturalmente, al marimacho le tenían sin cuidado los lances, y más de una vez habían salido cadáveres los que entraron en el figón llenos de vida; pero después de desplumados, no antes. Y como se había propuesto estrujar la bolsa de Passepoil y no quería hacerlo de una vez (ni tuvo tiempo), intervino para no perder las plumas con que contaba. En su opinión, los jóvenes darían buena cuenta de los nuevos clientes, y claro, entonces no perdería ella nada; pero podía hacer el Diabolo que resultase lo contrario, y entonces no volverían más por la *Cueva Hedionda*.

Para calmar la cólera de Cocardasse le sirvió de beber, y luego, con objeto de reconciliarlos, invitó á los jóvenes. Cuando hubieron vaciado juntos unas botellas la conversación tomó otro giro:

—Sin embargo—continuó el gascón, preocupado con su idea,—hubiera jurado que os había visto en Bayona.

—Llegamos de Marsella hace seis días.

—Y decidme: ¿no conocéis á Gualter Gendry?

—¿Gualter Gendry? ¿Quién es? Nunca he oído ese nombre.

—Ni yo tampoco.

—¿Y el *Ballena*?

Echáronse á reír.

—¡Pues chocad, sangre de Cristo! Recibid mis excusas. Traednos dos jarros más, hermosa, y haced el favor de acompañarnos. Cocardasse siempre honró el valor de las mujeres y la juventud. ¡Vive Dios!...

Si se jugaba firme, se trincaba y se batían en los figones del centro de París en las barbas del gobernador M. de Tasmés, calcúlese lo que podría pasar en los parajes donde no se atrevía á penetrar la policía y donde el juego, el amor y el crimen campaban á sus anchas y sin trabas.

En la *Cueva Hedionda* se jugaba menos fuerte que en los garitos de la princesa de Cariguau; pero una parte de las ganancias pasaba al bolsillo de la figonera, que tenía organizado el juego á su manera y en favor suyo.

Cocardasse, medio embriagado por el vinillo de Vauvert y Passepoil por el amor de la mesonera, eran fáciles de desbalijar; pero el marimacho no quería escamarlos por temor de que no volbiesen otro día, y con ánimo de desplumarlos poco á poco.

Ibo de Luján y Rafael Pinto por su parte

pretendían hacerlos volver otra tarde para ponerse de acuerdo con Gendry y el *Balleua*, ó, en todo caso, que no se fueran hasta la noche, y entonces los acompañarían á París; y como habían de hallar en el camino á sus dos camaradas, podían ver lo que les convenía hacer.

Todos tenían, pues, interés en tratar bien aquella tarde á los dos diestros, y éstos no tuvieron que desembolsar más que unos escudos de plata por sus pérdidas en el juego y el vino bebido. Cada vez que se iba de la mesa la mesonera, Luján, dando con la rodilla al normando, le decía:

—¡Nadie sabe lo que encierra la cabeza de las mujeres, monsieur Pazeipoil! ¡Ésa ha resistido firme á más de un galán aceptable! Sin ir más lejos, á nosotros.

—Y sin embargo, sois jóvenes—contestaba el normando con cierta fatuidad.

—Jóvenes y nada feos. Sin embargo, no tiene ojos sino para vos: la habéis flechado.

Cocardasse aprobó, diciendo:

—¡El amor es ciego!

Y Pinto añadía:

—¡Pero no se ganó Zamora en una hora! Como volváis mañana ó cualquiera de estas noches...

Estas palabras recordaron á Passepoil la

promesa hecha á Chaverny: se levantó, é hizo seña á su compañero. La figonera acudió.

—¿Cómo es eso, caballeros? Precisamente acabo de poner un capón en el asador para vuestra cena: yo creía que no os iríais antes de media noche.

—¡Imposible!—replicó el gascón.—La invitación es amabilísima, y la compañía también; pero, ¡voto á bríos!, cenamos esta noche con una princesa á quien hemos dado palabra de no faltar.

La figonera hizo á Passepoil varias moneñas y le dijo:

—Por ésta noche pase tu princesa; pero soy celosa. Júrame que mañana estarás aquí más rato.

—¡Te lo juro!

—¡Eh, palomos! ¡Basta de arrullarse, y vamos!

—¿Me promete volver mañana, M. Cocardasse? ¿Seréis de los nuestros?

—¡Desde luego; vuestro vino me place. ¡Vamos!

—Tengo vuestra palabra, señores. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana!—repitieron Pinto y Luján.

Y los dos diestros se fueron tan ufanos á

París, sin sospechar que acababan de meterse en la boca del lobo.

III

**Que comienza bien, prosigue mal,
y termina admirablemente.**

Lo que tan fácilmente habían prometido era difícil de cumplir. En ayunas los dos diestros diéronse cuenta de que no podían ausentarse del palacio de Nevers por la noche sin el consentimiento de Chaverny, pues aunque el Marquesito no era su señor, representaba interinamente á Lagardère, y ni al gascón ni el normando estaban dispuestos por nada á incurrir en el desagrado del parisiensito.

—¡Voto á bríos! ¿Cómo haremos?

—¿Cómo haremos?—repitió como un eco Passepoil.

Ambos se sentían detenidos por el puntillo de honra del hombre de armas á quien confían un puesto que guardar; pero ardían en deseos de ir á la taberna, y buscaban ansiosos un subterfugio.

—¡Y ese maldito Chaverny vá á enviarnos á paseol

—¡Y no nos dejará salir!

—¡Busca un medio, Passepoil!

—¡Búscales tú, Cocardasse!

—No hallo más que uno..., y me parece malo.

—Dilo. Entre los dos, ¡tripas de un ciervo! quizás lo hagamos bueno.

Cocardasse no sospechó que su compañero pudiera chancearse.

—Escarlar los muros cuando todos duerman, y...

—Laho vela toda la noche. Además, las puertas de la ciudad estarán cerradas... ¡Busca otro medio, Cocardasse!

—¿Por qué no le buscas tú?

No hubieran cavilado tanto á tratarse de asesinar al Regente.

—No podemos decir al Marqués que vamos á la *Cueva Hedibonda*.

—¿Estás loco, pequeño? Más valdría pedirle permiso para ir á cantar maitines á los Franciscanos.

—Entonces..

—¡Sangre de Cristol Digámosle que vamos al teatro.

—¡Bravo, mi noble amigo! ¡Ha sido una idea genial! Pero ¿y si nos pregunta mañana qué es lo que hemos visto?

—¡Voto á sanes! ¡Pierdes la cabeza, Ama-

ble! ¿Hay más que decirle que no había ya localidades?

—¡Eres un grande hombre, Cocardasse!

—Siempre me lo han dicho así, Amable. ¡Vamos!

Pusiéronse incontinenti en busca del Marqués, persuadidos de que estaba ganada por adelantado su causa. Pero una vez en su presencia parecieron apostar tácitamente á quién no hablaría. Los dos daban vueltas á sus sombreros y se empujaba con el hombro mutuamente, invitándose á dar explicaciones. Chaverny se echó á reir y preguntó:

—Veamos: ¿qué demonios tenéis que decirme?

El normando se aventuró á responder:

—Es que quisiéramos irnos á la Ópera.

—¿Á la Ópera vosotros? ¿Y cuándo?

—Esta noche.

El Marqués soltó la carcajada. Luego pareció reflexionar y replicó:

—Pues, amigos, habéis escogido mala noche, porque hoy no hay función en la Ópera.

Los dos diestros se miraron consternadísimos. Su plan, tan laboriosamente combinado, flaqueaba por su base, y ya no les quedaba pretexto que invocar.

—Hablád francamente—dijo el Marqués,

interpretando su turbación á su manera.—¿Tenéis que vigilar á alguien?

Fué un rayo de luz para Cocardasse, que se agarró ansioso á aquel cable que le tendían.

—¡Mal pecado!—exclamó.—¡Este M. de Chaverny es un adivino!

Pues bien, sí, ¡cuernos de Lucifer! ¡Eso es! Hemos visto ayer dos cabezas que nos recuerdan algo, y deseáramos saber en qué se ocupan por la noche.

—Eso me basta. Idos; pero prudencia: nada de riñas ni de escándalo. Y mañana me diréis lo que haya.

Exactamente al mismo minuto cuatro hombres á quienes conocemos se preocupaban mucho de Cocardasse y Passepoil en una taberna de la calle Guisarde: Gendry, el *Ballena*, Pinto y Luján.

—El mejor medio para entrar en una parte—decía el primero—es matar los perros que la custodian. Una vez que acabemos con esos dos, los otros no serán de cuidado.

—Hay que tener cuidado con sus mordeduras—dijo el segundo.—Esos perros tienen colmillos muy fuertes.

—Lo principal lo haremos nosotros—replicó Luján, muy ufano por mostrarse á la altura de su misión y probar que si no tenía bastantes años, sobrabanle valor y audacia.

Os los llevaremos sin desconfianza alguna hasta el albañal—añadió Rafael Pinto,—y por lo menos uno de los dos estará borracho.

—Cuando Cocardasse se bate—objetó el *Ballena*, siempre prudente—recobra la serenidad como por ensalmo.

—Si no sois capaces los dos de arrojarlos al albañal vivos ó muertos, nosotros os ayudaremos—dijeron los jóvenes.

—¡Voto á Lucifer! ¡Pollitos—exclamó Gendry,—haremos algo de vosotros! Queda convenido. Cuando salgáis de la taberna os seguiremos primero á veinte pasos, y en el momento oportuno os alcanzaremos.

El *Ballena* soltó una carcajada fúnebre.

—¡Dos estocadas por la espalda, y pin, pan! ¡Cocardasse habrá bebido su último trago—dijo!

Los bandidos se concertaron aún algunos instantes, y separáronse las dos parejas para dirigirse á las dos tabernas rivales de *La Granja Batelera*. Estaban tanto más seguros de conseguir lo que se proponían, cuanto que en caso de apuro les bastaría dar una voz para obtener el socorro de varios malandrines de los *Sacamantecas*.

Contaban sin la casualidad, árbitro de los sucesos. El hombre propone, y Dios dispone; y con frecuencia Dios se vale de la mujer

como instrumento para realizar sus planes. Gualter Gendry habíase propuesto quitar la vida á los dos diestros; pero fueron las actrices y bailarinas de la Ópera las que dispusieron.

Así es el mundo.

Quizás se asombren los lectores de que éstas se encontrasen con aquéllos, puesto que aquella noche no había función, y además, sabemos que Cocardasse y Passepoil no tenían la menor intención de ir á la Ópera, y que no había la más insignificante relación entre las sacerdotisas de Terpsicore y los dos diestros. Sólo las montañas no se encuentran; pero los espadachines y las bailarinas que se van por esos trigos de Dios de holgorio, alguna vez han de poder hallarse frente á frente.

Ya dijimos que la Nobleza no se aventuraba por el lado de la *Granja Batelera*, y la burguesía mucho menos. Sin embargo, hay cabezas destornilladas que se meten en las peores aventuras con despreocupación sin igual.

Un grupo de bailarinas y actrices, capitaneado por la Neville, que se aburría desde que ya no tenía á Oriol para hacerle blanco de sus farsas, y que habían sido compañeras de orgías, puesto que tenían que ver con Gonzaga y sus enrodados, decidieron aquella tarde ir al albañal de Montmartre en dos carrozas de alquiler. Desde hacía tiempo se mostraban inco-

rruptibles á las seducciones de los concurrentes al coliseo, como si estuviesen pletóricas de desprecio por el sexo fuerte.

La partida fué muy alegre. Las damas se divertieron muchísimo, y Cidalisa se puso más que alegre. Al ir á regresar observaron que uno de los cocheros estaba casi ebrio. Á poco de echar andar se metió en un lodazal, y tras que estuvo á pique de volcar el carruaje, salpicó de lodo á las cuatro damas que iban en él. La jira amenazaba terminar mal. La carroza sufrió algo por el golpe. La otra podía haber llegado en poco tiempo á París y regresar á buscar á las demás; pero la Nivelle no lo consintió.

—Todas juntas vinimos, y juntas volveremos.

Sus tres compañeras de carruaje, también manchadas de lodo como ella, fueron de la misma opinión y se impusieron.

—¡Bueno!—dijo el cochero emborrachado después de arreglar correas y arneses.—¡Ahora trataremos de ir derecho!

—¡Derecho y aprisa!—ordenó la Nivelle.

—¡Ah! ¡Lo que es eso, va á ser más difícil! El mejor medio de llegar á París es ir al paso.

Y dando trompicones comenzó á rodar la carroza, seguida de la que estaba en perfecto es-

tado. La Luna no podía atravesar la niebla con sus débiles rayos, y los reverberos brillaban por su ausencia. Hacía un rato que parecían rondar á poca distancia de los carruajes unas sombras movibles y sospechosas: algunas de ella se aventuraron á pasar muy cerca de los vehículos y á mirar al interior. Algunas de aquellas damas, por excepción, eran ó se creían valientes; pero la mayoría comenzaron á temblar al aproximarse aquellos mal encarados personajes, y lamentando la imprudencia del paseo, juraron no volver más á la *Granja Batelera*, si acaso escapaban con vida.

Todas se dieron cuenta del peligro, y la alarma fué general. Con uno de los cocheros no podían contar; el otro parecía poco valiente, y todo lo más que haría sería echar á galope los caballos, aunque precipitara carroza y tronco en alguna sima ó en el albañal. En esto un silbido repetido las heló de espanto. Una docena de hombres se precipitaron á sujetar por las bridas á los caballos, y cuatro de ellos destacáronse á las portezuelas diciendo:

—¡Jóvenes, la bolsa en primer lugar! ¡Después veremos!

—¡Y son preciosas las palomas!—exclamó uno.

Cidalisa, que dormía la mona, abrió un ojo y dijo:

—¿Que escándalo es éste? ¿Queréis dejarme dormir?

Ninguna tuvo ánimos para pedir auxilio; solo la Nivelle acertó á gritar:

—¡Socorro!... ¡Atacan á unas mujeres!

Una mano ruda y grande le tapó la boca y la obligó á sentarse: en un momento fué amordazada con sus propias ropas, y los bandidos comenzaron á registrarlas y despojarlas de joyas y dinero.

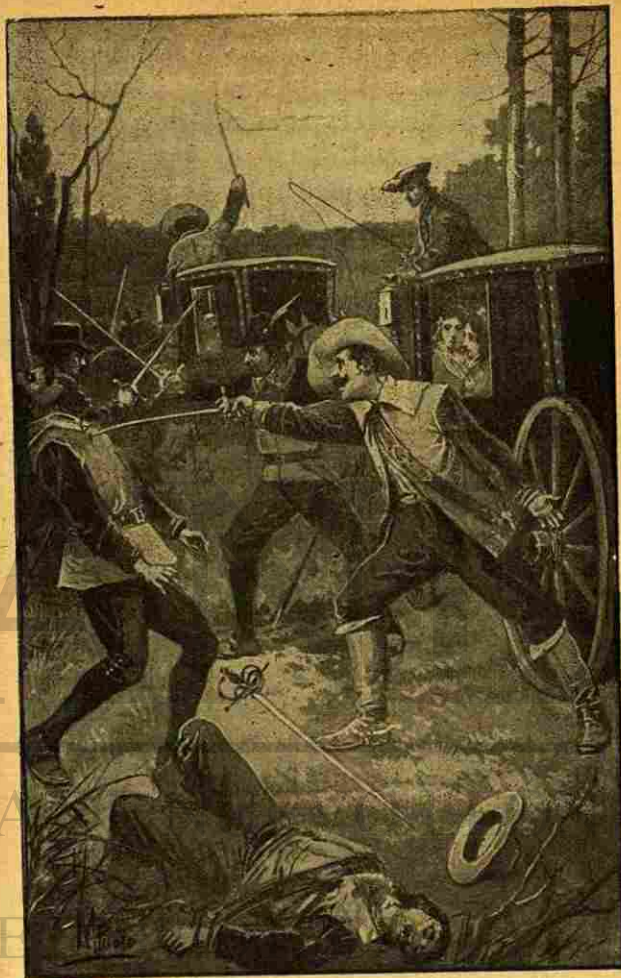
El júbilo de los vencedores fué de corta duración.

La Luna acababa de traspasar la bruma con tenue claridad, pero suficiente para distinguir lo que sucedía, y á dos ó tres chillidos de angustia contestó un juramento formidable.

—¡Cuernos de Satanás! ¿Bailan por aquí? ¡Ánimo! ¡Aquí estamos, hermosas!

Y dos hombres cayeron á tierra heridos por los costados. Tres ó cuatro huyeron, y los demás, que no querían perder su presa, se apercibieron á la defensa. Eran media docena los que hacían cara á Cocardasse y á Passepoil, que al ir á la taberna donde estaban citados tropezaron con aquel incidente.

—¡Vive Dios!—les gritó el gascón al verlos enfrente y espada en mano.—¿Os gusta la carne fresca, pollitos? ¡Pues no es para los hijos de



¡Ánimo! ¡Aquí estamos, hermosas!

las gallinas, y á fe de Cocardasse, que ésta no os la comeréis vosotros!

—¡Ni siquiera la probaréis!—añadió melosamente Passepoil.

—¡Cocardasse y Passepoil!—exclamó la Nivelle, á quien había libertado la Fleury.—¡Los dos maestros de la cena de Gonzagal!

—Los mismos, hermosa, para servirlos. Y ahora veréis cómo el hermano Ámable y yo sabemos defender á las damas.

—¡Estamos salvadas! ¡Animo, amigos! ¡Libradnos pronto de esa canalla!

Todas ellas, bastante tranquilizadas, se amontonaron á las portezuelas para presenciar el combate y alentar á sus defensores. Alguna hasta recordó una oración de las aprendidas en su infancia, para rezarla entonces.

—¡Cuernos de Satanás!—decía burlonamente el gascón, que tenía la loable costumbre de manejar al mismo tiempo y con igual agilidad la lengua y la espada—¡Tenéis demasiados agujeros en vuestra ropilla, y es lástima hacerlos más! ¡Á bien que los que ahora os hagamos los taparemos con hierro! ¡Comencemos el baile para reirnos un poco!

—Si lo tenéis á bien—corrigió el normando, siempre cortés.

Adosados á una de las carrozas para evitar que los sorprendieran por la espalda, comenza-

ron á atacar: el chis-chas de las espadas casi no se oía, á causa de la robusta voz de Cocardasse que no cesaba de resonar.

—¡Mal pecado! ¡Ahora voy á ajustarte tus cuentas! ¡Tú, gigantón! ¿Cuál de estas hermosas es la que habías elegido? Dilo pronto, para que pueda echarte un beso antes de que te envíe yo al otro mundo. ¿No quieres? ¡Peor para tí! ¡Al Diablo!

El gigantón cayó, echando toda su sangre por la boca.

—¡Atacar á unas damas flores de bellezal—decía escandalizado Passepoil—¿Tripas de un ciervo! ¡Los cobardes no contaban con nosotros!

Y otro hombre midió el suelo, herido de una estocada en pleno pecho. Los otros cuatro se apretaron y trataron de acabar con los dos entrometidos; pero un tercero, herido en la frente, cayó de bruces.

—¡Así obligo yo á los villanos á saludar á las damas!

Por una casualidad el lance no estaba dirigido por Blancrochet y Daubri, las dos mejores espadas de la asociación de los *Sacamantecas*, y así se explica la facilidad con que triunfaban los dos diestros. En breve no quedó más que un malandrín con vida, y éste, por no hacer compañía á sus cofrades, puso pies en pol-

vorosa. Las damas bajaron, y extremaron sus demostraciones de agradecimiento.

—Ahora, tortolillas—dijo el gascón,—el camino está libre. Podéis ir tranquilamente á París, mientras nosotros proseguimos nuestro paseo.

—¡Nada de eso!—objetó la Nivelle.—Nos habéis salvado, y os robamos. Alguna vez se habían de trocar los papeles. Además, que podemos ser atacadas de nuevo. ¡Venid!

Los diestros se rascaron las orejas respectivas.

—¡Diablo!—replicó Cocardasse—Es que...

—Sí; es que...—repitió perplejo y como un eco el normando.

Las damas insistieron de tal modo, que Passepoil comenzó á flaquear en su decisión, y acabó por arrastrar á su compañero á acompañar á las artistas. No opuso, pues, resistencia para dejarse meter en la carroza, y Cocardasse tomó asiento en el segundo vehiculo, pensando que las actrices de la Ópera representaban algo aquella noche, no obstante haber afirmado Chaverny lo contrario.

La historia dice que llegaron sin otro tropiezo alguno á París; pero en ninguna de las *Memorias* de aquella época—los dos diestros no tuvieron tiempo de escribir las suyas—se dice palabra del fin que tuvo la aventura que aca-

ba nos de relatar. Sólo conjeturamos que no debió de ser un final desagradable en lo más mínimo, porque ni Cocardasse ni Passepoil tuvieron nunca la menor palabra para lamentarse de él. Al contrario.

IV

Chismes y cuentos

Volvamos nuestra atención por unos momentos á dos antiguos conocidos; á Francisca Berrinchón, á la cual hemos dejado consumirse con sus cacerolas mientras Lagardère buscaba á su novia en España, y á su nieto Juan María.

Hemos conocido á éste simplón, cándido, parlanchín y dejándose fácilmente engatusar por las comadres de la vecindad, á quienes contaba todo lo que sabía, creyendo de buena fe que les tomaba el pelo. Pero ya se sabe el poco tiempo que requiere para transformarse un bobalicón de catorce ó quince años en un pilluelo parisiense descarado y socarrón. Con no tener mucho que hacer, la ciudad por campo de experiencia y algunos amigotes en el arroyo, cátrate efectuada la transformación.

vorosa. Las damas bajaron, y extremaron sus demostraciones de agradecimiento.

—Ahora, tortolillas—dijo el gascón,—el camino está libre. Podéis ir tranquilamente á París, mientras nosotros proseguimos nuestro paseo.

—¡Nada de eso!—objetó la Nivelle.—Nos habéis salvado, y os robamos. Alguna vez se habían de trocar los papeles. Además, que podemos ser atacadas de nuevo. ¡Venid!

Los diestros se rascaron las orejas respectivas.

—¡Diablo!—replicó Cocardasse—Es que...

—Sí; es que...—repitió perplejo y como un eco el normando.

Las damas insistieron de tal modo, que Passepoil comenzó á flaquear en su decisión, y acabó por arrastrar á su compañero á acompañar á las artistas. No opuso, pues, resistencia para dejarse meter en la carroza, y Cocardasse tomó asiento en el segundo vehiculo, pensando que las actrices de la Ópera representaban algo aquella noche, no obstante haber afirmado Chaverny lo contrario.

La historia dice que llegaron sin otro tropiezo alguno á París; pero en ninguna de las *Memorias* de aquella época—los dos diestros no tuvieron tiempo de escribir las suyas—se dice palabra del fin que tuvo la aventura que aca-

ba nos de relatar. Sólo conjeturamos que no debió de ser un final desagradable en lo más mínimo, porque ni Cocardasse ni Passepoil tuvieron nunca la menor palabra para lamentarse de él. Al contrario.

IV

Chismes y cuentos

Volvamos nuestra atención por unos momentos á dos antiguos conocidos; á Francisca Berrinchón, á la cual hemos dejado consumirse con sus cacerolas mientras Lagardère buscaba á su novia en España, y á su nieto Juan María.

Hemos conocido á éste simplón, cándido, parlanchín y dejándose fácilmente engatusar por las comadres de la vecindad, á quienes contaba todo lo que sabía, creyendo de buena fe que les tomaba el pelo. Pero ya se sabe el poco tiempo que requiere para transformarse un bobalicón de catorce ó quince años en un pilluelo parisiense descarado y socarrón. Con no tener mucho que hacer, la ciudad por campo de experiencia y algunos amigotes en el arroyo, cátese efectuada la transformación.

Así es que, sin haber crecido mucho, Juan María Berrinchón aumentó grandemente en malicia desde que no tuvo nada que hacer en la calle del Chaptre por la ausencia de maese Luis y de su pupila. Su abuela habló de hacerle aprender un oficio; pero él sabía ya el que deseaba profesar, y que se reducía á corretear por las calles é ir á presenciar la instrucción de la Guardia francesa.

La desaparición súbita de maese Luis, del jorobado y de la joven misteriosa puso en conmoción á todas las comadres. La Balahault, la Guichard, la Moriu, Durand, la Moynoret, la mantequera, todas las tenderas del barrio se morían de curiosidad, y sólo Berrinchón podía satisfacerla. Por eso se vió mimado, acariciado, atendido cariñosamente por aquellas curiosas, que ponían en juego toda su diplomacia para obligarle á charlar.

Algunas recurrieron al soborno y le atacaron por su flaco, la glotonería; como la mantequera, por ejemplo, que le hartaba de tortas, y la tabernera, que le daba excelentes caldos y alguna copilla. Otras usaban de los medios á su alcance: la Moynoret, portera, le peinaba y rizaba el pelo, y le regaló un soberbio cinturón; otra le remendó y dejó casi nuevos los calzones; la de más allá le regaló un cuello para el invierno, torrado de la piel auténtica de un gato suyo de

Angola, cuyo prematuro fallecimiento había llorado durante seis meses.

Juan María encontraba cierta voluptuosidad en dejarse mimar y engolosinar; pero no soltaba prenda, si bien daba esperanzas de averiguarlo todo de un día para otro. Al fin la Guichard se cansó y le dijo que aquello era una burla.

El pillete se mostró ofendido, y salió diciendo que ella lo perdería.

Al día siguiente supo con gran contrariedad que estaban todas citadas en casa de la mantequera aquella noche para oír las revelaciones de Juan María.

—¿Qué habéis hecho á ese ángel?—preguntó socarronamente la Moriu.—Ha dicho que si veniais vos, no hablaría.

—¡Es posible, gran Dios! Á lo menos, me contaréis lo que os cuente.

—¡Ni lo penséis! Nos lo ha prohibido terminantemente.

—¡Granuja! Ha tomado á mal lo que le dije, y ya sabéis todas que nunca digo nada con mala intención. ¡Si pudiera verle!...

Berrinchón se guardó bien de presentarse en escena; y cuando al otro día pasó por la puerta de Guichard silbando una canción de moda y con las manos en el bolsillo, hizo oídos de mercader á los reiterados llamamientos de la vendedora.

—¡Ah, víborilla! ¡Ya me lo pagarás!—gruñó ella furiosa.

La mantequería se llenó de vecinas para escuchar á Juan María. La dueña de la tienda enviaba al Diablo á su clientela. El pilluelo, para ponerse en voz, se bebió un cuartillo de leche fresca, y después de relamerse los labios comenzó así, demostrando lo grave de sus revelaciones:

—¿Me prometéis no decir á mamá Francisca palabra de lo que voy á contaros?

—Lo juramos.

—¿No decir á alma viviente, ni siquiera á un gato, lo que os cuente?

—Seremos mudas como carpas.

—Bueno; pues oid: el jorobado...

—El jorobado... ¿qué?

—¿Habéis oído hablar del Mississipi, en honor del cual dió un baile el Regente?

—¡Ya lo creo! ¿Y qué?

—Pues que el jorobado era un *mississippiense*.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y son herejes?

—¡Mil veces peor que los herejes!—continuó el granuja, que hacía grandes esfuerzos para no reirse—¡Un *mississippiense*!

—¿Y maese Luis?

—Era lo mismo. Figuraos que la joroba del jorobado era toda de oro macizo, y cuando se la quitaba de encima se convertía en maese Luis.

—¡Era muy listo!

—Pero ¿y la joven señorita?

—¿No era una señorita?

—¿Era una señora?

—Tampoco era señora.

—Pues mujer sí era, porque cantaba.

—No era mujer.

—¡Tú quieres tomarnos el pelo! ¿No era mujer?

—¡Cuando os digo que no!

—Pues ¿qué era?

—Una muñeca mecánica.

La estupefacción estuvo á punto de hacer caer á varias de espaldas. La portera se adelantó, se puso en jarras y exclamó:

—¡Oye tú, chiquillo! ¡Á mí no me vengas con tonterías! Yo sé cómo son las mujeres, ¿oyes?, y á aquella yo la he visto asomada á la ventana, y era de carne y hueso.

—De oro os digo. Y, después de todo, si no me creéis, id á reuniros con la Guichard.

—¿Cómo hacia, pues, para cantar?

—¡Ah, cáspita! Eso es brujería. Pues también me hablaba y me acariciaba, y yo creía que eran sus brazos de carne, y... ¡no señor!... eran de oro.

—¿Te hablaba? ¿Y qué te decía?

—Una infinidad de cosas dulces y amables, que serían largas de contar. Además, cantaba,

—¡Ah, víborilla! ¡Ya me lo pagarás!—gruñó ella furiosa.

La mantequería se llenó de vecinas para escuchar á Juan María. La dueña de la tienda enviaba al Diablo á su clientela. El pilluelo, para ponerse en voz, se bebió un cuartillo de leche fresca, y después de relamerse los labios comenzó así, demostrando lo grave de sus revelaciones:

—¿Me prometéis no decir á mamá Francisca palabra de lo que voy á contaros?

—Lo juramos.

—¿No decir á alma viviente, ni siquiera á un gato, lo que os cuente?

—Seremos mudas como carpas.

—Bueno; pues oid: el jorobado...

—El jorobado... ¿qué?

—¿Habéis oído hablar del Mississipi, en honor del cual dió un baile el Regente?

—¡Ya lo creo! ¿Y qué?

—Pues que el jorobado era un *mississippiense*.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y son herejes?

—¡Mil veces peor que los herejes!—continuó el granuja, que hacía grandes esfuerzos para no reirse—¡Un *mississippiense*!

—¿Y maese Luis?

—Era lo mismo. Figuraos que la joroba del jorobado era toda de oro macizo, y cuando se la quitaba de encima se convertía en maese Luis.

—¡Era muy listo!

—Pero ¿y la joven señorita?

—¿No era una señorita?

—¿Era una señora?

—Tampoco era señora.

—Pues mujer sí era, porque cantaba.

—No era mujer.

—¡Tú quieres tomarnos el pelo! ¿No era mujer?

—¡Cuando os digo que no!

—Pues ¿qué era?

—Una muñeca mecánica.

La estupefacción estuvo á punto de hacer caer á varias de espaldas. La portera se adelantó, se puso en jarras y exclamó:

—¡Oye tú, chiquillo! ¡Á mí no me vengas con tonterías! Yo sé cómo son las mujeres, ¿oyes?, y á aquélla yo la he visto asomada á la ventana, y era de carne y hueso.

—De oro os digo. Y, después de todo, si no me creéis, id á reuniros con la Guichard.

—¿Cómo hacía, pues, para cantar?

—¡Ah, cáspita! Eso es brujería. Pues también me hablaba y me acariciaba, y yo creía que eran sus brazos de carne, y... ¡no señor!... eran de oro.

—¿Te hablaba? ¿Y qué te decía?

—Una infinidad de cosas dulces y amables, que serían largas de contar. Además, cantaba,

lloraba, reía, se sonaba las narices, comía, bebía, movía los ojos, los brazos... ¡Y pensar que todo eso no era carne, sino oro!

—¡Cosa del Diablo! ¡Ya me lo sospechaba yo! —exclamó la Balahault. Ya os dije que debíamos denunciarlos. ¿Cómo no los denunciaste tú?

—¿Y yo qué sabía? Yo creía que todo era verdad; y luego, que yo no soy como madame Moynoret, que sabe cómo son las mujeres.

—¿Y cómo hacía para hablar y cantar?

Juan María levantó un dedo en el aire, se inclinó como si fuera á confiarles un gran secreto, que todas aguardaban boquiabiértas, y dijo en voz baja:

—Tenía una máquina llena de resortes en el pecho.

Gritos de estupefacción: la Bertrand opinó que era cosa de brujería. Juan María se permitió gozar breves momentos con la estupidez de aquellas mujeres, y después de saborear un rato el triunfo de su mentira dijo:

—Hay una cosa que os sorprendía mucho: porque no ponía los pies fuera de casa. Y ahora yo sé porqué.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque no tenía pies.

—¿Qué no tenía pies? ¿Y cómo andaba por casa?

—Á saltos, como los gorriones; así.

Y el granuja se puso á evolucionar, metiendo de paso los dedos en un tarro de crema y chupándose los disimuladamente.

—¿Y sabéis por qué no tenía pies? Pues porque el jiboso no tenía bastante oro en su jiba para hacérselos. Fué á pedirselo prestado á M. Law, y éste sólo tenía acciones, que ya se sabe para que sirven.

—¿Y qué hizo entonces el jorobado?

—Pues desmontó á la señorita pieza por pieza, la metió en un baúl, y se fué al Mississipi á buscar el oro que necesitaba.

—Si llegan á quedarse—exclamó la Balahault agresivamente, porque ya no había nada que temer,—la denuncio, y hacemos fundir el oro en la hoguera de la plaza de Grève.

—¡Bah! Ya prendieron al jorobado y le llevaban entre guardías á la picota, y no se sabe que fué de él—replicó otra vecina.

—¡Chitón! No habléis de él, porque volverá. Los magos vuelven siempre.

—¿Y tú irás á verle cuando vuelva?

—Sí, pero un momento no más; el tiempo justo para asegurarme desitieneya pies la señorita, y luego ¡adiós, que es tarde! Me vuelvo, y me llevo á la abuela al otro extremo de París.

—Bueno: ¿y cómo es que tu abuela no sabe nada de eso?—preguntó la portera, que se

creía lista y tenía sus dudas sobre la verdad del relato?

—Primero, porque, dedicada por entero á las cacerolas, no se preocupaba de nada; segundo, porque no miraba por debajo de las mesas y por los ojos de las cerraduras; tercero, porque no sabe leer.

—¿Y qué tiene que no sepa leer?

—Pues mucho: que yo leí un papel que se dejó olvidado el jiboso, y en el cual constaba toda la historia.

—¿Y qué más, rico?—preguntó la mantequera.

—Pues el papel se me quemó entre los dedos, sin que hubiera fuego por ninguna parte.

—¡El fuego del Infierno!

—¡Ah, granujal! ¡Y has metido los dedos en la crema!

—No tengáis cuidado. ¡Los pasé antes por el agua bendita!

—¿Y no te quemaste?

—Un poco, y aún me huelen un poco á chamuscados; oled, y veréis.

La mantequera se preparó á tirar la crema con su tarro.

—¡Dádmela, y ya tiraréis después el tarro!

—No quiero; te poseerá el Demonio.

—No, señora. El Demonio sólo posee á las mujeres.

Y el pilluelo se atiborró de excelente crema fresca mientras las comadres hacían sus comentarios. Cuando terminó dijo:

—Bueno; ahora buenas noches, y no contéis la historia á nadie, si queréis que otro día os cuente otras cosas maravillosas.

Al día siguiente todas las comadres comentaban las revelaciones, y Juan María pasaba por en medio de ellas como un triunfador. Estaban muy regocijadas por la marcha al Mississippi del jorobado; pero no había una que no deseara volver á verle siquiera una vez.

Lo que no obsta para que si le hubiesen visto de pronto doblar la esquina de la calle del Chartre se hubieran recluso como topos en el rincón más profundo de sus viviendas.

V

Batalla de damas

Hay laureles en los cuales se duerme uno; pero también los hay que no dejan dormir. El nieto de la señora Francisca no pudo dormir mucho sobre los suyos, porque entre las comadres que creyó pavas las había mochuelos con pico y uñas.

Inútil es decir que la Guichard no tardó en conocer todo el cuento, y que las que lo oyeron de boca de Juan María no pudieron callarlo mucho y se lo contaron hasta á sus maridos, que al principio se rieron mucho, pero al cabo no pudieron menos de convencerse algo. De puerta á puerta saludábanse con misterio, procurando averiguar si sus vecinos estaban enterados.

—Había que ver si no son cuentos los de jorobado y la dama de oro.

—¡Se exagera mucho!

Tal era la conclusión de los hombres. Pero las mujeres dejaban correr su fantasía.

—Dicen que cometió sacrilegios.

—El jiboso tenía parentesco lejano con el Diablo.

—Dicen que la nariz de la señorita estaba hecha de un copón de oro robado en la Abadía de San Germán de los Prados.

—Y sus ojos eran de piedras finas que adornaban un caliz de San Medardo.

—Y la bodega de la casa del jorobado está llena de huesos de cristianos.

—Huesos de niños; sí, señora.

—Y celebraban la misa negra.

Las vendedoras abandonaban sus tiendas para apostarse delante de la casa de la calle del Chartre donde vivió maese Luis.

En poco tiempo el corro se hizo tan grande, que llamó la atención de la policía. Un sargento quiso enterarse, y preguntó á la Guichard. No podía caer en mejores manos. Los ojillos de la comadre brillaron de placer: iba á vengarse del granujilla.

Antes de responder tosió, escupió, se limpió las narices con la manga del corpiño, y comenzó á relatar la famosa historia, corregida y aumentada á su antojo: sacrilegios, asesinatos, misa negra, todo cuanto había oído, y lo más horrible y espeluznante que pudo improvisar. Las vecinas que la escuchaban boquiabiertas como si oyeran por primera vez el relato, se estremecían de horror.

Tanto dijo, que el sargento se mostró incrédulo, pues á fuerza de amontonar horrores, resultaba inverosímil; pero concluyó por dudar, y aun por creer en vista de las afirmaciones sinceras y formales de todas. En esto, sorprendido por tanta bulla, Juan María se asomó á la ventana, y al verle la Guichard, satisfecha por tomar venganza, le designó al sargento. Berrihón no previó el desenlace de su cuento.

—Ved: ese muchacho lo sabe todo. Servía de criado al verdugo, al cincelador de Satanás y á la dama embrujada.

Y le llamó: el pillete enseñó descaradamente la lengua á la Guichard; pero una seña impe-

riosa del sargento le indicó que debía bajar. Así lo hizo con las orejas gachas y con cierto temor de que le midiesen las costillas harto dolorosamente.

El sargento era una especie de Hércules. Cogió al pilluelo por el cuello de su jubón y le atrajo á sí delicadamente, procedimiento que no dejó de intimidar á Juan María. Trató de negar; pero no podía luchar contra las afirmaciones de todas aquellas comadres, tanto más encarnizadas cuanto que se trataba de un niño.

Entonces trató de huir desliziéndose por entre las piernas de sus adversarios; pero el círculo era compacto, y diez manos le rechazaron al centro. Esto le trastornó de tal modo, que se hechó á temblar, y sólo pudo responder tartamudeando frases sin sentido.

El alboroto atrajo á Francisca Berrichón á la ventana, y al ver á su nieto en manos de la policía, se lanzó como una tigresa, hendió el círculo, rodeó con sus desnudos y rojos brazos al chico, y...

—¿Qué hay?—exclamó con cólera—¿Qué queréis á mi pequeño?

Una carcajada de las vecinas le respondió.

—¡Es mi nieto, soy su abuela! y que nadie le toque! ¡No faltaba más!

—Es la cocinera del brujo jiboso—dijo alguien al oído del sargento.

Éste hallábase perplejo: ni el muchacho ni la vieja tenían trazas de malvados; pero como algo estaba en la obligación de hacer, y allí con aquella gritería no podía entenderse y poner nada en claro, llamó á unos guardias, puso una pareja para custodiar la casa de los Berrichón, y se llevó á éstos al domicilio del teniente de policía, prohibiendo á las comadres que los siguieran.

Las comadres, furiosas, comenzaron á lanzar frénéticos gritos:

—¡La muerte en la plaza de Grève á los asesinos!

—¡Á la hoguera con los brujos!

—¡Preparad los mosquetes!—ordenó el sargento á sus soldados.

Esta amenaza produjo el efecto acostumbrado: los gritos cesaron.

El sargento les intimó entonces que se fueran cada una á su casa, so pena de hacer fuego, y, aunque á regañadientes, obedecieron.

Mamá Francisca no comprendía lo que ocurría, y trató de protestar contra su detención; pero hubo de doblegarse. Juan María comprendía, en cambio, demasiado, y tenía ganas de llorar. En su imaginación veíase ya encerrado en un calabozo de la Bastilla. Y más

se affigía al oír la desesperación de su abuelita, que se encomendaba á todos los santos y santas de la corte celestial.

Mientras tanto la Guichard peroraba en la mantequería.

—La verdad es—dijo la Moynoret, presa de un escrúpulo—que habéis hablado de más. El pequeño no dijo tanto.

—Yo he repetido lo que vosotras me constasteis.

—¡Nosotras! ¡Mentira!

—Es que vos tenéis la lengua demasiado larga, señora Guichard.

—¡Ven á cortámela tú, si te atreves!

—Ten por seguro que te la cortarán.

—¡Soís unas insolentes!

—¡Y vos, una deslenguada!

—¡Repítelo!

Sonó una bofetada soberana, dada por la mantequera á la Guichard, y fué la señal del combate. Ya se sabe lo que es una riña de mujeres. Los hombres la contemplaban regocijados por aquel espectáculo; pero no intervenían para apaciguarlas ni defender á las zurradas, á pesar de los gritos de socorro, mezclados con chillidos, denuestos y palabras tabernarias.

Cuando la Guichard salió de la mantequería, despeinada, con los ojos escaldados por el llanto, la ropa hecha jirones, los brazos amo-

ratados á pellizcos y bien-caliente el cuerpo por la paliza, corrió á encerrarse en su casa.

¡Lástima que no hubiese podido verla Juan María!

Pero tenía que hacer en otra parte. Hallábase en presencia de M. de Machault, que trataba de desembrollar algo que el sargento no acertaba á explicarle. No fué mucho más feliz dirigiéndose á Francisca. La pobre no sabía sino que había visto á las vecinas como fieras en torno de su nieto y había volado á su defensa. El chiquillo no pudo contenerse y la abrazó pidiéndole perdón.

—¡Veamos, explícate tú!—le dijo el teniente de policía, adivinando que todo aquello no era más que una chiquillada.

Juan María cobró confianza, aunque conservando su aspecto desolado, y empezó á narrar minuciosamente lo ocurrido.

—Si hubiera supuesto lo que iba á suceder y que ibas á tomarte tal disgusto por mí, mamá Francisca, á buen seguro que les hubiese dicho ni una palabra.

—Si á lo menos eso te sirviera de escarmiento para no charlar...

—Á buen seguro que me servirá. Yo te lo prometo, abuela; y también al señor.

El teniente de policía se reía; se reía con toda su alma. ¡Todo un barrio puesto en con-

moción por los cuentos absurdos de un chiquillo! Y saboreaba ya de antemano lo que el suceso divertiría al Regente, tan amigo de alegrarse, y que tan pocas ocasiones de ello tenía. Sin embargo, no por eso amonestó menos severamente al chiquillo, creyendo, como su abuela, que no debía animarle en aquel camino.

—¡Que no vuelva á oír hablar de ti en mi vida, bribonzuelo, ó lo mejor que te sucederá será recibir una mano de azotes que te pongan morado el cuerpo! En cuanto á vos, señora, os aconsejo que os trasladéis de barrio, si no queréis tener disgustos con los vecinos.

El sargento que fué testigo de la furia y conmoción de aquellas mujeres por una mentira tan necia reservaba todas sus simpatías para el autor de la fábula y conservaba la seriedad por pura disciplina.

Al día siguiente la Berrichón y su nieto se fueron con madame de Nevers, como estaba convenido. Nadie se metió ya con ellos, pues las comadres, á pesar de su asombro al saber su libertad, ignoraban que fueron víctimas de una farsa, y no lo averiguaron hasta algunos meses después.

Por supuesto, Juan María se guardó muy bien de volver á pasar por la calle del Chartre, temiendo, con gran fundamento, las cari-

cias de las cacerolas, tenazas y escobas de las comadres burladas.

VI

Berrichón quiere una espada.

Durante la permanencia de la duquesa viuda de Nevers en Bayona la Berrichón y su nieto permanecieron en París, sin otra ocupación, Juan María, que vagar por calles y plazas.

Verdadera gaceta ambulante, solía estar mejor informado de los sucesos de la capital que el mismo teniente de la policía. Mirando y curioseando por todas partes, sin preocuparse de la temperatura ni del tiempo, dirigíase con frecuencia hacia el barrio de las Escuelas, parándose al menor incidente y enterándose de todo. Nadie como él para poner orden en una confusión de carruajes ni para hacer cualquier encargo urgente en cualquier punto de París.

Como había renunciado á las burlas en vista del mal éxito de la última que dió á las comadres de la calle del Chartre, amable y complaciente se había creado amigos en todas partes.

Con tal que no le exigieran un trabajo regular, podía pedirsele cualquier cosa. Pero tenía en mucho su libertad personal, y no quería

moción por los cuentos absurdos de un chiquillo! Y saboreaba ya de antemano lo que el suceso divertiría al Regente, tan amigo de alegrarse, y que tan pocas ocasiones de ello tenía. Sin embargo, no por eso amonestó menos severamente al chiquillo, creyendo, como su abuela, que no debía animarle en aquel camino.

—¡Que no vuelva á oír hablar de ti en mi vida, bribonzuelo, ó lo mejor que te sucederá será recibir una mano de azotes que te pongan morado el cuerpo! En cuanto á vos, señora, os aconsejo que os trasladéis de barrio, si no queréis tener disgustos con los vecinos.

El sargento que fué testigo de la furia y conmoción de aquellas mujeres por una mentira tan necia reservaba todas sus simpatías para el autor de la fábula y conservaba la seriedad por pura disciplina.

Al día siguiente la Berrichón y su nieto se fueron con madame de Nevers, como estaba convenido. Nadie se metió ya con ellos, pues las comadres, á pesar de su asombro al saber su libertad, ignoraban que fueron víctimas de una farsa, y no lo averiguaron hasta algunos meses después.

Por supuesto, Juan María se guardó muy bien de volver á pasar por la calle del Chartre, temiendo, con gran fundamento, las cari-

cias de las cacerolas, tenazas y escobas de las comadres burladas.

VI

Berrichón quiere una espada.

Durante la permanencia de la duquesa viuda de Nevers en Bayona la Berrichón y su nieto permanecieron en París, sin otra ocupación, Juan María, que vagar por calles y plazas.

Verdadera gaceta ambulante, solía estar mejor informado de los sucesos de la capital que el mismo teniente de la policía. Mirando y curioseando por todas partes, sin preocuparse de la temperatura ni del tiempo, dirigíase con frecuencia hacia el barrio de las Escuelas, parándose al menor incidente y enterándose de todo. Nadie como él para poner orden en una confusión de carruajes ni para hacer cualquier encargo urgente en cualquier punto de París.

Como había renunciado á las burlas en vista del mal éxito de la última que dió á las comadres de la calle del Chartre, amable y complaciente se había creado amigos en todas partes.

Con tal que no le exigieran un trabajo regular, podía pedirsele cualquier cosa. Pero tenía en mucho su libertad personal, y no quería

comprometerla por nadie, como no fuese por la *señorita Aurora*. Por eso cuando su abuela le instaba á que aprendiese un oficio, se reía.

—¿Para qué? — contestaba — Ya sobrará tiempo de pensar en ello cuando vuelvan el jiboso y la señorita. Ahora estoy en vacaciones, mamá Francisca. Y en verdad que no sé de qué te quejas, cuando no hago mal á nadie.

—¡No faltaría más sino que lo hicieras!

—Pues, entonces...

—Cuando un zancarrón como tú tiene manos al cabo de los brazos, debe servirse de ellas en vez de vagar como perro sin dueño.

—Ya me serviré de las manos, abuela; pero á su tiempo. Por lo pronto no tienen qué hacer.

Argumentos tan contundentes y demostrativos de la fuería de inercia que invadía á Juan María acabaron por triunfar de los sermones de la buena mujer, que se resignó á verle pasar todo el santo día.

Sin embargo, en cuanto Lagardère regresó el chiquillo tuvo palabra: no puso el pie en la calle, y Aurora no tuvo paje más adicto. Re-creábase recordando con él los días tristes de la calle del Chartre, y aumentaba su dicha pasando revista á la época de la adversidad. Juan María no dejó de contarle el suceso de las comadres, y hasta el mismo Conde se rió.

—¡Este chiquillo tiene buena madera!--dijo Enrique.—¡Veremos de hacerle algun!

Un punto negro quedaba en aquella reunión de personas para Francisca y su nieto. Ambos habían guardado muy mal recuerdo de Cocardasse y Passepoil. Cuando los cuatro se hallaron frente á frente se miraron con malos ojos.

—¿Qué venis á hacer aquí vosotros?—preguntó Francisca poniéndose en jarras.—¿No podríais ir á otra parte que á casa de las personas honradas?

—¡Mal pecado! ¿Queréis decirme, buena mujer, dónde hemos tenido el gusto de vernos antes de ahora?

—Yo lo recuerdo—observó Passepoil.—En la calle del Chartre, el día del baile del Regente.

—¡Voto á bríos! ¡Ahora recuerdo! ¡La vieja que liamos como un salchichón de Maguncia!

—Os felicito, estimable dama: os defendisteis como un hombre, y...

—¡Insolente!--interrumpió la mujer, furiosa al oírse llamar vieja, insulto que no logró borrar lo de *estimable dama*.

—Presentémosle nuestras excusas, Cocardasse.

—Presentáselas tú si quieres: yo no me

metí con ella, sino con el chiquillo, y no presento excusas á mocosos.

—¡Guardáoslas!—gritó Juan María.—Tanto me importa de ellas como del polvo de las suelas de mis zapatos. Ahora no os tengo miedo.—Y empinándose, añadió:—¡Venid, venid ahora á maniatarme, si os atrevéis!

—¡Por los clavos de Cristo!—dijo el gascón complacido.—¡Chócala, pequeño! ¡Eres un gallito que promete! Ahora nadie te atará si eres bueno.

Por fin se hicieron las paces en tales términos, que Juan María se convirtió en inseparable de los dos diestros. Como Cocardasse no creía que ningún hombre fuerte de dieciséis años debiera tener otra aspiración que llegar á ser maestro de esgrima, examinándole un día murmuró:

—Tienes el brazo largo, pichón: necesitas esgrimir una espada. ¿Á ver las piernas? ¡Bueno! ¡Los hombros cuadrados; el pecho algo flaco! ¡No importa! Á botonazos se ensancha, ¡Ah, caramba! ¡La punta de los pies hacia adentro! ¡Hay que corregir eso! ¿No te gustaría, pequeño, que te enseñásemos el noble arte de la esgrima?

—No me atrevía á pedirlo. Entonces, ¿también yo podré llevar espada al cinto?

—¡Paciencia, hijo; ya llegará el caso! Pero,

¡sangre de Cristo!, cuando Cocardasse y Passepoil te hayan enseñado á manejar los hierros como lo enseñaban en la Academia de la calle de la Cruz del Petits-Champs, á dos pasos del Louvre, podrás mofarte del Universo entero.

—¡Oh! ¡Ya sé que los dos sois valientes!

—Los que te lo han dicho no han mentado. Si todos los que hemos tendido en tierra se juntaran por los extremos, se formaría un rosario que hace tiempo podría haber dado la vuelta entera á París.

Berrichón le miraba admirado. El gascón, sacando con cierto respeto su espada, prosiguió:

—¿Ves esta hoja? ¡Ha tocado más pechos que pelos tienes en la cabeza! ¡Nunca falló un golpe, sangre de Cristo!

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—Pero está muy roñosa.

—¡Mal pecado! ¿Á esto llamas tú roña?—exclamó escandalizado Cocardasse—¡Es sangre!

—¿Sangre?

—¿Qué quieres? ¡Esta loca de Petronila no puede estar en paz! Por poco que molesten á su señor y dueño, salta de la vaina; y cuando salta, toca; y cuando toca, mata.

—¿Muchas veces?

—¡Siempre!

—¡No es posible!

—¡Ah, renegado!—aulló el maestro furioso.—¡Duda de vos, mi querida Petronila!

Juan María dió un salto de costado, porque el gascón levantó la diestra armada preguntándole dónde prefería que le hiriese, y para calmarle, dijo:

—¿Nunca os han herido?

—¡Bah! ¡Niñerías! Algunos ojales sin importancia en el jubón. Cuando uno es maestro sabe detener los hierros contrarios en el preciso momento en que van á tocarle la piel.

—¡Diablo! ¿Y cómo?

—Hasta ahora no sé más que de un medio: matar en el acto al adversario. ¡Ya lo aprenderás pronto, chiquillo!

—En seguida, si queréis, señor Cocardasse. Vuestro discípulo os honrará.

—¡Así lo creo, gallito! Pero necesitarás algunos años y mucha práctica para poder llegar á ser de nuestra fuerza. Cuando llegues á esa altura, acuérdate de que hay alguien que es más fuerte que nosotros.

—¡Uno solo!—concretó Passepoil saliendo al fin de su mutismo.

—¡Ah! ¿Y quién?

—Lagardère—declararon á la vez los dos amigos.—Hallarse frente á su espada, es encontrarse en el umbral de la muerte.

Desde aquel día Berrichon se ejercitó en el manejo de la espada con ardor tal, que se olvidaba de comer y de beber.

No iba á tardar mucho en poder defenderse contra esgrimadores ordinarios. Por lo pronto tenía un aspecto absolutamente distinto. Aunque no había ganado en aplomo intelectual ni en seso, andaba más gallardamente y con expresión de audacia y altivez desconocidas en él. Á la señora Francisca no le satisfacía aquello.

—Prefería que fueras cualquier cosa mejor que espadachín: sin embargo, vale más esto que ser vago.

—Ya no salgo de casa, ni saldré hasta que...

Detúvose repentinamente, y la buena mujer adivinó que pensaba una enormidad y no se atrevía á soltarla.

—¿Hasta que?

—¡Oh; si fueras muy buena, muy buena, mamá Franciscal...

—¿Qué haría?

—Algo que no me atrevo á decirte ni me atrevo á pedir á la señorita.

—Alguna barbaridad será.

—No es barbaridad, abuela.

—¡Entonces, habla, borricol!

—Habría que decírselo al señor Conde.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque á mí me lo negaría.

—¿Y á mí no? ¡Bueno; basta de majaderías, y ayúdame á limpiar las legumbres!

Juan María hizo un gesto desdeñoso, y tiró la ristra de cebollas que su abuela le entregó.

—¡Cuando uno tiene el honor de manejar una espada, no se rebaja á hacer tan mezquinos menesteres!

—¿Qué?—exclamó la anciana estupefacta.

—Pues bien, pequeño; yo tengo el honor de manejar una escoba, y te daré con el mango en las costillas si antes de un cuarto de hora no has pelado esas cebollas.

Lo hubiera hecho como lo decía si Juan María no hubiera juzgado prudente prescindir de su dignidad y parlamentar.

—Toma y daca, mamá Francisca. Yo haré lo que me mandas, y tú harás mi comisión. Si no, no toco las cebollas.

—Pero, ¡maldecido de cocer! ¿qué quieres que diga al señor Conde?

—Que el señor de Lagardère me admita entre las gentes de su casa y me autorice á llevar espada al cinto.

Lo dijo precipitadamente, sin tomar aliento, para que no flaquease su ánimo: no estaba muy seguro de recibir por toda respuesta un buen soplamocos. Francisca saltó.

—¡Una espada á til! ¡Á un muñeco que no

tiene pelo de barba! ¡Buen uso harías de ella, condenado!

—Haré noble uso—rectificó el adolescente.

—¡Cómo! ¿Te atreverías á salir con un charrasco para que te cogiese de nuevo la policía? ¡Si me vas á quitar la vida! ¡Una espada á til! ¡Tanto montaría que me la diesen á mí, imbécil!

La buena mujer montó en cólera: cogió la escoba y las cebollas, y con amenazas y coacciones obligó á pelar las cebollas, al bravo Berrichon, al futuro maestro de armas. El misero se sometió. Todos sus sueños de gloria disipábanse con el vapor humeante de las cacerolas; vertía lágrimas de despecho que, felizmente para su dignidad, podía cargar en la cuenta de las cebollas.

Inútil es añadir que no se jactó de la aventura ante sus maestros, y cuando más tuvo la idea de rogar á Passepoil que intercediera con su abuela. Pero cuando se atrevió á pedirselo el normando sonrió y repuso:

—Tu idea, pequeño, no es del todo mala; pero hay que tener paciencia. Ya nos ocuparemos en eso cuando tengas bigote.

Rechazado así y no queriendo cejar, ocurriósele recurrir á la señorita Aurora.

—Si se burla también de mí—pensaba,—

me dirigiré directamente al señor Conde. Vale más entenderse con el buen Dios que con sus santos. ¡Y ya se verá si Berrichón es capaz de llevar espada!

Desgraciadamente para él, sobrevino la marcha repentina de Lagardère cuando se ponía á hablar, y tuvo que aplazar sus hermosos proyectos. Para sustraerse á las faenas ordinarias, en cuanto daba sus lecciones de esgrima salía á vagar por las calles armado de un bastón con el cual hacía molinetes como si fuera una hoja de acero.

VII

Almendras dulces.

Desde el día siguiente al en que partió Lagardère escoltando á la hija del Regente un perillán muy mal vestido acudió á instalarse frente al palacio de Nevers varias veces por mañana y tarde, pasando grandes ratos ante la casa como si vigilara quiénes entraban y salían.

Tal debía de ser su misión verdadera, pues no quitaba ojo de la puerta y se fijaba mucho

en los que salían y entraban, examinando con atención puerta y ventanas. Pero como este manejo pudiera ser sospechoso sin un pretexto, el hombre tenía uno. Colgaba de su cuello una gran banasta llena de almendras. Era, pues, al parecer, un vendedor ambulante, si bien su comercio debía de producirle muy poco á juzgar por los andrajos que le cubrían. Podía uno sorprenderse de que, dadas su estatura y corpulencia, no buscase ocupación más lucrativa; pero para ello tenía también respuesta, pues podía invocar una herida grave, de resultas de la cual cojeaba bastante cuando alguien le miraba, aunque cuando no le veían no cojease.

Pregonando su mercancía recorría todo el barrio, é iba á sentarse en su lugar predilecto para reposar; frente al palacio de Nevers. Allí se quedaba á veces horas enteras, contentándose con lanzar su grito cada vez que se acercaba un transeunte. Así transcurrieron varios días, y el buen hombre hubiese podido continuar tal manejo toda su vida, si Cocardasse, que observó aquellas continuas estaciones, no las hubiera creído sospechosas.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Hay por ahí muchos postes tan altos y tan duros como ése! ¿No te parece, Passepoil?

—Decididamente, prefiere ése á los otros: sus razones tendrá.

me dirigiré directamente al señor Conde. Vale más entenderse con el buen Dios que con sus santos. ¡Y ya se verá si Berrichón es capaz de llevar espada!

Desgraciadamente para él, sobrevino la marcha repentina de Lagardère cuando se ponía á hablar, y tuvo que aplazar sus hermosos proyectos. Para sustraerse á las faenas ordinarias, en cuanto daba sus lecciones de esgrima salía á vagar por las calles armado de un bastón con el cual hacía molinetes como si fuera una hoja de acero.

VII

Almendras dulces.

Desde el día siguiente al en que partió Lagardère escoltando á la hija del Regente un perillán muy mal vestido acudió á instalarse frente al palacio de Nevers varias veces por mañana y tarde, pasando grandes ratos ante la casa como si vigilara quiénes entraban y salían.

Tal debía de ser su misión verdadera, pues no quitaba ojo de la puerta y se fijaba mucho

en los que salían y entraban, examinando con atención puerta y ventanas. Pero como este manejo pudiera ser sospechoso sin un pretexto, el hombre tenía uno. Colgaba de su cuello una gran banasta llena de almendras. Era, pues, al parecer, un vendedor ambulante, si bien su comercio debía de producirle muy poco á juzgar por los andrajos que le cubrían. Podía uno sorprenderse de que, dadas su estatura y corpulencia, no buscase ocupación más lucrativa; pero para ello tenía también respuesta, pues podía invocar una herida grave, de resultas de la cual cojeaba bastante cuando alguien le miraba, aunque cuando no le veían no cojease.

Pregonando su mercancía recorría todo el barrio, é iba á sentarse en su lugar predilecto para reposar; frente al palacio de Nevers. Allí se quedaba á veces horas enteras, contentándose con lanzar su grito cada vez que se acercaba un transeunte. Así transcurrieron varios días, y el buen hombre hubiese podido continuar tal manejo toda su vida, si Cocardasse, que observó aquellas continuas estaciones, no las hubiera creído sospechosas.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Hay por ahí muchos postes tan altos y tan duros como ése! ¿No te parece, Passepoil?

—Decididamente, prefiere ése á los otros: sus razones tendrá.

—Pues esas razones son las que hay que saber. Habrá que preguntárselas á ese bribón.

Sólo que el vendedor desaparecía cada vez que el gascón iba á interrogarle, lo cual aumentaba los recelos del diestro.

—¡Vive Dios! Parece que mi cabeza no le agrada á ese individuo; y con la suya me pasa á mí lo mismo. ¡Habrá que ver de dónde ha salido ese pajarraco!

—No le conozco, mi noble amigo. Debe de tener cierta edad, puesto que sus cabellos son canosos. Y no he visto á nadie cojear como á él.

—Razón de más.

—Si desconfía de nosotros, es que no tiene la conciencia tranquila.

—¿Te figuras que se planta ahí por nada durante horas y horas?

—No; pero ¿cómo vigilarle, puesto que se va en cuanto nos ve? Sospecho que nos conoce, Cocardasse.

—¡Mal pecado! Yo estoy seguro de ello. Pero acaso no conozca á Berrichón, y el pequeño podría espíarle.

—¡Excelente idea, mi noble amigo!

—¡Cuernos de Satanás! ¡Así sabremos si hay que romperle las almendras al mismo tiempo que la cabeza!

Los dos diestros y Juan Maria tuvieron consejo.

El muchacho estallaba de orgullo cuando se enteró de la misión delicada y de confianza que le encomendaban.

—Mira, pichón; puede ser que ese animalote descanse ahí por casualidad; pero puede ser que lo haga para espiarnos. En la duda...

—Y si se le pregunta, no dirá la verdad—dijo Berrichón.

—¡Mal pecado! Esa deducción discretísima prueba tu inocencia.

—Sí; pero yo iba á añadir algo...

—Di lo que quieras—interrumpió Passepoil;—pero ten en cuenta que debes obrar con cautela y astucia: si no... El tío es un coloso, y debe de tener la mano dura.

—Si tuviera una espada como vosotros, me pelearía con diez como él.

—Bueno; con diez como ése, bien; pero con ése no. ¡Hazme caso á mí! Conténtate sólo con observar bien lo que hace cuando está sentado en el poste de enfrente.

—¡Eso es! ¡Mal pecado! ¡Nosotros nos encargaremos del resto!

—¿Habrá que obligarle á que se mude de domicilio?

—No estará mal—dijo el prudente normando.—Pero sepamos tu plan.

—No vale la pena. Fiaos de mí. Si está aún ahí dentro de tres días, pierdo mi nombre.

Aunque se había abstenido de hacer farsas después de su famosa aventura de la calle del Chartre, había presenciado muchas y las almacenó en su memoria para caso de apuro; aunque es verosímil que su fecunda imaginación no le hubiera püesto en aprieto á tener que inventarlas. Y, dado su carácter, las consecuencias no le preocupaban nada.

Desde aquel día el vendedor ambulante tuvo un enemigo invisible que comenzó á hostigarle como moscardón encarnizado contra un león. Para principiar las hostilidades Juan María fué tranquilamente á acurrucarse al lado del poste, muy ocupado, al parecer, en tallar una rama con un pésimo cuchillo: ni levantó la cabeza cuando oyó pregonar su mercancía al cojo. Éste fué á sentarse en su observatorio, confiado y sin observar que una capa de pez cubría el asiento. No en balde tenía amigos zapateros Juan María.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?—le preguntó el vendedor.

—¡Cáspital! Podría hacer algo si mi cuchillo fuera mejor; pero veo que voy á tener que renunciar.

Y tiró desdeñosamente la vara, contem-

plando con cierta delicia las almendras, pues ya sabemos que era muy goloso.

—¿Hace mucho que vendéis? ¿Venís con frecuencia por este barrio?

—Mucho no. Quédé inútil en la guerra de España: un balazo en la pierna que no me deja andar mucho rato, y suelo venir aquí á descansar. ¿Querrás comprarme almendras?

—¿Y con qué? No tengo ni un cuarto.

—¿Te gustan?

—¡Ya lo creo que me gustan!

—Bueno, pues pruébalas; pero ten cuidado de no romperte un diente, porque son más duras que el parapeto del Louvre.

—Muchas gracias. Las cascaré en casa.

Y se alejó con el puñado de almendras, que se metió en el bolsillo, y fue á situarse al otro extremo de la calle para no dejar de vigilar á su hombre.

Éste al poco rato decidió levantarse; pero sintió las calzas pegadas al pilón que le servía de asiento. Lanzó un terrible juramento; pero que no tuvo bastante eficacia para despegarle, y después de muchas tentativas infructuosas cortó por lo sano, dispuesto á perder aquella parte del calzón, tan necesaria para la honestidad. La vista de Cocardasse le aguijoneó: hizo un esfuerzo, se enderezó, y escapó, tapando como pudo la rotura con los faldones de su casaquilla. En

el poste quedaba la tela que se llevó de menos. Votos y blasfemias corearon el percance.

Como habrán adivinado los lectores, el vendedor ambulante era el *Ballena*, y no quería ponerse frente á frente de los dos diestros. Éstos no dejaban detener, pues, razones para desconfiar, aunque no le habían conocido. Aquella noche el muchacho limpió cuidadosamente el poste, y al otro día antes de sentarse el vendedor de almendras examinó con toda minuciosidad su asiento favorito.

Cuando estaba pregonando su mercancía una enorme manzana lanzada con certera mano conmovió la banasta de las almendras, desparamándolas por el suelo. Miró á todos lados, y no vió alma viviente. Sin tomarse el trabajo de recoger las almendras, se fué maldiciendo. Sus tribulaciones comenzaban. Cada vez que volvía, nuevo proyectil. Llovían por la derecha y por la izquierda. Una cebolla le dió en plena nariz: alzó la cara, y un gato cayó sobre su cabeza, clavándole las uñas para sostenerse; un plato de espinacas le llovió sobre las costillas... ¡Y no veía á nadie por ninguna parte!

La posición no era sostenible: sin embargo, obstinábase en volver. Aparte de las razones criminales que para ello tenía, deseaba con ansia descubrir al autor de aquellos ataques y castigarle ejemplarmente. No era cosa fácil. Pero si

no veía nunca á nadie en la calle, raro era que no se encontrase en los alrededores á Berrichón vagabundeando, y afectaba no reparar en él. Sin embargo, acabó por sospechar, no que fuera el autor de aquellas farsas, pero sí que algo tenía que ver en ellas. Y á la noche, cuando se dirigía á la *Granja Batelera* para reunirse con su jefe Gendry y darle cuenta de las causas que le impidieran aquel día hacer sus observaciones, veía en el horizonte la silueta de Juan María como un signo interrogativo.

De todos modos, su misión era acechar el regreso de Lagardère y tenía que arriesgarlo todo, si bien se reservaba castigar de un modo ejemplarísimo al farsante en cuanto le descubriera.

Tal tenacidad comenzaba á exasperar á Berrichón.

—¡Á fe mía, cueste lo que cueste— reflexionó á la mañana siguiente viendo que el vendedor de almendras volvía á su poste,— voy á jugar el todo por el todo y á descubrirme á él! Se pondrá furioso de ser forzado por un chico; pero le desafío á que me atrape.

Y tomada esa resolución, fué al encuentro de el *Ballena*.

—¡Eh, amigo!—le dijo—¿No hallasteis algo el otro día en ese asiento?

El vendedor le miró de través.

—Según lo que sea. He encontrado algunas cosas que no buscaba.

—Quiero referirme á un pedazo de pez que me dió un zapatero amigo mío, y que perdí quizás en este poste.

—¿Y no lo pondrías ahí expresamente?

—Ahora caigo en que sí. Y sin duda os habéis sentado encima vos para jugarme una mala pasada.

—¿Te gustan las manzanas?

—¿Por qué lo decís?

—¿Y te comes todas las que te dan?

—Casi todas.

—¿Y las cebollas?

—No puedo digerirlas: eso les sucede á muchos.

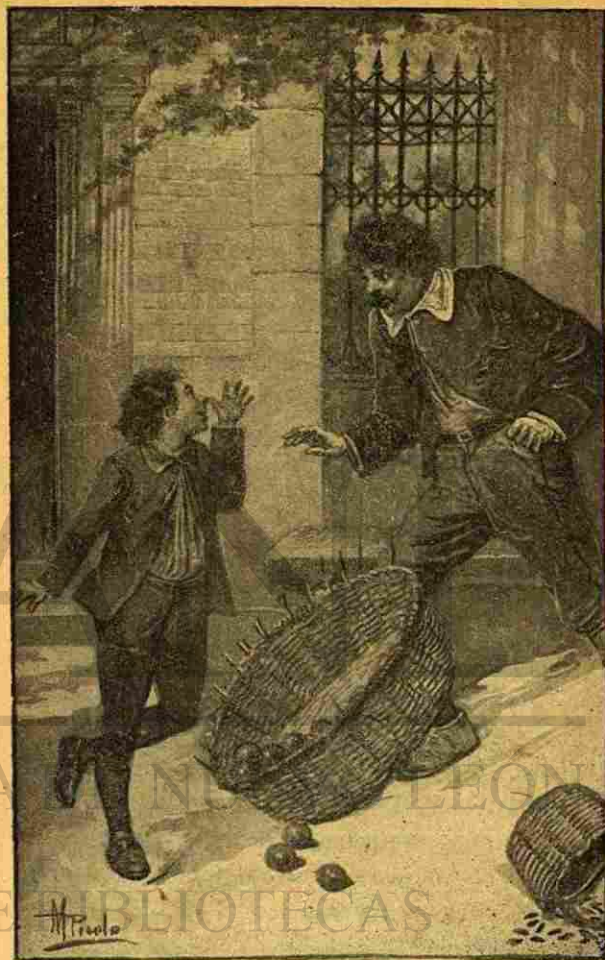
—¿Prefieres las espinacas?

—Según; cuando no tienen mucha manteca, las tiro por la ventana.

—Y á los gatos ¿los tiras también por la ventana?

—No sé lo que queréis decir. ¿Habéis encontrado por casualidad de todo ello en este poste? Entonces, es que está embrujado, y más os valdría cambiar de asiento. Yo sé de uno que os convendría más hacia la Cartuja de Vauvert.

—¿Por qué no te vas tú?



El *Ballena* se levantó furioso...

—No estáis gracioso esta mañana, amigo. ¿No queréis darme almendras?

—Si no has de tener otras que las que yo te dé, no te romperás los dientes de cascarlas. ¡Eal! ¡Largo de aquí!

—¡Eh, cojo de mala pata! La calle es de todos, y yo estoy en mi barrio.

El *Ballena* se levantó furioso; pero vió que se acercaba alguien, y para no faltar á su papel de inválido se reprimió y volvió á sentarse, gruñendo y gritando con toda su alma para templar su cólera:

—¡Quién me compra almendras! ¡Almendras dulces!

—¡Almendras dulces!—gruñó también remedándole Berrichón, y al mismo tiempo el *Ballena* recibió en plena nariz una pedrada como no la había recibido en su vida, y que le hizo ver las estrellas.

Ya no pudo contenerse más: se levantó de un salto jurando y maldiciendo, y se precipitó sobre el muchacho, que había tenido tiempo de cogerle buena delantera.

Entonces comenzó una carrera loca, fantástica; la caza de una zorra por un oso. Á veces creía el gigante tenerle al alcance de su mano; y el muchacho se le escapaba como por encanto, riéndosele en las barbas. De cuando en cuando caía al suelo furioso. Juan María le arrojaba á

las piernas un bastón, un canasto, cuantos objetos encontraba á mano, se escondía en el hueco de una puerta, volvía hacia atrás: le toreaba de lo lindo.

El espectáculo atrajo multitud de curiosos. El toro echaba espumarajos de rabia por la boca, blasfemaba horriblemente; el torero le burlaba, se reía, le incitaba con insultos y humorísticos calificativos. Y toda su habilidad consistía en no separarse del palacio de Nevers, donde pensaba refugiarse en el momento oportuno, bien convencido de que no había de perseguirle allá adentro.

De pronto, al volver una esquina se paró en seco soltando una carcajada. Las cosas iban á cambiar por completo. En efecto; cuando el *Ballena* dobló á su vez la esquina se detuvo también, y su primer impulso fué retroceder. En vez del gazapillo que creía cazar fácilmente, se encontró con caza mayor y temible; en lugar de un chiquillo, con tres personas, dos de ellas hombres conocidos que no esperaba ver en aquel momento, ni lo deseaba. Berrichón, en una palabra, se le presentaba de frente dando un brazo á Cocardasse y otro á Passepoil, y mirándole burlonamente.

—¡Sangre de Cristo! ¿Qué te quiere ese esperpento?

Al oír esta voz, muy conocida, el cazador se

transformó en caza. Lanzó en torno suyo una ojeada, titubeó un momento, y volvió la espalda, llamando á talones. La multitud se rió, le silbó y le apedreó con sus sarcasmos.

—¡Mal pecado! ¡Le reconozco en el modo de correr! Creo que ya no volveréis á ver á el *Ballena* disfrazado de vendedor de almendras.

—¡El *Ballena*!—exclamó Passepoil.

—¡Al ladrón! ¡Prendedle! ¡Detenedle!—gritó Juan María.

Y el populacho se lanzó impetuosamente á la caza del hombre profiriendo amenazas.

—¡Al agua con él! ¡Ha querido matar á un niño!—gritaron muchos.

Cinco minutos después la policía detenía á el *Ballena*, á quien la multitud acusaba de toda clase de crímenes; y mientras se esclarecían los hechos los dos diestros y Berrichón entraban tranquilamente en el palacio que les servía de vivienda.

INDICE

PRIMERA PARTE

| | Págs. |
|--|-------|
| I. Sacrificada..... | 9 |
| II. Conde de Lagardère..... | 18 |
| III. Nuevos adversarios..... | 28 |
| IV. Cocardasse maestro de baile..... | 37 |
| V. Seducción..... | 46 |
| VI. Fracaso..... | 53 |
| VII. La vuelta..... | 62 |
| VIII. Audiencia en el Palacio Real..... | 68 |
| IX. El embajador del Sultán..... | 77 |
| X. La araña de hierro..... | 84 |
| XI. Misión secreta..... | 94 |
| XII. Sulkán, el turco de las siluetas..... | 105 |
| XIII. ¡Sus al turco!..... | 119 |
| XIV. El acusador..... | 133 |
| XV. Tribunal regio..... | 145 |
| XVI. Prisión vacía..... | 156 |

transformó en caza. Lanzó en torno suyo una ojeada, titubeó un momento, y volvió la espalda, llamando á talones. La multitud se rió, le silbó y le apedreó con sus sarcasmos.

—¡Mal pecado! ¡Le reconozco en el modo de correr! Creo que ya no volveréis á ver á el *Ballena* disfrazado de vendedor de almendras.

—¡El *Ballena*!—exclamó Passepoil.

—¡Al ladrón! ¡Prendedle! ¡Detenedle!—gritó Juan María.

Y el populacho se lanzó impetuosamente á la caza del hombre profiriendo amenazas.

—¡Al agua con él! ¡Ha querido matar á un niño!—gritaron muchos.

Cinco minutos después la policía detenía á el *Ballena*, á quien la multitud acusaba de toda clase de crímenes; y mientras se esclarecían los hechos los dos diestros y Berrichón entraban tranquilamente en el palacio que les servía de vivienda.

INDICE

PRIMERA PARTE

| | Págs. |
|--|-------|
| I. Sacrificada..... | 9 |
| II. Conde de Lagardère..... | 18 |
| III. Nuevos adversarios..... | 28 |
| IV. Cocardasse maestro de baile..... | 37 |
| V. Seducción..... | 46 |
| VI. Fracaso..... | 53 |
| VII. La vuelta..... | 62 |
| VIII. Audiencia en el Palacio Real..... | 68 |
| IX. El embajador del Sultán..... | 77 |
| X. La araña de hierro..... | 84 |
| XI. Misión secreta..... | 94 |
| XII. Sulkán, el turco de las siluetas..... | 105 |
| XIII. ¡Sus al turco!..... | 119 |
| XIV. El acusador..... | 133 |
| XV. Tribunal regio..... | 145 |
| XVI. Prisión vacía..... | 156 |

Págs.

SEGUNDA PARTE

| | | |
|------|---|-----|
| I. | La Courtille-Coquenard..... | 171 |
| II. | En el figón «La Cueva Hedionda»..... | 177 |
| III. | Que comienza bien, prosigue mal y termina admirablemente..... | 186 |
| IV. | Chismes y cuentos..... | 199 |
| V. | Batalla de damas..... | 207 |
| VI. | Berrichón quiere una espada..... | 215 |
| VII. | Almendras dulces..... | 224 |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UN...
 "ALFONSO REYES"
 Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO



EN LA MISMA COLECCIÓN

NOVELAS DE EMOCIÓN Y MISTERIO

BELOT

EL secreto terrible.

DAVIDSON

El misterio de la calle
de Harley.

ENNE ET DELISLE

Aventureros del crimen

FÉVAL

El lunar rojo.

El fantasma.

El juego de la muerte.

El capitán Mazurka.

El último superviviente

La cosaca.

H. DE SAINT-AUBIN

La heredera de Birague

NOIR

La reina de los gitanos.

POÉ

Narraciones extraordi-
narias.

POTHEY

Malambó.

READE

Aventuras de Elena Ro-
leston.
Roberto y Arturo.

TOUDOUZE


Las pesadillas

VIALON

El hombre del perro
mudo.

WILKIE COLLINS

La muerta viva.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS



U.A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO
100
100